

No. 37-1935  
Enero

# ESTUDIOS



Remon

■ Enero

1 9 3 5

Año XIII ♦ Núm. 137

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:  
APARTADO 158. — VALENCIA

# Estudios

Revista ecléctica

Publicación mensual

## Actualidad

Dionysios



AL termina el año 1934. Con la amenaza de la guerra que se está gestando desde que terminó la llamada europea. En todas partes se habla de ese conflicto inminente. Se habla y algo más. Acá y allá se preparan los elementos para la lucha. Elementos de una potencia mortífera hasta ahora desconocida. Todos los habitantes de una gran ciudad podrán ser aniquilados en unas cuantas horas.

Con esa perspectiva acaba el año. Varias veces, en su transcurso, ha estado a punto de desencadenarse el absurdo conflicto. Y cada vez se ha visto que al fin sería inevitable. En estos momentos, su inevitabilidad se hace cada día más evidente. Cualquier suceso imprevisto dará lugar a la hecatombe. Todo el mundo está alerta para lanzarse a ella. Podrían ya delinearse, sin correr el riesgo de errar, los discursos que pronunciarán los políticos, los artículos que escribirán los periodistas, las campañas que hará la prensa, las Marchas de Cádiz que se tocarán hasta en los rincones más apartados del universo.

Se ha definido al hombre, con más ecuanimidad que de cualquier otro modo, como el animal que más enseñanzas obtiene de la experiencia. Si esa definición es exacta en general, en lo que se refiere a la guerra es absolutamente falsa. No hablemos de las guerras anteriores a la de 1914-1918, episodios, ante ésta, casi sin importancia. La de 1914-1918, fué un manantial inagotable de enseñanzas. ¿Las ha aprovechado el hombre? A la vista está que no. A los dieciséis años

de haber terminado aquella lucha sin precedentes, cuando aun está en la memoria de todos su inhumanidad, su inutilidad, he aquí que por doquiera todo está a punto para emprender otra infinitamente más inhumana y más inútil.

Todos los políticos cuyos discursos patrióticos, guerreros, podríamos delinear ya; todos los periodistas cuyos artículos, no menos patrióticos ni menos guerreros, podríamos asimismo esbozar, saben perfectamente que los resultados de la guerra que se avecina serán extraordinariamente más funestos que los de la de 1914-1918. No harán nada, ni unos ni otros, llegado el estallido del conflicto, para evitarlo. Antes bien, se lanzarán sin tardanza a pronunciar los discursos y a escribir los artículos que, repetimos, podríamos diseñar ya, seguros de no incurrir en error. Elocuencia y prosa al nivel mental de las multitudes incultas, cuidadosamente mantenidas incultas, o con una semicultura que es, en muchos aspectos, peor que la incultura: una semicultura nacionalista, patriotera, fundamentalmente estúpida. Las lecciones de la experiencia no aparecerán por ninguna parte.

Esa semicultura patriotera y nacionalista, fundamentalmente estúpida, a que hemos aludido, será la principal responsable de la guerra que se avecina. En realidad, la cultura de los políticos que con sus discursos, y de los periodistas que con sus artículos arrastrarán a las multitudes al combate, no es de un grado mucho más elevado. Por eso unos y otros podrán ser eco perfecto de los senti-

mientos de la masa inculta y semiculta, como lo han sido siempre.

La semicultura patrioter y nacionalista será, repetimos, la principal responsable de la guerra que en este final de 1934 parece fatalmente inmediata. No bastaría, sin embargo, por sí sola, para desencadenarla. Van a colaborar en su desencadenamiento otros hechos. En primer lugar, el descontento que reina por doquiera.

Así como un hombre, cuando su vida privada no es grata, está siempre pronto a reñir por cualquier motivo y hasta sin motivo, así los pueblos, cuando viven mal, se hallan en todo momento dispuestos a lanzarse contra sus vecinos. Ni un pueblo hay hoy en el mundo que viva bien. Siempre han vivido mal grandes porciones de sus habitantes, sobre todo entre las clases obreras, pero jamás en proporción tan considerable como actualmente. La guerra, que siempre fué una ruptura de la monotonía, y de aquí su atractivo, aun para muchos que la aborrecían, se presenta ahora como una posibilidad de vivir, mientras la muerte no llegue, mejor de como se vive.

Si ayer la vida de la gran mayoría no hubiese sido monótona, las guerras habrían sido menos fáciles. Si hoy la mayor parte de los hombres no se encontraran en situación tan desesperada, la guerra sería imposible.

Por vivir siquiera un poco tiempo más intensamente que de costumbre, fueron ayer los hombres a matarse unos a otros. Por vivir sencillamente irían a la guerra que se avecina millones y millones de hombres. Por vivir, porque ahora no viven, irán a morir y a matar.

Las gentes semicultas que con su patriotismo y su nacionalismo preparan la guerra, movidas en el fondo como muñecos por los que venderán armas y cuanto sea necesario a todos los contendientes, podrán llevar a cabo su propósito por ese deseo de vivir, de no morir poco a poco, de infinitos hombres de todos los pueblos.

Morirán, de una vez, la mayor parte de ellos. Lo saben. No les importa. Es evidente que no les importa. Ven que están condenados a morir de todos modos. Casi todo lo demás que se dice sobre el particular es literatura. Mala, no es preciso decirlo. Entre la que hay que incluir toda o la mayor parte de la denominada pacifista. Tan vacía de sentido, por lo general, como la guerra. El noventa y cinco por ciento de los hombres que han tomado parte en las guerras de todos los tiempos, no tenían la menor idea de patria, ni de nación, ni de raza. El noventa y cinco por ciento de los que tomen parte en la que está ahí, a punto de estallar, no tendrán tampoco idea alguna de todo eso. La literatura guerrera y la literatura pacifista, desde puntos de vista opuestos, afirman lo contrario. Están en el mismo plano de insignificancia. Salvo raras excepciones de la pacifista, no es preciso señalar.

¿Estallará la guerra en 1935? Todo parece indicar que sí. ¿Y después? Después, todo estará peor que ahora, como en 1918 estuvo peor que en 1914. A no ser que las cosas tomen otro camino. Esperar esta probabilidad es el único consuelo que nos queda.

VISADO POR LA CENSURA



# Temas sexuales

## Algunos aforismos del doctor Letamendi sobre sexualidad y matrimonio

R. Remartínez



Nunca bastante llorado cuanto incomprendido doctor Letamendi, honra y gloria de la Medicina hispana y en cuyas obras llenas de luz y profundísimas enseñanzas tanto tenemos los médicos que aprender, dedica uno de los tomos de su *Patología general* a la Aforística, es decir, a resumir bajo la forma de sentencias breves, claras y rotundas principios y enseñanzas de inestimable valor higiénico, social y pedagógico.

De esta aforística del doctor Letamendi entresacamos algunos párrafos relacionados con las cuestiones sexuales, donde se verá el profundo juicio crítico del autor y su fino espíritu de observador. Aforismos de efectiva utilidad práctica, no dudo merecerán la buena acogida de los lectores de ESTUDIOS.

«Como en todo el reino animal, la raíz de relaciones individuales en la humana especie está en el juego de dos encontrados impulsos: simpatía y antipatía, atracción y repulsión; sólo que, entre personas, estos impulsos deben regularse por motivos racionales, aun cuando aquéllos procedan de necesidades meramente fisiológicas o animales.»

«En la realidad se dan tres formas de atracción interpersonal: la AMISTAD, que es atracción por motivos meramente morales; la LUJURIA, que es atracción por motivos meramente sensuales, y, finalmente, el AMOR, que es atracción íntegra psicofísica de ambos motivos combinados.»

«El afrodismo natural, así de varón como de mujer, puede darse en estas tres formas: 1.ª Pura lujuria o VENUS SOMÁTICA. 2.ª Amor espiritual o VENUS PSÍQUICA, y 3.ª Afecto somatopsíquico por apoderamiento de la total naturaleza o VENUS ÍNTEGRA.»

«La amistad en sí misma no deja de ofrecer sus peligros, ya entre sexos diferentes, ya

dentro del mismo, a poco que las intimidaciones del alma rocen, aun sin querer, la superficie siempre vigil de lo sensible.»

«La lujuria elevada a Amor por entusiasmo sensual creciente después de la unión corporal, nunca invade a entrambos amantes; de suerte que lo que ocurre entre los cónyuges, lejos de ser lazo, suele parar en manía del uno y hastío del otro.»

«La Venus íntegra en toda su plenitud comprende, no sólo la doble simpatía sexual psicosomática entre varón y mujer, en cuanto tales, sino también la simpatía de caracteres en cuanto a afecto neutro humano, bien por similitud, bien por contraste, bien por mutuo complemento de dotes personales. En la Venus íntegra, el encéfalo, la medula, los genitales y cuanto compone el organismo, toma parte. Es una invitación a la unión por plebiscito unánime de los elementos constitutivos de nuestro ser.»

«La Venus somática es de suyo efímera y caprichosa, nace de la variedad y de ella muere, para transformarse a veces en aberración. Deja tras del cumplimiento del acto sexual una contristación que se traduce por desvío de la persona cuyo favor se acaba de obtener, ya que, cesada la causa física, no queda entrambos ninguna relación moral como vínculo permanente.»

«La unión sexual por sólo belleza física es fatal al varón: con la hermosura tonta no cabe más que un tema, el carnal; ni más que una ocupación, el coito. De ahí que en tales uniones ande pronto el marido vagando entre la consunción, la impotencia, el mal vivir o la separación por hastío.»

«En los potentes por robustos predomina la fuerza de cotidianidad; en los potentes por irritables, la fuerza de frecuencia, dentro de un día dado. Los irritables suelen ser más

aptos que los robustos para la reiteración del coito sin separación de cuerpos, pero en todo caso esta reiteración, como habitual, es funesta por predisponente a la impotencia.»

«La turgidez habitual del escroto es signo de conservación de potencia.»

«En el varón, el único coito legítimo es el que va precedido y acompañado no sólo de erección perfecta y duradera, sino también de retracción escrotal. Coito a escroto laxo arguye, o retraso accidental de potencia o principio de impotencia real.»

«En el coito la posición supina no conviene a los viejos ni a los apopléticos, pues trae riesgo cerebral, como ni tampoco a los varones incontinentes o demasiado prontos de eyaculación, porque les extrema este defecto.»

«En igualdad de circunstancias individuales la duración del coito, o sea la retención seminal, en el varón, está en razón directa del interés moral que une a los cónyuges: en la mujer pasa todo lo contrario.»

«Dos terribles enemigos tiene el Amor en la vida conyugal, por íntegro que sea: uno, la indisolubilidad del lazo; otro, la prosa de la convivencia.»

«A despecho de cuanto pretenda un espiritualismo fuera de lugar, el fondo de la vida matrimonial tendrá siempre como eje la suficiencia viril del marido. Su sola consideración alegra, satisface y sojuzga a la mujer, y la temple para las penas y prolijidades de su virreinato doméstico. Sin ella la mujer no se siente sometida.»

«En viendo a joven casada siempre achacosa y mustia, con malestares irreductibles a enfermedad o embarazo, una de dos: o exceso o defecto en la satisfacción de los estímulos sexuales.»

«El verdadero platonismo arguye, en el hombre, escasa virilidad, y en la mujer, cierto fondo de histerismo. Este amor eminentemente subjetivo y apartado de sus fines genéticos, consiste más en los resplandores internos del propio idealismo que en la fogosidad sexual y es peligrosísimo como base de matrimonio, pudiendo quedar disipado la misma noche de bodas.»

«A quien siente vocación de casado, dos consejos: que, de soltero, se ahorre para marido, y que, de marido, no se derroche en su mujer.»

«Muy graves sinsabores causa a no pocos en la vida conyugal el falso juicio que nuestras mujeres núbiles tienen formado de la potencia viril. Una vez casadas creen voluntarias, y, por tanto, medida exacta del amor del marido, las manifestaciones de la energía sexual de éste, y de falta de ilusión todo lo contrario.»

«Las dos firmísimas columnas del matrimonio, dentro de lo meramente fisiológico, son: en la mujer, fecundidad; en el hombre, laboriosidad, y, en uno y otro, mediano entendimiento.»

«La Venus íntegra, llevada a su plenitud, resulta por todos conceptos ser la más abonada para dar a cada cual con su «media naranja». Entre cónyuges unidos por tal lazo, y así felices como apenados, ricos como pobres, fecundos como infecundos, con defectos o sin ellos, todo problema se resuelve por sacrificio a la vez mutuo, espontáneo y grato. La decadencia natural de dos seres en matrimonio unidos por este amor íntegro, asistidos de condiciones morales y físicas y dotado de fecundidad, resulta la más agradablemente compensada de todas las decadencias humanas. El amor de los cónyuges se va transformando en amistad y paternidad; su belleza y energía, en hermosura y fuerza de hijos y nietos; el vigor para el trabajo, en acumulación de capital honradamente ganado; la muerte, en vida.»

Y nada más. Otro día acaso sigamos entresacando algunos otros aforismos de la obra inmortal del gran Letamendi.

La Redacción de la revista *Iniciales*, de Barcelona, encarece a todos sus correspondientes, suscriptores y cuantos mantenían correspondencia con la misma, envíen sus direcciones nuevamente a su Administración, Premiá, 44, Barcelona, para enviarles la mencionada publicación, que reaparecerá en breve.

# Sobre la inteligencia infantil

F. de Vasconcelos



La inteligencia del niño se distingue de la del adulto no sólo por el grado, sino también por la forma que revisten los diferentes elementos. Aun no se sabe bien cuál es la forma o módulo de la inteligencia infantil.

Aquí, además, aparecen en los autores observaciones que tienden a determinar la evolución de los diferentes procesos intelectuales superiores: la generalización, la abstracción, el juicio y el raciocinio. Pero aparte de que las observaciones se basan en un número muy limitado de niños, tienen el defecto de no haberse servido de métodos totalmente objetivos. Casi todas las observaciones tienen un carácter en extremo literario y recaen bastantes veces en niños que, por las condiciones excepcionales del medio en que viven, parece que tuvieran en general un desenvolvimiento intelectual que no corresponde con su edad.

El conocimiento de la evolución intelectual infantil es de una importancia pedagógica que salta a la vista, pues es de ella de donde debe surgir la preparación de los programas de enseñanza.

Se han hecho diversas experiencias a fin de medir la inteligencia del niño y determinar su evolución intelectual, y éstas permiten comprobar que ciertas materias de enseñanza son demasiado superiores, adaptándose mal a la receptividad mental de los niños. Ahora bien; la enseñanza que no respeta y no se pone de acuerdo con el desenvolvimiento intelectual del niño, que no se adapta a las correspondientes aptitudes, es no sólo infructuosa, porque el niño no puede asimilar lo que no comprende, sino que también puede resultar nociva, porque contrariando los *estadios* o *etapas* naturales, puede comprometer las adquisiciones y las *etapas* o *estadios* ulteriores.

Los escritores no se han puesto de acuerdo para determinar lo que se debe entender por inteligencia. El pedagogo considera inteligente el alumno que responde más o menos fácilmente a todas sus preguntas.

Ebbinghaus, ve en la inteligencia una facultad de combinación; Vaschide y Pelletier, creen que la inteligencia se revela por el curso de tres diferentes manifestaciones, tales como la facultad de comprender las relaciones complejas, la precisión en la ejecución de cualquier trabajo y la actividad cerebral. Meumann ve en el examen de la memoria de las palabras concretas y de las abstractas una primera solución del problema: así, los niños más inteligentes son los más capaces de comprender y retener las palabras abstractas. Para Meumann, la inteligencia débil se revela por la ausencia de asociación: asociación incorrecta y repetición frecuente de la misma asociación. Para Biervliet, el criterio o concepto de la inteligencia reside en la agudeza de los sentidos combinada con el poder de la atención. Binet... hace varias distinciones entre la inteligencia y la aptitud escolar, la madurez y la rectitud de la inteligencia, la actividad intelectual y el nivel de la inteligencia.

Es menester distinguir la inteligencia natural del niño de su grado de cultura y de su instrucción. La facultad intelectual parece independiente no sólo de la instrucción, sino también de lo que se puede llamar la *facultad escolar*, esto es, la facultad de aprender en la escuela, la facultad de asimilar la enseñanza que da la escuela, con los métodos empleados en ella. En experiencias anteriores, Binet había definido el anormal, en la escuela, por su debilidad de la facultad escolar. Ahora bien; considera prudente, sin embargo, hasta nueva opinión, no confundir ésta con la facultad intelectual. La aptitud escolar comprende otra cosa más que la inteligencia; para seguir regularmente los estudios, son necesarias cualidades que dependen principalmente de la atención; por ejemplo, una determinada docilidad, una regularidad en los hábitos y muy principalmente la continuidad del esfuerzo. Un niño poco inteligente aprenderá pocas cosas en el aula, si nunca escucha a su maestro. Un niño inteligente puede ser perezoso. Como conclusión pedagógica, lo que es me-

# ¡Abajo la guerra!

Paz

Juan Moneva Puyol



**S**URGEN en el mundo con frecuencia, más aún en tiempos de guerra universal, iniciativas, mejor que de pacificación episódica, de organización pacífica tan permanente que no permita la guerra entre los pueblos ni los deje indefensos contra la injusticia. Quiero tratar de ello, primeramente, mediante un apólogo.

La naturaleza mineral produce, a veces, grandes formas cristalinas; es fácil ver un octaedro de alumbre o un exaedro de sal común de más de un decímetro de lado. Los hay también más pequeños de variadísimas dimensiones; artificialmente cabe prepararlos de cualesquiera; y hay la seguridad de que, llevando bien la operación, la forma geométrica será siempre igual en cada cuerpo, como que está constituido por elementos cristalinos más pequeños que microscópicos y que tienen esa misma forma. La yuxtaposición plenamente normal de elementos de una sola forma no puede producir otra diferente, ni la de elementos regulares, una regular.

Análogamente sucede en las sociedades; un compuesto social tiene las cualidades de sus elementos, y no en mayor grado que sus elementos las posean. Elemento del compuesto social es cada ser humano.

Parece que de ahí resulta un desahucio al proyecto de organización pacífica del mundo; si precisa hacer pacífico cada ser humano, nunca será comprensible el fin social de

la pacificación permanente. El hombre es criatura de pasiones.

Eso es sólo apariencia de argumento. No precisa que todos los hombres sean pacíficos para obtener la pacificación social; quienes la buscan no aspiran a la exactitud, más a un razonable acierto. Tampoco las grandes cristalizaciones minerales son geoméricamente exactas, porque tampoco son químicamente puras.

La dificultad no proviene aquí de la falta de exactitud, más de tener esos elementos formación opuesta a la buscada para el total. el hombre, elemento de la sociedad es, aún individualmente, más propenso a la violencia que a la actuación ordenada y pacífica.

Eso no es mero vicio de naturaleza humana; es yerro puramente reflexivo de formación social; el individuo es educado en violencia y para un régimen de violencia.

La formación moral de los niños es confiada a sus padres o a sus maestros; pero los medios y los modos de educar no difieren de uno a otro educador; padres y aun madres no obstante todas las alabanzas poéticas al tipo abstracto de padre y más aún al de madre, suelen tratar sus hijos con la atención fija en sí propios. Autoridad y comodidad de los educadores son intuitos principales de esa educación, lo cual es como si el tratamiento de una enfermedad estuviese sometido al amor propio o la comodidad del médico, no al interés del enfermo mismo.

Análoga es la formación en la escuela: autoridad y comodidad del enseñador son al primordially interés.

Sometida a estas ideas la educación, ha precisado hacer para la casa y para la escuela una norma general que convierta los educandos en instrumento de manejo tan fácil y tan cómodo para los educadores como sea posible; esa norma contiene dos artículos: el respeto por derecho propio y la obediencia.

El respeto por derecho propio tiene esta expresión, hecha axiomática brutalmente. «El educador nunca yerra.» Y aun cabe agregar este apéndice: «Si acaso errase, el edu-

---

nister enseñarle no son tales y cuales nociones, sino darle lecciones de atención, de voluntad; antes de los ejercicios de gramática, es necesario volver maleable al niño, mediante ejercicios de ortopedia mental; en una palabra: enseñarle a aprender. En resumen, Binet llega a esta conclusión: que si existe un paralelismo general entre la facultad escolar y la facultad intelectual, deben darse casos, no obstante, de notables divergencias.

cando ha de proceder con él como si el educador no hubiese errado.» La obediencia que subsigue a ese criterio, más es esclavitud.

Cabe el disentimiento; el maestro, cuyo título de actuar sólo puede provenir de mandato que le confieren los procreadores del educando, yerra, a veces, pero no cuando acusan el yerro con pruebas evidentes los educandos, más cuando su criterio pugna contra el criterio personal del padre.

También en las madres es admitido que puedan errar, pero sólo cuando las resoluciones de ellas desagradan al marido; entonces éste, juez y parte, sentencia que ha habido error. No es igual el opuesto caso; las madres suelen desautorizar a los padres en relación con los hijos por modo de tímido indulto; los padres desautorizan a las madres, atribuyéndose ellos la jerarquía de tribunal superior.

En suma: contra el despotismo del maestro hay recurso ante el padre, pero ese recurso suele ser meramente teórico; contra la sinrazón imperativa del padre no hay recurso humano; para el solo fin de vencer la oposición caprichosa de él al matrimonio de sus hijos no llegados a la mayor edad, una ley estableció la declaración de irracional disenso; el adjetivo usado escandalizó a la gente; impresionó a los jurisconsultos, y ni él ni la salvedad contra ese disenso han quedado en la legislación sucesora de aquélla.

Análoga es la formación ciudadana: autoridad y comodidad del imperante son sus normas únicas.

Obtiene el imperante la eficacia de su autoridad mediante la fuerza; asegura su co-

modidad mediante otro artilugio llamado orgullo nacional o algo parecido; las sociedades políticas no cuidan infundir en los ciudadanos la conciencia del deber, motriz del voluntario cumplimiento de éste; sólo cooperan a la comodidad del imperante infundiendo en la masa irreflexiva, que es lo más de la masa social, una leyenda vistosa de violencias que llaman historia del respectivo país, tras la cual viene siempre la exigencia de docilidad al súbdito, en agradecimiento a la gloria que recibe de tener tan indóciles antepasados.

El ciudadano se forma, pues, aprendiendo, como virtudes, glorias y triunfos, los hechos guerreros; instintivamente considera pueblo más heroico al que más ha luchado a mano armada; pueblos más inferiores, los de mercaderes e industriales.

La ley da al mayor número de los ciudadanos varones este mal ejemplo: los invita a quedar libres, mediante precio, de los servicios de cuartel, menos del de armas; define, pues, la ley, que es oficio noble de hacer una centinela o fusilar a un condenado a muerte; deja en el grupo indiviso de oficios bajos el de la limpieza, cuyos efectos no son muerte sino vida.

No lograrán las sociedades modernas verse organizadas en paz permanente mientras forman y educan en régimen de violencia, en espíritu y en glorificación de la violencia, sus individuos y sus grupos sociales.

(De *La pena de muerte y la hemofilia española*.)

A partir del próximo mes de febrero, nuestro dibujante Renau iniciará en

ESTUDIOS la publicación de una gran serie de láminas a todo color, bajo el título general de «Hombres grandes y hombres funestos de la Historia». Por medio de esta serie de figuraciones plásticas, el lector vivirá por un momento toda la dramática exaltación y los esfuerzos titánicos de los más notables hombres de la Historia, tanto en su parte positiva como en la negativa: el luchador Espartaco al frente de sus huestes heroicas; la epopeya arcaica de la poesía homérica; el mun-

## INTERESANTE

do apasionado del soñador Beethoven; la degenerada desviación sexual

del marqués de Sade, etcétera, etcétera. Por su parte, Monleón empezará la publicación de otra gran serie del Zodiaco, desarrollada dentro de una concepción y técnica modernas, interpretando artísticamente las constelaciones que recorre el padre Sol durante su trayectoria anual aparente.

Estamos seguros que estas colecciones de láminas constituirán documentos interesantísimos y únicos que nuestros lectores sabrán apreciar en todo su valor.

# El sexo del hijo

Llauradó



DE biólogos de papel es frecuente vernos tratados los eugenetistas. ¡Qué le vamos a hacer! Es más cómodo decir «de esto no se sabe una palabra» y esperar a que nos den todo hecho, que decir lo que se sabe y sugerir algo de lo que aun no se sabe. Pese a estos señores, de Eugenesia se sabe mucho, aunque se ignora también mucho todavía.

Empíricamente se ha hecho hace muchos siglos ya Eugenesia: la antigua Grecia es un ejemplo. Pero ahora, la Eugenesia está ya cimentada sobre axiomas científicos.

Méndel, por sí solo, no nos ha resuelto el problema; pero, además de señalarnos la ruta, nos ha dado las leyes fundamentales de la herencia, tan ciertas como el dos y dos son cuatro, y tan sólidas, que nada ni nadie podrá variar.

Partir de estas leyes, con la aspiración de obtener en un par de generaciones el producto ideal, sería una quimera; pero utilizarlas y manejarlas para evitar ciertos morbos, es ya una realidad de aplicación cotidiana del hombre; que no es poco. Y no hablemos de la aplicación de estas leyes a los animales y plantas, porque el resultado definitivo, indiscutible, obtenido prácticamente ya en todos los órdenes, harían pueriles nuestros argumentos.

Méndel sólo nos dijo lo que ocurría con el cruzamiento de los caracteres de los genitores. Hizo sus experiencias con guisantes. ¡Qué más da! Bateson y otros demostraron muy pronto que lo que ocurría con los guisantes de Méndel ocurría con todos los seres vivos, vegetales o animales, incluso el hombre.

Recordemos estas leyes fundamentales: Primera: Si se cruzan dos individuos con caracteres dominantes diferentes, los productos de esta primera generación portarán los caracteres de los genitores por partes iguales, resultando un producto híbrido intermedio al de los padres. Segunda: Si los productos de esta generación se autofecundan o reproducen entre sí, la descendencia portará: una cuarta parte, los caracteres puros del padre; otra cuarta parte, los caracteres puros de la ma-

dre, y una mitad, los caracteres mixtos, como los de la primera generación.

El estudio abstracto de estas leyes condujo a Galton a demostrar que coinciden con las leyes del azar, y a Quetelet con las del binomio de Newton, resultados de un elevado valor filosófico, además. Pero el resultado del porvenir corresponde a la investigación biológica. Esta nos ha demostrado que esto ocurre así, primero por una química biológica de la cromatina, y luego por una especie de mecánica cromosomática.

Cada célula está constituida por un manojo de cromosomas, que son unos filamentos microscópicos que se retuercen por parejas como microscópicas anguilas empaquetadas. En la división carioquinética, que es el medio de reproducción de los unicelulares, estos cromosomas se dividen para formar nuevas parejas en cada célula nueva.

En la reproducción sexual —que es una complicación de la Naturaleza, puesto que puede existir la reproducción asexual— se unen una célula masculina o espermatozoo y una femenina u óvulo; los cromosomas se retuercen unos sobre otros y terminan por dividirse, como en todas las células, formando las dos mitades de las dos series de cromosomas de los gametos una nueva célula, que se llama cigote, poseedora de la mitad de cromosomas del gameto macho y mitad de los del gameto hembra. He aquí la primera ley de Méndel.

Pero a lo largo de cada cromosoma están colocados de una manera regular y constante los genes o ultramicroscópicas unidades genéticas, que son los portadores precisamente de los caracteres hereditarios.

La cantidad y naturaleza de los cromosomas y su contenido los genes, son constantes en cada especie y distintos de una a otra especie.

La cantidad de cromosomas de cada gameto sexual se ha podido contar y medir, y el del hombre tiene veinticuatro pares.

No así la de los genes. Pero en los gametos experimentales de la mosca *Drosophila* se han podido localizar, lográndose resultados prácticos maravillosos.

Los mapas cromosómicos trazados tras de muchas experiencias por T. H. Morgan y sus discípulos en la Universidad de Columbia, así como los de Müller y otros investigadores han permitido, operando sobre los gametos mediante agente sutiles, como los Rayos X y otras radiaciones, predeterminar y provocar los caracteres de los productos, llegándose a localizar con una precisión matemática la topografía de determinados genes portadores de determinados caracteres, a lo largo de cada cromosoma.

Como vemos, las leyes empíricas de la herencia han entrado ya en el mundo experimental y eminentemente científico. Ya se sabe por qué y cómo se heredan los caracteres. Lo que supone estar en camino de someterlos a la voluntad. En adelante, la investigación se enfocará a poder llegar mediante los Rayos X u otros a determinados genes, cosa perfectamente posible, puesto que son distintamente sensibles a los agentes físicos y químicos.

● ● ●

El sexo es un carácter mendeliano. Y su estudio como tal carácter ha entrado, con el conocimiento de la mecánica cromosómica, en el orto de su predeterminación.

Unido al sexo van infinidad de caracteres; por esto los cromosomas determinantes del sexo son fáciles de localizar.

Hemos visto que en cada gameto los cromosomas van asociados por parejas; pero hay una excepción: Los cromosomas sexuales sólo son dobles en las células femeninas; en las masculinas son sencillos; o a veces, dobles también, pero uno de ellos, el Y, muy pequeño. Por eso en la división carioquinética de las células femeninas resulta el huevo o célula sexual constantemente con un cromosoma de esta naturaleza; pero en tal división masculina, como sólo el cromosoma determinante del sexo o cromosoma X se encuentra sin pareja, va a una u otra de las dos células haploides resultantes, resultando que la mitad de los zoospermos tiene el cromosoma X y la otra mitad no tiene ninguno o tiene sólo Y.

Pero para que un cigote sea hembra es necesario que posea un cromosoma X. Si no le posee, es macho.

Ahora podemos ver bien claro, que si un espermatozoo sin cromosoma X fecunda un huevo, que siempre posee el cromosoma X, al verificarse la reducción cromosómica consiguiente el cigote resultante carecerá del

cromosoma X, y será macho; pero si el zoospermo portaba el cromosoma X al unirse con el huevo hay dos cromosomas X, y en la reducción cromosómica el cigote resultante poseerá necesariamente un cromosoma X, y será hembra. Resultando que la producción del sexo depende exclusivamente del macho, portador de un manajo asimétrico de cromosomas; la hembra es neutral, a excepción de los pájaros y polillas en que ocurre todo lo contrario.

Los espermatozooos no son iguales, diferenciándose en tamaño, vivacidad, etc., y se ha comprobado que esta diferencia es debida especialmente a la existencia o no en ellos del cromosoma X. El zoospermo humano, portador del cromosoma X o productor de hembras, mide poco menos de cinco micras, mientras que el que carece de él o productor de machos mide poco más de cuatro micras.

● ● ●

Hemos visto a señores de gran solvencia científica calificar de leyenda sin fundamento la teoría del estado nutricio de la madre como predeterminante del sexo del hijo. Y en cambio hemos visto defender esta teoría a otros señores de no menos solvencia.

Sobre las plantas, el estado nutricio resulta indudablemente determinante del sexo. Esto lo podemos asegurar por propia experiencia.

Secundando las experiencias de Blaringham, nosotros hemos operado con maíz. El maíz produce normalmente sus primeras espigas centrales, machos; y más tarde produce espigas laterales, hembras. Es decir, que las espigas machos se producen cuando las raíces de la planta son pequeñas, y, por lo tanto, la nutrición, escasa. Y las espigas hembras aparecen cuando la planta ha adquirido raíces más amplias y mayor nutrición.

Pues bien; cortando el tallo del maíz cuando ya está iniciada la espiga central macho, ocurre que en las espigas que nacen laterales son machos también, en lugar de hembras que hubieran sido en su desarrollo normal. Pero si se hace esta operación cuando la planta está muy desarrollada y sus raíces amplias le aseguran una rica nutrición, las espigas laterales son todas hembras. De la misma manera, retorciendo prudencialmente el tallo por debajo del botón terminal, lo que dificulta la nutrición de este botón, se transforman las espigas hembras en machos.

Pero nuestras experiencias han llegado más allá. Hemos rodeado el tallo por debajo de la espiga central, que había de ser macho,

con un electrodo esponjoso, y otro tallo de los laterales, que normalmente había de ser hembra, con otro electrodo esponjoso, cerrando el circuito de un manantial galvánico muy débil entre estos dos electrodos, conectando con el de la espiga central el polo positivo y con el de la lateral el negativo. El resultado ha sido transformar el sexo de cada espiga, dando el central flores hembras y el lateral flores machos. Es decir, lo contrario de lo que hubiera ocurrido sin este tratamiento. Y esto es debido a que las corrientes galvánicas negativas son vasodilatadoras y favorecen la nutrición, y las positivas son vasoconstrictoras y retardan la nutrición.

● ● ●

Kammerer, por tratamientos intensivos de adelgazamiento o cebamiento antes de empezar el embarazo, cree haber alcanzado un 90 por 100 de nacimientos del sexo deseado, correspondiendo a los varones la cura de adelgazamiento de la madre y a las hembras la del cebamiento.

Todas las observaciones emitidas desde siglos atrás —excepto la de asignar a cada ovario o testículo la facultad de producir un sexo, que no tiene ningún fundamento—, pueden derivarse a ésta del estado nutricional: Thury, fundamentando el sexo en la edad del huevo; Nicolopaulos, en la alternativa de la fecundación ovárica; Schenk, en la abundancia de glóbulos rojos; Giard, Cornard, Costa, Gerbe, en la época con relación a las reglas; Van Lint y Anna d'Oranovskaia, en la diferencia vital de los padres, etc.

Y también a esta teoría puede derivarse esa observación que parece providencial, de que en los países castigados por las guerras predominan los nacimientos de niños sobre los de niñas. Admitiendo esta teoría esto sería la cosa más natural, puesto que la consecuencia inmediata de la guerra es la depauperación de las mujeres.

Podrá esto ser o no cierto; pero puestos a admitirlo, no sería difícil explicarlo científicamente. El estado nutricional de la madre muy bien podría determinar circunstancias biológicas, químicas, físicas o simplemente mecánicas, que o bien en las vías genitales o bien en el huevo favoreciesen el acceso de unos u otros espermatozoides, ya que hemos visto que de ellos depende el sexo y que son diferentes en volumen, vigor y constitución.

Y si esto fuera así, no sería difícil provocar estos estados mediante la electricidad, radiación, etc.

Si lo que hay, esbozado comprimidamente sobre la obtención voluntaria del sexo del hijo, no nos da resuelto el problema definitivamente, creo que estamos muy cerca de lograrlo. Y por el mismo camino encontrará la Eugenesia un punto de apoyo de formidable valor.

## ¡Instrúyase!

La vehemente aspiración de todo ser humano consiste en hacerse apto para desempeñar dignamente todos los cometidos, con objeto de ser útil a los demás y a sí propio.

Usted gasta, diariamente, cincuenta o sesenta céntimos en fruslerías de ninguna utilidad y hasta perjudiciales para su salud. ¿Por qué no sacrificar una parte de esas cosas superfluas en bien de su mejoramiento individual? ¡Hágase digno de sus propios afanes y del aprecio y admiración de sus semejantes siguiendo los cursos de «Cultura integral individual» (Filosofía, Ciencias, Literatura, Idiomas, etc.) que, por un precio módico y por correspondencia, organiza el Instituto Filológico. Escriba, solicitando detalles e incluyendo un sello para la respuesta, a Instituto Filológico, Apartado 5.120, Barcelona.



# El desarrollo de la prostitución y la crisis económica actual

C. Berneri



En 1895, el profesor Woods Hutchinson, tomando como base una encuesta sobre la prostitución en las grandes ciudades de los Estados Unidos, achacaba el 9'4 por 100 de los casos a la falta de trabajo. Federow atribuye a la misma causa un porcentaje de 14 por 100, tratándose de la prostitución en Rusia. Bouger ha recopilado datos estadísticos demostrativos de que en Berlín el número de prostitutas debidamente inscritas ha aumentado en los años más afectados por el paro forzoso.

Ignoro si existen estadísticas recientes por las que sea posible establecer la relación entre la prostitución y la falta de trabajo. De todos modos, sería imposible fijar esta relación con respecto a ciertos países, por el extraordinario desarrollo que en ellos ha alcanzado la prostitución clandestina. Así, por ejemplo, hablando de la capital de Francia, Mr. Xavier Guichard, jefe de policía judicial de París, hacía a un redactor del *Dagens Nyheter*, de Estocolmo, las siguientes declaraciones, que fueron publicadas en julio del pasado año.

«La prostitución (en París) disminuye constantemente, pues si bien el número de prostitutas inscritas es siempre, aproximadamente, de 5.200 (el mismo que en 1913), no será preciso hacer notar que nuestra población ha aumentado en una tercera parte, por lo menos, en el transcurso de los últimos dieciocho años. Por el contrario, la cifra de suicidios va en aumento (762 suicidas en 1917, frente a 1.804 en 1931).»

Ahora bien; habida cuenta de que el aumento de suicidios, como demuestran las crónicas, obedece principalmente a la crisis mundial, ¿no resulta extraño que, en tanto una multitud de mujeres se arrancan la vida a causa de la miseria, sean muy pocas las empujadas a la prostitución por esa misma causa? Por otra parte, ¿qué significación dar a los múltiples escándalos a que la trata de

blancas ha dado lugar en Francia en 1932?

Evidentemente, la respuesta obvia a estas dos preguntas es una y la misma: lo que disminuye en París es la prostitución controlada, reglamentada, pero no la prostitución real y verdadera.

En Alemania, el fenómeno de la crisis de la «profesión» de prostituta, simultáneo con el del más amplio desarrollo de la prostitución, ofrece un aspecto particular: me refiero a la competencia que hacen las menores a las adultas y éstas a las mujeres.

La prostitución de menores ha alcanzado en Alemania, enormes proporciones; de ellas da idea el hecho de que, mientras que en el año 1930 se contaron 4.000 niñas sin domicilio, su número, en 1931, oscilaba entre 15 y 20.000.

La noticia que copio a continuación, traducida de la revista parisién *Lu* (julio 1932) es en extremo significativa. Dice:

«Se ha descubierto que en Humboldthain, arrabal de Berlín, más de una treintena de niñas de ocho a catorce años asediaban sistemáticamente a los hombres, ofreciéndose a ellos a cambio de algunos pfennigs.

La policía judicial ha averiguado la existencia en los extensos parques de Humboldthain de un verdadero «mercado del amor», organizado casi exclusivamente a base de menores. La mayoría de éstas se conocían entre sí. Por eso referíanse unas a otras, por ejemplo, que los parados pagaban voluntariamente de 30 a 40 pfennigs.

Tras una larga investigación, la policía ha logrado descubrir que las muchachas acostumbraban a «entregarse» en una casa de una calle próxima a Humboldthain. El propietario del inmueble y un amigo suyo han sido detenidos y conducidos a la comisaría. Habiendo sido identificados por las niñas, a preguntas de las inspectoras de la policía femenina, depusieron ambos su actitud negativa. Pero trataron de justificarse, alegando que habían sido «seducidos» por las menores quienes se les habían mostrado tan provoca-

tivas que no pudieron ellos resistir a la seducción.»

La prostitución infantil presenta en Viena las mismas proporciones.

En los Estados Unidos, 200.000 niñas sin domicilio pululan por sus ciudades, como informaba en septiembre de 1932 el Departamento del Trabajo americano. Y si no tenemos datos oficiales exactos y suficientes sobre la prostitución de menores en Norteamérica, es únicamente a causa de un puritanismo hipócrita.

Por doquiera, en fin, nos encontraremos, al lado de la prostituta «oficial» y en competencia con ella, a la muchacha abandonada a sí misma o inducida por sus padres o sus parientes; a la que no tiene trabajo y ha de procurar la subsistencia de sus hijos o de sus padres, o de unos y otros a la vez; a la obrera que, sí, trabaja, pero es a cambio de un salario de hambre...

La «prostitución» por «hambre» presenta en Alemania caracteres tan típicos y sobresalientes, que la prostitución común pasa casi inadvertida, confundiéndose y quedando superada por aquélla. Un periodista checo no titubeaba en definir la prostitución berlinesa como «una forma de mendicidad» (*Narodni Politika*, Praga, octubre 1932). Otro periodista, ruso, refiriéndose a Hamburgo, el antiguo puerto mundial, convertido hoy en «cementerio de buques», describía a las ramerías de rostro pálido y cuerpo descarnado que comercian en la barriada del puerto, añadiendo que casi todas ellas son muy jóvenes. Y refería a continuación cómo familias enteras de obreros, empleados, pequeños funcionarios y pequeños comerciantes viven casi exclusivamente de la prostitución (*Krasnaia Gazeta*, abril de 1932). Para completar el panorama actual alemán hay que sumar a esta íntima relación entre el desarrollo de la prostitución y la miseria reinante, la índole mercenaria de las formaciones hitlerianas y la frecuencia de los robos y de los suicidios, sin olvidarnos de las bochornosas dimensiones de la prostitución masculina.

En París existen igualmente «mercados de *petit-jeunes*» en la Puerta de Saint-Martin, en Saint-Denis, en la calle de Faubourg-Montmartre, en la Magdalena, en la Estación del Este, avenida de *Wagram*, Halles, plaza Pigalle, etc. Pero se trata, por lo general, de muchachos más o menos invertidos y, casi siempre, de vagos profesionales. En Alemania, en cambio, asistimos al proceso de una prostitución masculina mucho más extensa y mucho más compleja.

La revista *Monde*, de París, en su número del 24 de octubre de 1931, publicaba un reportaje sobre Alemania, en el que la pluma de Elya Ehrenburg trata con absoluta claridad los rasgos de la índole económica de este fenómeno como se observa en Berlín.

«La criminalidad —dice— aumenta rápidamente; los carteristas y los ladrones se multiplican de día a día. Según una estadística de la Prefectura de la policía, el 60 por 100 de los robos registrados en estos últimos tiempos no son obra de ladrones profesionales, sino de obreros «parados» hambrientos.»

La miseria no cesa en su tarea de castigar al hombre, ensañándose con él. Por la noche, por el Pasaje de Unter den Linden, por las avenidas de Tiergarten, por las cercanías de Alexanderplatz, deambulan millares y millares de hombres jóvenes, cuya edad oscila entre los quince y los veinticinco años; muchos de ellos usan calzón corto. Al cruzar con ellos veréis cómo tratan de sonreiros lánguidamente, entornando, con coquetería, sus ojos, en los que se trasluce el hambre. Esto no es perversión, ni libertinaje, ni moda; es, sencillamente, miseria.

Los viciosos ricos del mundo entero convergen diariamente en Berlín, porque aquí, la policía, que persigue sañudamente a los sin hogar y a los comunistas, en cambio tolera de buen grado todas las variaciones del «amor». Los aficionados a este género de aberraciones se dirigen con preferencia a los lugares donde se verifican los censos de parados. Por dos o tres marcos se seduce a un «novicio»; éste, confuso, indignado, resiste con repugnancia; pero, al fin, se decide: no se puede jugar con el hambre. Y esto degenera en profesión.

Por la mañana, estos individuos aun se entregan con afán a la busca de trabajo; pero, al anochecer, vuelven a echarse a la calle a «esperar clientes».

Este «trabajo» nocturno, único que encuentran, está mal retribuido: un marco cincuenta, un marco, a veces, 50 pfennigs.

Yo he estado en un cabaret donde los caballeros eran atendidos por estos seres.

Cuando una mujer entraba, por acaso, en la sala de aquel establecimiento, mirábanla ellos con avidez, con deseo perfectamente masculino, porque son «hombres», normales, sanos. Pero he aquí que llega un «caballero», un coronel retirado, de grandes mostachos fieramente retorcidos... Al instante, unos diez jóvenes caen sobre él, tratando de confeccionar una sonrisa lánguida. Se conformarían con que el caballero les pagase un marco,

¡un marco nada más! Entre ellos, no son pocos los que ayer mismo aun luchaban socialmente en el mitin y en la manifestación. Si, por casualidad, entra en el establecimiento un antiguo camarada del partido, no pueden evitar que la vergüenza coloree sus rostros. Seguirán charlando, riendo, bailarán inclusive; pero dentro llevan un alma hecha jirones por la vergüenza y el remordimiento. No son ya hombres, son simplemente maniqués, fantoches de trapo y aserrín...

Yo he conocido a un sastre que transformaba la indumentaria de los neófitos de este oficio original, recortando los pantalones y descotando la camisa

Todos sueñan con volver a encontrar al «príncipe». Cuando hablan del «príncipe», ya se sabe que se trata de cierto Hohenzollern que ha conservado sus altas tradiciones, y cuando se encuentra en un evacuatorio con algún jovencito, tiene la costumbre de azotarlo con un pequeño látigo, dándole diez marcos después.

Cerca de la casa donde habita el «príncipe» puede verse a estos desventurados vagando en espera de la fortuna...

No hay ninguna estadística oficial referente a la prostitución masculina. Pero personas de contrastada competencia aseguran que la cantidad de «parados» que se ha visto en la «obligación» de prostituirse se cuenta por decenas de millares. Ahora bien; estos «parados» están en plenitud del vigor juvenil; además, quieren trabajar...

¿Cómo, pues, calificar a un régimen que los arroja al medio de la calle, que los reduce a la repugnante condición de monstruos degenerados, que los sume en la trágica categoría de muertos vivientes?...

En los diarios berlineses pueden leerse anuncios en que muchachos «bien parecidos» solicitan un protector.

En Austria, lo mismo que en Alemania, los parados son fácil presa para los homosexuales ricos.

El caso sucedido en Krafpstemberg, en diciembre pasado, a un sin trabajo de diecisiete años, que fué violado por seis miembros de un Círculo clandestino de homosexuales pertenecientes a la «alta sociedad» vienesa, a cuyo Círculo fuera conducido aquél por un conocido que le ofreció la cena, es un caso perfectamente explicable si se tiene en cuenta que el muchacho no había comido desde hacía veinticuatro horas.

Y mientras la prostitución masculina y la de menores son peculiares a aquellos países de Europa más azotados por la miseria, la

compraventa de niños y la trata de mujeres se nos ofrecen igualmente en las naciones del Oriente, en que la carestía de la vida es más acentuada.

En noviembre de 1928, lady Simón publicaba los resultados de una encuesta sobre la «Mui-Tsai» china, o sea sobre la venta de niñas, cedidas por sus familias, como «criadas para todo», a los ricos, a los burgueses medios y a los pequeños burgueses, así como también a los traficantes o proveedores de la prostitución.

A raíz del advenimiento del régimen republicano, en 1912, estos procedimientos fueron declarados fuera de la ley, y, particularmente en Cantón, el vergonzoso tráfico quedó prohibido, bajo severas sanciones judiciales.

En cambio, en Hong-Kong, colonia inglesa, so pretexto de que allí no estaba reconocida la «Mui-Tsai», nada se hizo para combatirlo.

En 1923 se promulgó una orden prohibiendo el empleo para servicios domésticos de menores de diez años. Y, no obstante esta prohibición, el número de las «Mui-Tsai» se elevaba en 1929 de ocho a diez mil.

Lady Simón calculaba en dos millones el número de niñas esclavas, condenadas a trabajos y a la sevicia más cruel, y denunciaba la existencia en Hong-Kong le un verdadero y auténtico comercio de esclavas.

Algunas niñas eran vendidas a la edad de cuatro años, y, tras quince de esclavitud, arrojadas a la prostitución.

En 1931, la Comisión de Ginebra para la represión de la trata de mujeres y niños abrió una información en el extremo Oriente. Esta Comisión, lo mismo que la creada para la abolición del tráfico de opio, no ha sacado nada en consecuencia, sencillamente, porque en China la trata de mujeres y niños no podrá suprimirse si no es con la desaparición del hambre.

Si en 1931 más de cien mil niñas chinas eran vendidas a propietarios de prostíbulos, la causa no era otra que la situación difícilísima en que China se encuentra, con sus diez millones de personas sin hogar, con sus 500 millones de habitantes muriéndose de hambre, en una palabra.

Cuando se lee que las familias de los campesinos venden a sus propios hijos, se califica ello de monstruosidad; pero bastará con examinar la situación desesperada de las regiones asoladas por la sequía o devastadas por las inundaciones, para convenir en que realmente esa supuesta monstruosidad es la úni-

ca posibilidad que los padres encuentran para salvar la vida de sus hijos.

El reverendo Herwlet Johnson, decano de Canterbury, describía, en el *Manchester Guardian*, en abril de 1932, la vida en los pueblos del norte de Anhwei, devastados por una inundación.

Cuando ya no quedan vacas, ni ovejas, ni aves en el corral, ni muebles, ni combustible en la casa; cuando el único alimento son las hierbas malas, a las que se añade una especie de tierra, entonces es cuando se venden los niños... Están esqueléticos y llevan el vientre fofo y arrugado...; los varones se pagan a seis dólares y las hembras a diez...

En el Japón, la situación es análoga.

He aquí un pasaje del informe emitido por una Comisión encargada por el Ministerio de Agricultura de visitar las regiones azotadas por la miseria. Este pasaje se refiere a la comarca de Uigata, célebre en otro tiempo por la belleza de sus mujeres y próspera por su producción arrocerá, convertida hoy en teatro de la penuria más acerba y el hambre más pavorosa.

«Después —dice— de vender los campesinos cuanto poseían, y sumidos en la miseria más absoluta, han recurrido a vender a sus hijos. El precio corriente de una niña de once años es de cien yens; una adolescente de quince años se cotiza en cuatrocientos yens. Centenares de familias han vendido a sus hijas en estas circunstancias.»

En los pueblos japoneses —como copiaba el *Narodni Politika*, de Praga, de un gran rotativo japonés correspondiente a agosto de 1932— hay gran escasez de mujeres, a consecuencia del tráfico de niñas.

«Las regiones del norte del Japón —observa el *Narodni Politika*— son famosas por la rara belleza de sus mujeres. Los distritos de Akita y de Yamagata contribuyen con el mayor contingente de niñas a la provisión de los prostíbulos de las grandes urbes. El número

de prostitutas reclutadas en todo el Japón, durante el año de 1930, fué de setecientas. En el mismo año, el número de niñas que solamente las dos provincias antes mencionadas aportaron se elevó a quinientas. El departamento de Aomori provee anualmente a las casas de lenocinio de trescientas muchachas. cifra que se ha duplicado en el período 1931-32.

»Del pueblo de Nishi-Okueci, que contaba 4.700 habitantes, de los cuales 2.300 eran mujeres, han desaparecido totalmente las jóvenes de quince a veinticinco años.»

● ● ●

Ahora bien: Lo mismo la menor que se prostituye en Berlín por unas monedas, que las familias enteras que viven de la prostitución en Hamburgo y en Viena; lo mismo las muchachas francesas y polacas que emigran a los lupanares de Egipto y de la Argentina, y las chinas y japonesas vendidas por sus familiares en los pueblos hambrientos, que los obreros parados que se prostituyen con ricos invertidos en las ciudades alemanas y austríacas, no son sino diversos matices de un mismo cuadro —el cuadro de la prostitución más varia, amalgamada y repugnante— cuyo fondo es, siempre, la crisis económica mundial.

● ● ●

En los períodos que nos han servido de estudio es cuando los datos estadísticos se revelan más luminosos y elocuentes. No solamente por la magnitud de sus cifras, sino también porque ellos vienen a corroborar sólidamente el testimonio directo del observador.

La miseria, factor «genéricamente predisponente» de la prostitución se ha convertido en estos períodos en factor «específicamente determinante» de ella.



# La acupunción o "método Asuero" originario del ex Celeste Imperio

Diógenes Ilurtensis



**L**a medicina se ejerce en el ex Celeste Imperio con entera libertad, sin que el Gobierno se inmiscuya en este sacerdocio de la salud. Es creencia generalizada que el atento e ineludible interés que los hombres sienten, de manera natural, hacia la eutenia, es motivo suficiente para impedir que depositen su confianza en un médico que no fuese digno de ella. Por tal motivo, cualquiera que haya leído unos libros de sintomatología y de recetas, así como estudiado la nomenclatura de los medicamentos, puede lanzarse intrépidamente a intentar la curación de sus semejantes.

Los doctores chinos prefieren las especialidades, y por ello se dividen en «gremios», cada uno de los cuales dedícase exclusivamente al tratamiento de determinadas enfermedades. Hay médicos para las dolencias que provienen del frío, y otros para las que ocasiona el calor. Unos practican la «acupunción» y otros sueldan los huesos quebrados. La operación de la «acupunción» se conoce en la China desde la más remota antigüedad; con ella cúranse infinidad de enfermedades. Se practica introduciendo en el cuerpo unas agujas de regular longitud; toda la ciencia del operador consiste en escoger los lugares donde hay que «pinchar» y en conocer la profundidad y dirección que han de seguir; en algunos casos, muy raros por cierto, utilízase una aguja enrojecida al fuego. Semejante operación parece tiene cierta analogía con la que efectuara Asuero en España hace unos años, obrando sobre el nervio trigémino, puesto que tales punciones actúan sobre los nervios de los órganos afectados imprimiéndoles una actividad acelerada.

Parece comprobado que los chinos —al igual que los japoneses— no conocían, hasta hace un cuarto de siglo, la Anatomía, y tenían tan sólo vaga idea acerca de la organi-

zación del cuerpo humano. No obstante, poseían un método completo para aplicar la «acupunción», al que habían de sujetarse cuantos la practicasen. Determinóse que en la superficie del cuerpo humano existen 367 puntos accesibles a la punción, cada uno de los cuales tiene un nombre especial, según la relación que se suponía existía entre el mismo y los órganos internos. Con el fin de que los estudiantes pudiesen practicar sin comprometer la salud de sus semejantes, fabricáronse figuritas de cuero en las que se habían practicado diminutos agujeros correspondientes a los lugares adecuados. La superficie de dichas figuras se hallaba cubierta por un papel engomado; el estudiante tenía que clavar la aguja con decisión e introducirla de un golpe en el interior del agujero correspondiente al lugar en que había que operar según la enfermedad de que se trataba.

Otra particularidad curiosa de los médicos chinos es que, al propio tiempo, son boticarios y venden a sus enfermos las medicinas que recetan. Ello da lugar a que, aun en los trances tristes de enfermedad, los chinos pongan de manifiesto su natural desconfianza, dudando de la honradez del médico, pues ¿quién es capaz de asegurar que en su afán de ganar dinero el galeno no recete medicamentos costosos para una enfermedad leve? La prodigiosa cantidad de drogas e ingredientes que entran en la composición de las medicinas en China hace pensar, verosíblemente, que se deba a la coincidencia de hallarse vinculadas ambas funciones en un mismo individuo.

El temor a verse explotados por la avidez de los médicos dió origen a una costumbre extravagante, pero que se acomoda perfectamente a la mentalidad de los chinos. El médico y el enfermo se enfrascan, a veces, en serias discusiones acerca del valor y precio de los ingredientes. Los miembros de la fa-

milia intervienen en tan pintoresco regateo y piden que el señor doctor tenga la amabilidad de recetar medicamentos menos costosos; éste consiente, en ocasiones, a eliminar alguna droga de la receta. Aunque la eficacia de la medicina sea menos visible y su acción curativa más lenta, y aun dudosa, no ha de haber queja visible: lo esencial es que no sea cara.

El médico, después de discutir, acaba siempre por rebajar el precio de su mercancía, porque sabe que, de no hacerlo, buscarían otro. En semejantes circunstancias suceden cosas realmente pasmosas que caracterizan a la perfección el tipo chino: cuando el doctor boticario ha pronunciado su última palabra y declara que, para obtener la curación precísase usar tal o cual remedio, el consejo de familia entra en deliberación. Fríamente se analiza el asunto y se presenta la cuestión de vida o muerte a presencia del propio enfermo; discútese para saber si, en razón de la avanzada edad del paciente o de la suma gravedad de la dolencia, no sería preferible abstenerse de gastos inútiles y dejar que la Naturaleza obrase por sí misma. Después de cotejar lo que podrían costar los medicamentos, inútiles a veces, el mismo enfermo lanza la iniciativa y decide que es preferible reservar aquel dinero para proporcionarle un ataúd de mejor calidad, puesto que, tarde o temprano, habría de morir; es, pues, natural renunciar a vivir algunos días más con objeto de hacer economías y poder realizar un entierro decoroso. Con tan dulce y consoladora perspectiva, despídese el médico y se manda llamar al fabricante de ataúdes.

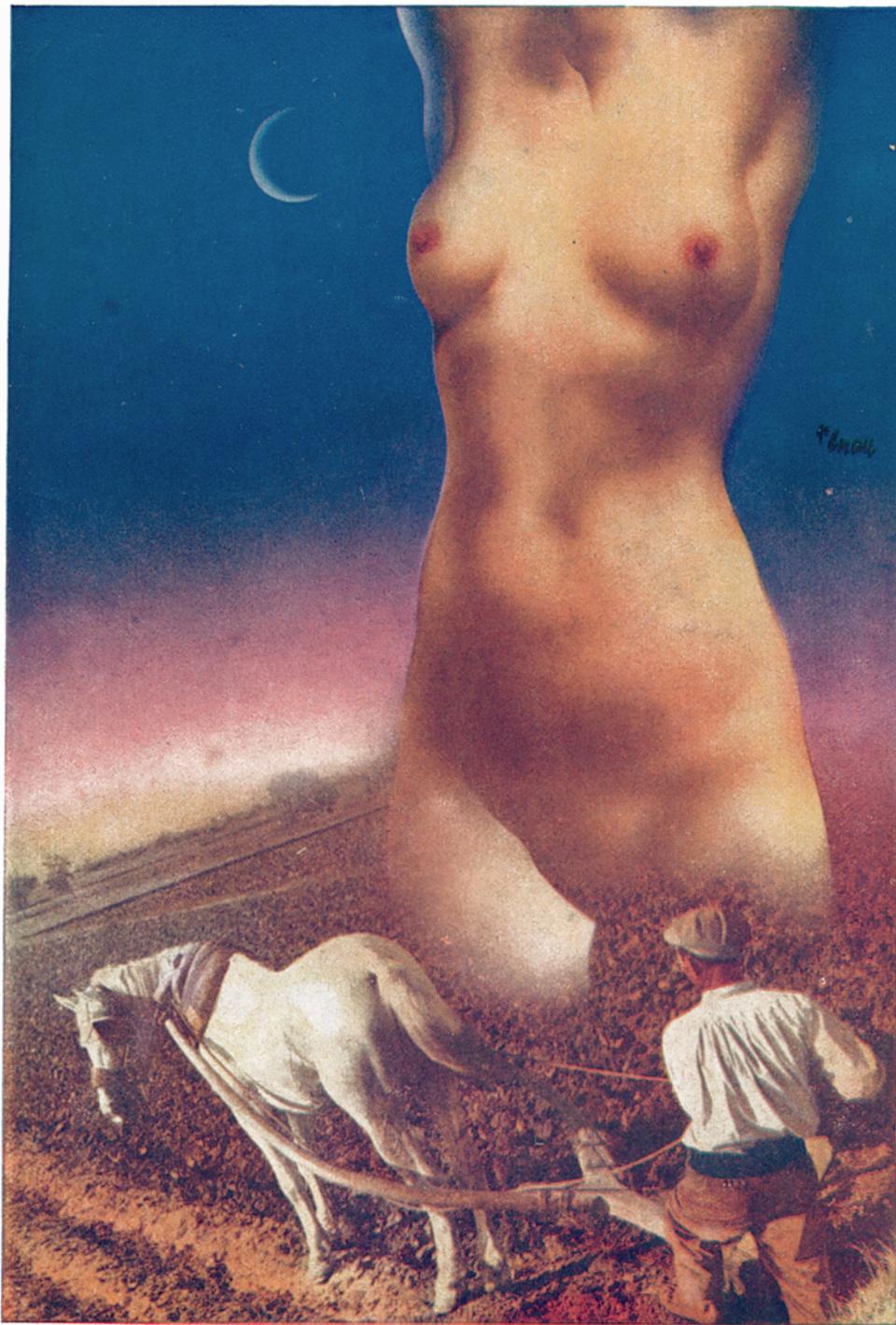
Por lo general, las medicinas, excepto cuando se trata de píldoras o comprimidos, no las da preparadas el boticario, sino que es costumbre hacerlas hervir conjuntamente en un puchero de tierra; cuando el agua se ha saturado de los ingredientes y las propiedades medicinales han pasado por entero al líquido, se da a beber la poción al paciente a la mayor temperatura posible. De ordinario, las medicinas chinas tienen un aspecto oleaginoso y un color negruzco no muy agradable que proviene de cierta sustancia grasienta y oscura que los médicos tienen la amabilidad de incluir siempre en sus recetas. Sin embargo, cuando se logra vencer la repugnancia de la vista, los remedios chinos no tienen sabor repulsivo, sino que son dulzones o algo insípidos, pero nunca adquieren el gusto nauseabundo de los medicamentos europeos.

Tales son las costumbres médicas todavía en auge en China. De ellas merece destacar la práctica «acupuncionista» que hemos descrito y que se remonta a épocas lejanas. Claro que la Medicina, protegida por las nuevas corrientes europeizantes de la República China, se abre paso, pero perduran aún los métodos antiquísimos cual éste que nos ocupa.

La punción del trigémino, empleada por el doctor Asuero y por otros médicos —cual el doctor Hirsch en Alemania, autor de un nuevo método—, no es, pues, un descubrimiento de la ciencia occidental, sino un plagio de un sistema empírico —la acupunción— empleado por los chinos desde hace más de cuatro mil años. *Nihil novo sub sole.*



## Estudios



### La Primavera

Por RENAU

*Exuberancia plena de la Vida, fecundada por el titán de las manos callosas en holocausto al Amor, que es Felicidad y Bienestar. ¡Que surja de las entrañas removidas por el dios Trabajo esa era de Comprensión y de Fraternidad que anhela el Mundo!*

# Los salvajes

Elíseo Reclus



AS recopilaciones científicas nos traen una noticia del más alto interés. Los hermanos Sarracin, viajeros laboriosos y constantes en sus investigaciones, han descubierto en la isla de Célebes, donde hacían sus estudios, una tribu de «hombres de los bosques» que no conocían el uso del fuego.

Viviendo en una parte de la isla donde no existen volcanes, los Ta-Ota no habían visto nunca en su vecindad inmediata ni llamas, ni ascuas, ni escorias ardientes, y jamás había alumbrado el rayo sus húmedas selvas. Ya en otra tierra ecuatorial, en la Papuasía o Nueva Guinea, el viajero ruso Mikloukho-Maklaj había vivido entre indígenas que afirmaban que sólo conocían el fuego desde hacía pocas generaciones; pero esto parecía dudoso, y los etnólogos profesaban como tesis indiscutible que la edad de la *propyrie* o anterior al fuego había terminado para todos los hombres desde tiempos inmemoriales. Se engañaban. En la multitud de grupos sociales esparcidos por la superficie del planeta puede observarse toda la serie de civilizaciones, tales como se han desarrollado en la sucesión de las edades, desde la forma más rudimentaria y sencilla hasta la más infinitamente compleja. Y entre los más atrasados de esos hombres los hay de quienes puede uno preguntarse si forman todavía parte de la animalidad primitiva o si ya hay que ver en ellos representantes de ese género humano que hemos calificado de «señor del Universo».

Por el momento, casi no parece que los Ta-Ota de Célebes hayan de contarse entre «los reyes de la creación». Si su dominio de los elementos todavía no se ha elevado hasta el conocimiento y el uso del fuego, su potencia de coordinación intelectual no ha logrado clasificar los objetos hasta el número de tres y tampoco parece que su sentido del misterio y del más allá permite ver en ellos a los «animales religiosos» de Quatrefages. Estos hombres de los bosques, agazapados en sus escondites y en la maleza, alimentados

suficientemente por los frutos, las raíces, las gomas y los meollos que les da la selva, viven y mueren en paz, sin luchas intestinas y, hasta ahora, sin guerras con sus vecinos. Acaban de hacer conocimiento con las tribus limítrofes y es cosa de preguntarse si su encuentro con «hermanos en humanidad» contribuirá a hacerlos felices.

A primera vista puede parecer sorprendente que esos aborígenes tan débilmente desarrollados en cultura hayan nacido en una comarca tan rica en producciones espontáneas, tan favorecida por las condiciones del clima y la fecundidad del suelo. El conjunto de la Insulinda puede considerarse como la región por excelencia de la fuerza y de la belleza creadora, y la isla de Célebes, en particular, es de todas las tierras índicas la que mejor responde, por la magnificencia y la hermosura de sus paisajes, por el esplendor de su vegetación y por la variedad de sus especies vegetales y animales a la idea que el poeta se formó del paraíso terrenal; es aquél el lugar de elección, tan perfectamente adaptado a todas las necesidades y a todos los goces del hombre, en que el bienestar y la felicidad no serían turbados si no fuese por el capricho del hombre mismo. La Insulinda es la parte de la tierra donde nacieron y viven todavía algunas de las especies más notables entre los monos antropoides; es la región donde se han encontrado recientemente los restos fósiles del ser intermedio en que los antropólogos ven el personaje de transmisión entre los pitecos y los hombres. Es la que fué cuna del antropopiteco; es allí tal vez donde la humanidad adquirió conciencia de sí misma.

Sin embargo, en la isla más bella de esa región exuberante de vida creadora es donde los viajeros descubren el pueblo que entre todos los primitivos parece haberse quedado en el lugar más humilde dentro de los límites de la cultura. El hecho parece, a primera vista, inexplicable, si no se tiene en cuenta que precisamente los favores del suelo alimentador son los que mantienen a los hombres de los

# El sexo en la Historia

Dr. Félix Martí Ibáñez

## I

### Del matriarcado al cristianismo



ADA hay más aleccionador cuando de enfocar la cuestión se trata, que atalayar el pasado y proyectar su luz sobre el problema que nos ocupa. Actualmente, nuestra generación se halla situada frente a un doble objetivo: enfilarse la proa de sus naves hacia los mares de la liberación sexual y defender al propio tiempo sus filas de las amenazadoras baterías de artillería gruesa, con las que los dogmatizantes pretenden detener lo que es incontenible. Nada menos que el tránsito histórico desde unas tierras que se desmoronan hacia los baluartes de una nueva

vida. Pero sin tener en cuenta la elevada finalidad biológica y humanista que guía nuestra actuación, se nos combate acerbamente. Y el ataque no tiene la sinceridad de la desnudez, sino que el filo acerado de las diatribas se halla velado por el brillo desdeño de pretendidas normas de moral.

Así, afirman que nuestra conducta es reprochable, puesto que sólo en los dogmas que ellos ostentan radican las límpidas esencias de la moral. Para probar lo erróneo o lo descarado de tales afirmaciones, nada más instructivo que revisar brevemente la silueta histórica de la sexualidad, siluetando al propio tiempo el contorno moral de las concepciones doctrinarias que en todas las épocas se han alzado contra la libertad sexual. Con lo cual, veréis perfilarse sobre los viejos dogmas eclesiásticos la nueva moral sexual por un contra-

bosques en su estado social originario. Tienen la comida y el abrigo, la dulzura del cielo y la generosidad de la tierra; por lo tanto, no les mueve la utilidad de ingeniarse para buscar en otra parte o allí mismo mejores condiciones de existencia; ninguna solicitud de su destino les conduce a descubrir productos, procedimientos o instrumentos nuevos; siglo tras siglo van viviendo satisfechos de su suerte; la vida les es dulce; ¿para qué habrían de cometer la locura de querer cambiar?

Pero la inmutabilidad de la vida de los Ta-Ota no se explica únicamente por las facilidades de la vida material que proporciona la bondadosa Naturaleza. Estos desgraciados fueron «nacionalistas» mucho más lógico y perseverantes que los de Occidente, que se agitan desde París a Chicago y desde Londres a la Côte d'Azur. Los hombres de los bosques vivían como tímidas bestias, procurando no hacer ruido, para que no les descubriesen al pasar los cazadores, cuidando de ocultar el sitio en que dormían y de no dejar ningún rastro al hacer sus excursiones en busca

de la comida. Hábiles para encontrar lugares retirados donde nadie pudiese perseguirlos, huían del hombre temible que manejaba el venablo y el cuchillo. Así consiguieron subsistir y conservar su especie, mas, ciertamente, sin aprender nada; ellos no gozaron, como los otros hombres, el fruto del árbol de la vida.

Pero al menos ya entran, a su pesar, en la gran asamblea de los humanos. La guerra no les había podido batir; la ciencia los ha descubierto. Quieran o no quieran, aprenderán a conocer el fuego, contarán con los dedos y dibujarán figuras en la arena de los ríos; verán casas, barcos, vapores; vendrán a ser compañeros de los hombres de la playa, del mar y de los continentes; se mezclarán con los descendientes de mil otros pueblos y se perderán como raza distinta, no como individuos, en la gran multitud de los hombres entremezclados. En cuanto a los «nacionalistas» se les puede predecir igual destino. Por más que hagan, se desvanecen las fronteras entre las patrias.

luz violento. Tal y como se recortan en el azul castellano los álamos de la colina.

Pero a este interés se agrega el de abordar, bajo una óptica biológica, la evolución histórica de la sexualidad, que puede considerarse como una cadena de fenómenos que se han ido sucediendo y aun negando unos a otros, pero cuyos eslabones han ido siempre ascendiendo en vuelo hacia la libertad. Reflexionar sobre el pasado sexual de la Humanidad tiene, además, un alto valor educativo al enseñarnos que el progreso moral de los hombres ha estado siempre entretelado de luchas, de ascensos y de dolorosas caídas. Lo cual puede ayudarnos a sobrellevar con entereza las circunstancias que puedan sobrevenir, por dolorosas que sean.

De ahí dimana el hecho de que la primera gran represión sexual que registra la Historia y que fué ejecutada por el cristianismo, tuviese como precedente histórico los largos siglos de promiscuidad sexual habidos en los llamados clanes matronímicos. Consideremos ante todo ese pórtico a la evolución de la sexualidad, que se denomina el *matriarcado* y el *patriarcado*, que nos demostrará, al examinar después la reacción que le siguió, cómo la Historia no es sino un reverdecer etapas pasadas. Historia es antítesis de unas posturas con otras. Y la acción y reacción —que los hindúes conocen como un sentido filosófico de la vida (*harma*) y la Física estudia como un hecho sin discusión— es, ante todo, un postulado histórico.

Aquella humanidad primitiva, que vivía en incesante comunión con la Naturaleza, bañados de día en la lluvia dorada del Sol y de noche en cendales de luna, no obedecieron a otra moral que la de sus instintos y sus impulsos. La atracción sexual existente era inespecífica, se ejercía entre machos y hembras en su puro sentido biológico, sin intervenir elemento espiritual apreciable alguno. Y así, la cópula sexual se verificaba libremente, sin distinción de personas ni sexos. El hombre primitivo era un ser dotado de un elevado caudal de impulsos y de instintos y de un escaso control y dominio de sí mismo. Por lo cual, cuando aquel hombre deseaba traducir al exterior aquel desequilibrio celular, aquel vago malestar en que le sumían las secreciones excitantes de su sensualidad; cuando deseaba restablecer su armonía orgánica alterada por las hormonas sexuales, determinantes de sus impulsos eróticos, realizaba el acto sexual como podía, condicionándolo tan sólo a las facilidades o dificultades para hallar una compañera de juegos eróticos.

La mujer, en aquellas sociedades edificadas sobre un culto al valor, al músculo y a la barbarie en su sentido biológico, ama al fuerte, al hombre dotado de notables potencialidades musculares. Y ambos se aman de un modo bellamente animal, sincero, libre, límpidamente biológico. Con una sinceridad que a los moralistas puede parecer reprobable y pecaminosa, pero que la Biología considera como limpia y natural. Calificar las relaciones sexuales que se desarrollaban sobre los suelos fangosos de las cavernas como desenfrenos, incestos y violaciones, tal y como hacen los moralistas dogmáticos, es una muestra de miopía intelectual. Allí no se cometía nada de eso, sencillamente, porque aún no había moralistas encargados de amargar la vida sexual de los hombres con sus dogmatismos y de erizar la pureza del acto sexual de pecaminosos anatemas.

Precisamente, la misma periodicidad y despreocupación con que los salvajes primitivos cumplían sus funciones sexuales, constituye una elevada muestra de armonía fisiológica para muchos decadentes erotismos que aún anidan en nuestras pomposas civilizaciones. La libertad y la ingenuidad que el acto sexual tuvo en aquellas sociedades y que tiene aún en las supervivencias contemporáneas de pueblos primitivos, del tipo de los habitantes de las islas Trobriand, cuya vida ha descrito tan admirablemente Malinowsky, harían avergonzarse a muchos decadentes fetichistas y masoquistas amorosos de las urbes civilizadas.

Pero, volviendo a la vida amorosa en las sociedades primitivas, he de remarcar que la mujer, al orientar su sexualidad hacia el fuerte, introducía ya en su amor un elemento de conveniencia, aunque en este caso fuese conveniencia biológica, al situarse bajo la protección del hombre más poderoso, en una sociedad en la cual el poder estaba plasmado en el valor y el músculo. Esta sumisión femenina al hombre que triunfa en cada época, la observaremos también en etapas ulteriores. Parece como si en la Historia, las mujeres, dotadas de una perspicaz pupila biológica, se hubiesen siempre decantado amorosamente hacia el hombre más apto en cada tiempo para ceñir su vida a las ásperas realidades de aquel momento. Con ello, la mujer actuaba ya de motor oculto del impulso masculino y demostraba desde un principio que siempre ha cabido a las mujeres, desde su poderosa debilidad, dirigir y encauzar los mejores avances de los hombres.

El problema se complica cuando en el seno de las hordas errantes surgen los hijos, cuya

procedencia y cuyo origen en la unión sexual era ignorado por los pobladores del clan. Y como la promiscuidad sexual existente en los clanes hubiese hecho imposible definir a quién correspondía la paternidad, aún en el caso improbable de haberse atisbado su mecanismo, se aceptó como único lazo filial el de la maternidad, con lo cual se constituyó la familia en torno a la madre y en su parentesco con ella se basaron las relaciones de los hombres. Tal es, según Juan Jacobo Bachofen, el origen del *matriarcado*, primera estructura social humana, según demuestran la poesía épica y los antiguos mitos, sociedad fundamentada sobre la madre como eje de la vida social de la horda.

Esta es la hipótesis etnológica acerca del matriarcado, pero existen otras varias que son la de la neurosis de angustia en los hombres primitivos, la de la «línea de horda» y, sobre todo, la más moderna de Krische, en la que se establece que el matriarcado es consecuencia del paso de una cultura de cazadores a una cultura sedentaria de agricultores, en la cual domina rauda y poderosamente la mujer. Mientras duró la cacería errante, la vida giró en torno al varón fornido y audaz; pero al constituirse en sociedad de pastores, la mujer habilidosa y organizadora surgió por sus fueros. De momento no discutiremos estas hipótesis, de las que nos ocuparemos algún otro día. Nos interesa más anotar que así se creó ese tipo de madre prolífica y húmeda como el paisaje pantanoso que habitaban los clanes, en una singular adaptación de la madre del clan al medio fecundo y húmedo o del medio a la madre, según los modernos puntos de vista sobre la evolución de las especies.

En esa sociedad así estructurada y habitando un paisaje henchido de dentelladas de fieras, asechanzas de enemigos y tormentas imponentes, bajo cielos sin estrellas y aludes espantosos, la madre se convierte en reina, como en ciertas colonias de abejas, que presentan esta disposición matriarcal. Por tanto, el dominio, honores y descendencia correspondía a la madre que así, en virtud de un hecho sexual, se vió avalada de súbitos atributos sociales. De ahí que el hermano de la madre, o sea el tío materno, se convirtiera en el jerarca supremo de la tribu, quedando reducido el padre a la categoría de amante legal de la madre. De ahí dimana también el *avunculado*, o tutoría del cuñado sobre los hijos, y la persecución a los hijos varones, como la sufrida en Nazaret por la tribu de David bajo el dominio de Herodes, cuyo re-

lato bíblico es un caso típico de vestigios matriarcales.

Señalaremos, como consecuencia de esta organización social, que en el matriarcado no existe la prostitución; si acaso, se hallan formas equivalentes a cargo de varones. La prostitución es un producto típico de las sociedades *patriarcales*, que estudiaremos a continuación.

Así, pues, lo que prevalece en estas sociedades en las que domina la mujer, es el derecho natural de la madre, que perduró hasta que en las sociedades romanas, frente al derecho natural materno, se asentó el derecho civil del padre. Derecho que aun hoy es una ficción por lo artificioso, ya que al derrumbarse la legalidad en la esfera amorosa desaparece también el problemático derecho por ella creado, subsistiendo nada más el derecho materno. En el clan matronímico el padre necesitaba, para hacer valer sus derechos, simular que él también era madre; de ahí el que figurase un parto, con sus dolores, para así equipararse, por la magia del acto, a la madre dominadora. En cuanto al hijo, no siente gran preocupación por conocer a su padre, y así es como en la *Odisea* contemplamos al valeroso Telémaco afirmar que él no sabe si es o no hijo del astuto Ulises y que le basta con saber que es hijo de la dulce Penélope.

En esta estructuración social se adivina ya un deseo de glorificar a la mujer, que da la vida al hombre, y colocarla como premio en la más alta jerarquía de la tribu.

Y en esta forma de vida social, que a muchas mujeres hoy les parecerá una realización de sus anhelos de dominación, existe todavía, porque en los pueblos primitivos citados, cuyas supervivencias se estudian en la actualidad, subsisten estas formas de organización.

Los investigadores, que intentan crear una historia científica que nos dé a conocer las leyes específicas que rigen los grandes movimientos colectivos y sustituir así el libre albedrío histórico por la razonada investigación biológica, han mostrado vestigios matronímicos en las tribus de los isleños de Nueva Guinea. Tales indígenas ignoran la génesis de la paternidad y afirman que está producida por los espíritus, que traen a los niños y los injertan en el seno materno, con lo cual, a no existir los prejuicios de nuestra moral sexual, mujeres y hombres solteros viven su amor en plena libertad, estableciendo la descendencia por línea femenina. Las consecuencias son el dominio social femenino y la existencia de uniones monógamas, dotadas de una absoluta igualdad de deberes y derechos. Reciente-

mente se relató que unos misioneros católicos quisieron reaccionar contra tales normas de vida, despertando en ellos la idea de la paternidad, para después inculcarles el concepto de la paternidad espiritual de Dios sobre los hombres. Mas tales ideas, que amenazaban destruir la paz idílica de aquellas islas, no han prosperado y los isleños siguen felices en sus islotes frente al abismo azul del mar, amando de día, bajo el dorado manto del Sol, o en la noche perfumada, bajo las risas de plata de la Luna.

Pero este predominio de la mujer sobre el hombre no podía continuar por una razón biológica. Y era que la hembra, por causa de su sexo, venía obligada a verificar periódicamente una serie de eclipses, de apartamientos de la vida pública, para retirarse al fondo de las cavernas y allí cumplir los deberes biológicos que su categoría sexual le imponía. Unos días al mes, mientras el ritmo de su sexualidad lo disponía o bien el período del embarazo, la mujer se veía sometida al varón por causa de su inferioridad biológica, de su mayor complejidad sexual. De eso se valió el varón, sediento de dominación, para ir relegando cautelosamente a la mujer a un lugar secundario e imposibilitarla paulatinamente para ejercer aquellos cargos de la vida pública del clan que requerían una continua atención. De aquí arranca el sendero de subordinación femenina que acabaría con este feliz Paraíso de las mujeres, culminando su opresión en aquella mujer romana cargada de deberes y exenta de derechos. Sucediendo que, al ser eliminadas las mujeres del ritmo vertiginoso de la vida social, comienza a desperdarse en ellas un sentimiento de inferioridad, de resignación a su sino, que al florecer más tarde determinará el que vivan supeditadas a la dominación varonil. Marañón, desarrollando esa teoría de la inferioridad biológica de la mujer, ha pretendido hacer de ella una hermana menor del hombre, un ser detenido en su desarrollo por razón de su propia y peculiar biología. Ese concepto encierra la verdad, pero tal vez excluye algunos aspectos del panorama no menos interesantes que los sugeridos por Marañón. Por eso creo que podemos afirmar que la inferioridad o supuesta inferioridad femenina no es un donativo cruel e ineludible del destino biológico de la mujer, sino que hay que contar también con la influencia del medio biológico en el que se ha desarrollado la mujer.

Considerando ambos factores, la mujer y su medio biológico, la inferioridad femenina deja de ser un sino fatal que imposibilite a la

mujer para recuperar la igualdad social que el hombre le arrebató. Y en su lugar se alza el concepto de que la detención evolutiva de la mujer no es una fatal consecuencia de sus posibilidades biológicas, sino del medio social que la excluyó de sus más importantes actividades y originó en la hembra la atrofia de aquellas facultades físicas y espirituales precisas para la lucha social. Pensando así podrán las jóvenes de hoy lanzarse a la reconquista de su auténtica personalidad biológica y sexual, teniendo siempre en cuenta no sólo esta provechosa enseñanza de la Historia, sino también que si desean conquistar todos aquellos derechos de que antaño gozaron las audaces amazonas, deben pensar en que la gloria de los derechos se compra a costa del sabor agrídulce de unos deberes, hoy tan olvidados por ellas como desconocidos les son sus derechos.

Pero en esta nueva forma social que se denomina *patriarcado* entra a jugar un nuevo factor que es el sentimiento de la paternidad. El hombre descubre que su hijo es obra suya y no de los espíritus, que es su *simiente*, o el fruto de la misma, como la Biblia pretende, y ello determina en él interesantes mutaciones psicológicas. Al saber esto el hombre del clan patronímico vió nacer en él no sólo ese sentimiento de paternidad, que en su misma raíz enlaza con el de la propiedad, sino también orgullosos deseos de inmortalidad. Todo cuanto el hombre deseó hacer en vida, todo cuanto de glorioso y heroico soñó en realizar y no pudo plasmar en realidades, ahora será transmitido a su hijo; y ya que él no pudo ser coronado por la fama deseará que sea su descendiente quien immortalice su nombre, consiguiendo así una gloria bastante relativa, pero que colma sus ambiciones. De ahí la frecuencia de las antiguas epopeyas, del mito del hijo que realiza las hazañas que el padre sólo entrevió. El estudio psicoanalítico de este mito es interesantísimo, así como el de sus supervivencias actuales, pero no puede ocuparnos ahora.

Lo cierto es que el amor en las sociedades patriarcales va a matizarse con dos tintes nuevos: el egoísmo y los celos. Si en la sociedad matriarcal el hombre amó a la mujer por el trabajo o las horas felices que le aportaba, en esta nueva etapa histórica, al sobreponerse el ambicioso deseo de sobrevivirse e immortalizarse en un hijo, el hombre profesa un amor egoísta. La mujer es para él tan sólo la procreadora de hijos. De esos hijos que serán una flecha biológica lanzada hacia el futuro.

Pero, además, esta nueva concepción del

amor como vehículo hacia la meta de la paternidad, implica la aparición de dos nuevos fenómenos. Uno de ellos es de índole social y ya nos referimos a él, hallándose constituido por la prostitución. Anotemos a este respecto que en las civilizaciones contemporáneas la prostitución cunde y alcanza su máximo desarrollo en aquellas organizadas bajo la forma patriarcal, tal como sucede en España.

El otro fenómeno es de matiz psicológico y lo integra el sentimiento de los celos. Recapitemos. En las sociedades matriarcales los celos no pudieron existir, puesto que ignorándose el papel de los padres en la creación de los hijos, no se consideraban inmorales las relaciones sexuales de una mujer de la tribu con otros hombres que no fueran su compañero habitual. Pero en la sociedad patriarcal el hombre tiene que extremar su vigilancia para evitar que, interponiéndose entre él y su compañera otro varón, sea de un extraño el hijo encargado de continuar su obra.

El amor comienza así a ser mezquino, intolerante, y el hombre se hace un tirano para su mujer a causa de los celos que siente, no tanto de la fidelidad de aquélla como de la pureza de sus hijos, de la génesis de sus continuadores. El egoísmo y el ansia de dominación varonil caracterizan esta etapa patriarcal, tan fielmente reflejada en los amables relatos del Antiguo Testamento.

Lo cierto es que el amor pierde su espontaneidad y resulta mediatizado por otros sentimientos, de los cuales destaca el deseo del hombre de acreditar, a través del dominio de una mujer para él sólo, su poder y superioridad sobre los demás varones, que no se atreverán a disputársela.

Por eso podemos afirmar que los donjuanes del patriarcado, si los hubo, lo que buscaban era no el amor de las mujeres, sino el triunfo sobre los demás hombres, arrebatándoles lo que máspreciado les era.

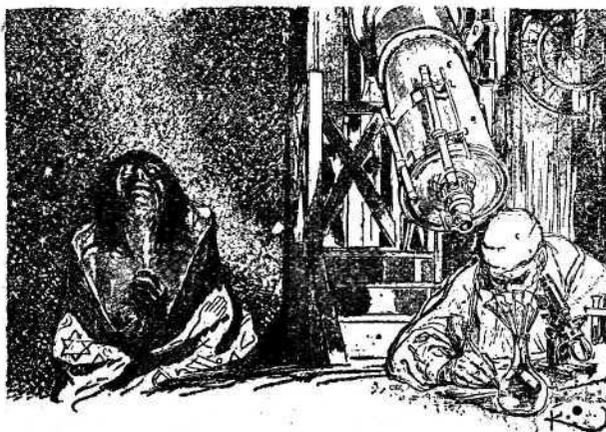
Y análogamente los deseos de las adúlteras, de las vampiresas de la época, tenían el sentido de una protesta, de una rebeldía, de una reivindicación contra la tiranía masculina,

proclamando con su conducta su anhelo de igualarse a los hombres.

Entonces, se dirá: ¿El amor sólo experimentó descalabros en la época de los clanes patronímicos? Sería injusto e inexacto afirmarlo. Porque con el patriarcado el amor avanzó un paso desde la promiscuidad sexual hacia la monogamia, si bien se trataba de una monogamia tan utilitaria y forzada como la descrita. Al mismo tiempo, el amor ganó en especificidad, y en vez de sentirse atraída la hembra por el macho inespecífico y viceversa, se empieza a diferenciar entre varones y hembras, uno o una que posee altos valores sexuales, que el oponente sexual recoge y justiprecia, reaccionando a ellos con el acto del enamoramiento. El amor comienza a dibujar con más precisión su blanco. Además, el clan patronímico despierta con más ímpetu que el matriarcado el sentimiento familiar, poderoso motor del progreso humano en todas las edades. En el matriarcado, la familia y el Estado son entidades borrosas y mal perfiladas. En el clan patronímico el Estado traza sus primeros ensayos, lo cual lleva aparejado como hecho antitético que la familia, que siempre ha sido en la Historia —aunque alguien afirme aún lo opuesto— la antítesis del Estado, se delimite y vigorice.

Tras estas dos épocas que hemos diseñado rápidamente sobreviene el período fálico, el sexualismo desbordado en Oriente y el advenimiento de Grecia y Roma a las cumbres de su gloria. Todo ello no constituía sino el pórtico histórico de la irrupción del Cristianismo en el escenario histórico, de la cual nos ocuparemos en algún otro artículo. Cristianismo que iba a ejercer una formidable represión sexual, que siglos después se repetiría en la Edad Media e intentaría repetirse, pero sin tantas posibilidades de éxito, en nuestra época. Lo cual demostraría una vez más que la

Historia es un volver a vivir y que estudiar la Historia es atalayar en el viejo paisaje de los siglos transcurridos nuestros propios problemas actuales, y lo que es más importante, tal vez hallar en los antiguos dramas la clave de los conflictos que hoy angustian al mundo.



# La tragedia de Berhor

(Parábola)

Han Ryner



**S**ONÉ en cierta ocasión que Eva daba el pecho a un niño, un hijo que se parecía al padre y a la madre por igual. Inclínada hacia el porvenir, la mujer sentía, deliciosamente, cómo su vida corría y se esparcía en otra vida surgida de ella. Mirando al pasado, recordaba el parto, que había sido una dilatante voluptuosidad.

Y he aquí que, a través de los milenios, yo me reconozco en este niño ignorado por las Escrituras.

Y este niño en el cual me reconozco se llama Berhor, es decir, el Primer Nacido.

El Eterno, «que es justo», no incluyó al inocente en la condena que impuso a los culpables y a su futura descendencia.

No sabía yo entonces todos los dolores de la primera mujer. Si Eva lloraba al franquear las puertas del Paraíso, no era por el deslumbramiento, ni la quemazón de la espada flameante, ni de añoranza por los frutos llameantes, por la muelle hierba, por las sombras balanceadas o por la tibia y juguetona caricia de los tigres; ni tampoco de terror ni retroceso ante las fatigas y sufrimientos próximos. Eva lloraba porque el Eterno, que «es justo», había separado a la culpable del niño inocente.

Berhor se quedaba en el Jardín de las Delicias, para ser allí criado por los ángeles.

El Eterno se regocijaba porque había llegado la hora en que el niño debía ser destetado. Feliz acontecimiento que permitía al Eterno, amigo del orden y de las leyes universales, la economía de un milagro.

Durante mucho tiempo el niño reclamó a su madre. Le contestaban con dulzura y las negativas iban acompañadas de explicaciones razonables, muy razonables, angélicamente razonables. No se extrañaban que, a pesar de las respuestas dulces y razonables, se quedase triste y pensativo. Los ángeles adivinaban que no se puede exigir a los sentimientos de los hombres que obedezcan estrictamente a la razón.

Además, mi tristeza no se manifestaba de

manera importuna: era imposible llorar o gritar en el Jardín de las Delicias.

Los ángeles encargados de mi educación imaginaban mil ingeniosos juegos. Para evitarme la tentación de coger el fruto prohibido del árbol de la ciencia me enseñaban, de manera permitida, algunos ingenuos conocimientos. Entonces se inventó la escritura y se produjeron libros.

Los juguetes nuevos divertíanme una hora o dos; los libros nuevos me consolaban uno o dos días. Luego, juguetes y libros, todo se marchitaba bajo el viento de la melancolía.

La música habría aliviado mi corazón si hubiese sido posible llorar en el Jardín de las Delicias. ¡Ay! La música henchía dolorosamente mi corazón, del que no podían brotar las lágrimas.

Y el niño crecía en edad y en melancolía. Pero su tristeza era cada vez más replegada y silenciosa. Callaba ante compañeros demasiado razonables para comprender un corazón.

Los ángeles tenían miedo a mi silencio; y se miraban con inquietud cuando oían mi risa forzada.

Llegó para Berhor la edad en que los hijos de los hombres desean a sus hembras.

Entonces se hizo tan manifiesta mi nostalgia que los ángeles, según su costumbre cuando se presenta una dificultad, volaron horrorizados hacia el trono del Eterno.

Este, después de oír la confusa música de sus explicaciones, descendió al Jardín para tener una plática con Berhor.

—Habla sin temor al Eterno, tú, el puro, el sin pecado, que ni siquiera sabes que estás desnudo. Expón a los ojos del Eterno, tan ingenuamente como la púdica gracia de tu cuerpo, los deseos de tu corazón.

—Quisiera —balbució el joven— que viviese conmigo una hija de los hombres. Pues siento que no me agrada encontrarme solo.

—¡Ingrato! Te atreves a decir que estás solo, cuando te he rodeado de la sonrisa de mis ángeles, la caricia de mis leones y el suave batir de alas de mis águilas...

—Los ángeles y los animales creen comprender la palabra del hombre. Pero ignoran

el pedazo de corazón que éste pone en cada palabra y no oyen el dolor que hay en nuestros más alegres acentos. De manera que entre ángeles y bestias mi corazón se halla solo.

El Eterno, no sin inquietud, expresó una promesa:

—Haré por ti lo que hice por tu padre. Te dormiré profundamente y, arrancándote una costilla, modelaré con tu carne una compañera.

—Si mi compañera saliese de mí, ¿cómo dejaría yo de estar solo?... Lo que deseo es una hija de los hombres. Haz, ¡oh Eterno!, que me traiga ella un poco de aire libre y que me enseñe lo que ignoro referente a mis hermanos. Ya que mis hermanos y mis hermanas se hallan sumidos en el sufrimiento, permíteme, por lo menos, Eterno, que mi amor le arranque a una de ellas.

—Ningún hijo del pecado entrará en el Jardín. He arrojado de aquí a la Serpiente y al Demonio. Una hija de los hombres traería en su corazón ambas calamidades. De forma que el caso de Adán y Eva volvería a repetirse.

Berhor, de rodillas, iniciaba ya un ruego ardiente y vago, el ruego fogoso y flotante del que ama sin haber encontrado aún a la amada.

Pero oí un terrible y desconocido ruido —como de un trueno— y vi que el Eterno ya no estaba ante mí.

Levantéme y caminé largo trecho al azar. (El hombre afligido anda durante algún tiempo al azar, como si una y otra cosa pudiesen disipar su tristeza.)

Cuando llegué al árbol de la ciencia del bien y del mal, el peso de mi tristeza hízome tender a su sombra.

Acudieron presurosos los ángeles, diciéndome:

—Levántante enseguida y aléjate de este lugar.

Sin moverme, contesté:

—No me levantaré ni me alejaré de aquí. Me parece que la sombra de este árbol alivia un poco mi corazón.

—Este árbol —repusieron los ángeles— es el único peligro del Jardín. Y el que ama el peligro perecerá en él.

—Presiento que yo amaría el peligro —suspiré— si supiese en qué consiste.

Los ángeles, rozando el aire con sus alas, sembraban alrededor de Berhor un vasto ruido desaprobador. El joven continuó como si hablase, no a extraños, sino a su propio corazón:

—Bajo este árbol me parece que estoy más

cerca de mi madre, de mis hermanos y hermanas.

Pero los ángeles, inmovilizando sus alas, lanzaron sobre mí estas palabras precisas:

—Este árbol fué quien te separó de tu padre y de tu madre. Fué este árbol quien precipitó en el sufrimiento todo el porvenir de los hombres.

—Sin embargo —objeté—, es el árbol que más me gusta de entre todos los del Jardín.

Levantéme con la luz flotante de la aventura en los ojos, y con la sonrisa y la incertidumbre de la esperanza en los labios.

—¡Cuán deliciosa debe de ser esta fruta!— dije.

Mi mano se dirigía hacia las ramas cargadas que parecían descender a su encuentro. Unos ángeles detuvieron la mano que subía, otros elevaron la pesadez de las ramas que colgaban. Y los demás me llevaron lejos del árbol malhechor. Y, mientras me alejaban, decían:

—Todas las demás frutas del Jardín son dulces. El Eterno sólo ha puesto amargor en el fruto del árbol de la ciencia. Si comieras uno sólo serías expulsado del Jardín; te verías, como tu padre, tu madre y tus hermanos, precipitado, por los siglos de los siglos, en los trabajos y las fatigas, en los sufrimientos y en el angustioso paso de la muerte.

Los ingenuos ángeles tenían la seguridad de que con estas palabras eran más tentadores que la misma serpiente.

Nada contestaba yo a ángeles que no podían comprenderme. Ni me hablaba a mí mismo. Abundantes, turbadoras, rápidas, las ideas corrían por mi alma exaltada como un torrente y una tempestad de pensamientos.

Llegada la noche, me tendí en una alfombra de hierba, cerré los ojos e hice como que dormía.

Los ángeles, recomendándose silencio con signos, fueron alejándose para no turbar mi sueño.

Pero yo no dormía ni podía dormir. Había permanecido demasiado tiempo bajo el árbol de la ciencia y se me había entrado un poco de malicia. De manera que fingía dormir y engañaba la ingenuidad de los ángeles.

Al poco rato me levanté. Sin hacer ruido y escondiéndome me dirigí, dando prudentes rodeos, hacia el árbol de la ciencia del bien y del mal. Cogí una fruta y allí mismo la mordí.

Amargo fué para mi boca el sabor de la fruta. Pero, ¿qué terrible y turbadora dulzura convirtió mi corazón en una plenitud estrecheciente y desbordante? ¿Qué turbadora y

# Definición del capital

Pedro José Proudhon

*Proudhon es, en nuestro ambiente, más un hombre que un sociólogo conocido. Digamos con franqueza que la mayor parte de nuestros compañeros lo desconocen en absoluto. Sin embargo, hay en él una enorme cantidad de ideas, definiciones y críticas que tienen siempre actualidad y que no han sido enunciadas con más vigor por otros teóricos. Incluso, a menudo, como ocurre al tratar ciertos problemas económicos, no han sido abordados por ninguno.*

*Nos proponemos recopilar partes salientes de los escritos prudonianos, que serán a menudo una revelación para amigos y adversarios en cuanto al análisis de las instituciones económicas y del mecanismo del Estado, análisis que, según demasiadas personas, es inexistente, a pesar de haberse producido una profusa bibliografía que, desgraciadamente, ha quedado relegada al olvido o no ha sido suficientemente divulgada.*

*Las páginas que siguen, traducidas expresamente para esta Revista, son un extracto de la quinta respuesta que nuestro gran teórico hizo a Federico Bastiat, el reputado economista francés, en una célebre polémica que tuvo lugar en La Voix du peuple, año 1850. A pesar de la fama de que goza en los medios universitarios dedicados a esta disciplina, Bastiat resultó de una inferioridad doctrinal y cultural absoluta.*



¿UÉ es el capital?

Los autores no concuerdan en la definición: apenas si entienden la cosa.

J. B. Say define el capital: *La simple acumulación de los productos.*

Rossi: *Un producto ahorrado y destinado a la reproducción.*

J. Garnier, que cita a ambos: *Trabajo acumulado, lo que integra la definición de Say: Acumulación de los productos.*

Sin embargo, este último se explica en otra

parte en forma más explícita. Se entiende, declara, por capital, «una cantidad de valores destinados a hacer anticipos a la producción».

Por fin, según usted, el capital es un *excedente o sobrante de producto sin consumir y destinado a la reproducción*. Es lo que se desprende de su apólogo del obrero, que gana 1.500 francos por año, consume 1.200 y reserva 300, sea para colocarlos en sus fondos de explotación, sea, lo que es lo mismo, según usted, para prestarlos por interés.

Es evidente, por esta inseguridad de las definiciones, que la noción de Capital contiene algo sospechoso, y la gran mayoría de nuestros lectores no quedará poco sorprendida al saber que la economía política, ciencia, según los que profesan su enseñanza —y usted es uno de ellos—, positiva, real, exacta, está buscando aún sus definiciones.

J. Garnier, que desespera poder dar con la palabra una idea de la cosa, procura, como usted, mostrarla. «Son —dice— productos como mercaderías, herramientas, animales, cantidades de monedas, etc., frutos de una industria anterior y que sirven a la reproducción.»

Más lejos hace observar, tanta es la vacilación que embarga su espíritu, que en la noción de *capital* entra la de *anticipo*. Empero, ¿qué es un anticipo? «—Un anticipo es un valor empleado de tal forma que será restablecido más tarde.» Esto dice M. Garnier, y presumo que, después de haber leído esta explicación, el lector no sabrá mucho más que antes.

Intentemos auxiliar a los economistas.

Lo que se desprende hasta ahora de las definiciones de los autores es que tienen todos el «sentimiento» de algo que se llama

---

terrible dulzura puso en mi cabeza una gloriosa y zigzagueante embriaguez?

Ergúime como un dios hacia el cielo vencido. En el Jardín, donde nadie podía gritar, lo pudieron mi embriaguez y mi plenitud.

Los ángeles acudieron al oír el extraño ruido.

—He comido la fruta prohibida—gritaba mi gloriosa embriaguez y mi turbadora plenitud.

Mi mano, con gesto de desafío, enseñaba la mordida fruta.

Los ángeles ejecutaron las órdenes del Eterno. Y arrojaron al culpable fuera del Jardín.

Al hacerlo, me preguntaban:

—¿Por qué hiciste eso?

Contestéles con nunca sentido orgullo:

—Lo hice para abandonar el Jardín, donde me hallaba solo, para encontrar a mi madre, a mi padre, a mis hermanos y hermanas; para ayudar a los que amo a soportar la carga que les agobia y huir de la monotonía angelical.

*capital*; pero este «algo» son incapaces de determinar, no saben hacerlo. A través del farrago de sus explicaciones se entrevé la idea que les es común; pero, carentes de filosofía, no saben desprender esta idea, no encuentran la palabra, la fórmula. Y bien, señor, va usted a ver que la dialéctica, incluso hegeliana, puede servir para algo.

Usted observará, en primer lugar, que la idea de *producto* se encuentra implícita o explícitamente en todas las definiciones que se ha procurado dar del capital. Ya es un primer paso. Pero, ¿en qué condiciones, cómo y cuándo puede el producto llamarse «capital»? Esto es lo que debemos determinar. Volvamos a nuestros autores, y corrigiendo sus definiciones unas con otras, tal vez logremos hacerles nombrar lo que tienen en la conciencia sin que el espíritu de ninguno de ellos lo perciba.

Lo que constituye el capital, según J. B. Say, es la «simple acumulación de los productos».

La idea de acumulación, al igual que la de producto, entra, pues, en la noción de capital. Es un segundo paso. Empero, todos los productos son susceptibles de acumulación, y, por lo tanto, todos los productos pueden transformarse en capitales. En consecuencia, la enumeración que M. Joseph Garnier hizo de las diferentes formas que toma el capital es incompleta, y, por ende, inexacta, porque excluye de la noción los productos que sirven a la subsistencia de los trabajadores, como el vino, el trigo, el aceite, los alimentos inmediatos, etc. Estos productos pueden ser reputados capitales, tanto como los edificios, las herramientas, el ganado, el dinero y todo lo que se considera instrumento de materia prima.

Rossi: «El capital es un producto ahorrado destinado a la reproducción.»

La *reproducción*, es decir el destino del producto, he aquí la tercera idea contenida en la noción de capital. Producto, acumulación, reproducción: tres ideas distintas que entran en la noción, en apariencia simple, del capital.

Empero, así como todos los productos pueden ser acumulados, pueden igualmente servir, y sirven efectivamente, a la reproducción cuando los consume el trabajador. El pan que sustenta al obrero, el forraje que alimenta a los animales, la hulla que produce el vapor, tanto como la tierra, las carretas, las máquinas, todo esto sirve a la reproducción, todo esto es capital en el momento en que es consumido. En efecto, todo lo que se consume

es consumido, o se entiende que lo es, reproductivamente; lo que sirve para conservar o mover el instrumento, tanto como el mismo instrumento; lo que alimenta al trabajador, tanto como la materia del trabajo. Todo producto se convierte, pues, en un dado momento, en capital. La teoría que distingue entre consumo «productivo» y consumo «improductivo» y que clasifica en esta última el consumo diario del trigo, del vino, de la carne, de la ropa, etc., es falsa. Veremos más adelante que sólo es improductivo el consumo del mismo capitalista.

Por lo tanto, el capital no es algo específico y determinado, que tenga una existencia o una realidad propia, como la Tierra que es una cosa; como el Trabajo, que es otra; como el Producto, que es la forma dada por el trabajo a los objetos de la Naturaleza, los cuales se convierten así en una tercera cosa. El capital no forma, contrariamente a lo que enseñan los economistas, una cuarta categoría con la Tierra, el Trabajo, el Producto. Como lo he dicho, indica simplemente una relación; es, por confesión de todos los autores, «Producto acumulado y destinado a la reproducción».

Un paso más y tendremos la definición.

¿Cómo se convierte el producto en capital? Porque no basta, ni con mucho, que el producto haya sido acumulado, almacenado para ser considerado capital. No basta, incluso, que esté destinado a la reproducción: todos los productos tienen este destino. ¿No oye usted afirmar diariamente que la industria rebosa de productos mientras carece de capitales? Esto no tendría lugar si la simple acumulación de los productos, como dice Say, o el destino reproductivo de estos productos, como quiere Rossi, bastase para hacerles aceptar como capitales. Cada productor no tendría entonces más que tomar su propio producto y acreditarse él mismo de lo que este producto le cuesta para estar en condiciones de producir aún sin término ni medida. Repito mi pregunta: ¿A qué es debido que la noción de producto se transforme de repente en la de capital? He aquí lo que los economistas no dicen, lo que no saben, e incluso diría lo que ninguno de ellos se pregunta.

Aquí es donde aparece una idea intermedia cuya virtud específica es convertir el producto en capital, como, al soplar el viento oeste, la nieve caída en París estos días pasados se ha transformado en líquido: esta idea es la del *valor*.

He aquí lo que entreveía Garnier cuando

definía al capital «una cantidad de valores consagrados a hacer anticipos a la producción», lo que usted mismo sentía cuando buscaba la noción de capital no solamente con J. B. Say, en la «acumulación de productos», ni con Rossi, en el «ahorro destinado a la reproducción», sino en la parte no consumida del salario del obrero, es decir, evidentemente, en el valor de su trabajo o producto.

Esto quiere decir que para llegar a ser Capital, el Producto debe haber pasado por una valuación auténtica, haber sido comprado, vendido, apreciado, y su precio, discutido y fijado por una especie de convención legal. De modo que la idea de capital indica una relación esencialmente social, un acto sinalagmático fuera del cual el producto sigue siendo producto.

Así, el cuero, al salir de la carnicería, es el producto del carnicero; aunque usted llenase con él todo un mercado de abastos, no pasaría nunca de ser cuero, no constituiría un valor, quiero decir un valor *hecho*. No sería capital sino siempre producto. ¿Compra un curtidor este cuero? En el acto lo asienta, o, para hablar con más exactitud, asienta su *valor* en su fondo de explotación, sus anticipos, y, en consecuencia, lo reputa capital. Gracias al trabajo del curtidor, este capital se vuelve producto, el cual producto, adquirido a su vez, de acuerdo a un precio convenido, pasa de nuevo a ser capital para llegar a ser de nuevo, gracias al trabajo del zapatero, producto. Este último producto, no pudiendo ser labrado en otra forma, su consumo es llamado *improductivo* por los economistas, lo que es una aberración de la teoría. El calzado hecho por el zapatero y adquirido por el trabajador se vuelve, por el hecho de esta adquisición, como el cuero que pasa del carnicero al curtidor y del curtidor al zapatero, valor después de simple producto; este valor entra en el haber del comprador y le sirve, lo mismo que los demás objetos de su consumo, lo mismo que la vivienda que habita, lo mismo que las herramientas de que se sirve, pero en forma diferente, a crear productos nuevos. El consumo es, pues, siempre producción. Basta con que trabaje el consumidor. Una vez empezado, este movimiento se perpetúa hasta el infinito.

Tal es el capital. No es solamente una acumulación de productos, como dice Say; no es siquiera tampoco una acumulación de productos hecha en vista de una reproducción ulterior, como quiere Rossi; todo esto no responde a la noción de capital. Para que exista el capital es necesario que el producto haya

sido autenticado, si me atrevo a emplear esta expresión, por el cambio. Es lo que saben perfectamente todos los contadores cuando, por ejemplo, asientan en sus libros los cueros brutos comprados por los curtidores a su débito, lo que significa a su capital, y los cueros curtidos o trabajados a su haber, lo que significa a su producto. Es lo que comprenden aún mejor el comerciante y el industrial cuando, ante la menor emoción política, se ven pereciendo al mismo tiempo de hambre e inercia al lado de las mercaderías acumuladas en sus almacenes, sin poder emplearlas para ninguna reproducción. Situación dolorosa que se expresa diciendo que el capital empleado no puede retirarse.

Todo lo que es capital es necesariamente producto, pero todo lo que es producto, incluso acumulado, incluso destinado a la reproducción, como los instrumentos de trabajo que están en los almacenes de los constructores, no es por esto capital. Repetimos que el capital requiere una valuación preliminar, operación de cambio o intervención en la circulación, sin la cual no hay capital. Si sólo existiera en el mundo un solo hombre, un trabajador único que produjera todo para sí solo, los productos que saldrían de sus manos seguirían siendo productos. No se volverían capitales. Su espíritu no distinguiría entre estas expresiones: producto, valor, capital, anticipo, reproducción, fondos de consumo, fondos de circulación, etc. Tales nociones no nacerían nunca en el espíritu de un solitario.

Pero en la sociedad, una vez establecido el movimiento de cambio, fijado después de debatido el valor, el producto de uno se vuelve inmediatamente el producto de otro; luego, a su vez, el capital, sea como materia prima, sea como instrumento de trabajo, sea como alimentos se transforma nuevamente en producto. En pocas palabras, la noción de capital, opuesta a la de producto, indica la situación de los que cambian, en sus mutuas relaciones. En cuanto a la sociedad, a este ser colectivo que es precisamente este trabajador solitario del que hablaba antes, la distinción no existe. Hay identidad entre el capital y el producto, lo mismo que entre el producto neto y el producto bruto.

Tuve, pues, razón al decir, y me sorprende que después de la exégesis que usted mismo ha hecho del capital, no haya comprendido el sentido de mis palabras:

El capital no se distingue del producto. Estos dos términos no distinguen en realidad dos cosas distintas; no designan sino relaciones. Producto es capital, capital es producto.

Y mi amigo Duchene, al sostener la misma tesis contra Luis Blanc, tuvo también mucha razón al decir:

«Las distinciones de *capital* y *producto*, acuérdesese de esto de una vez para todas, no indican sino relaciones de individuo a individuo: en la sociedad hay solamente *producción, consumo, cambio*. Puede decirse de todas las industrias, que crean capitales o productos indistintamente. El mecánico es un fabricante de capitales para los ferrocarriles, las fábricas, las manufacturas; el pañero es fabricante de capitales para el sastre; el desbastador de árboles es fabricante de capitales para la ebanistería, la carpintería, la albañilería; un arado es producto para el herrero que lo vende, capital para el agricultor que lo compra. Todos los oficios necesitan *productos para producir*, o, lo que resulta lo mismo, de *capitales para confeccionar capitales*.»

¿Le parece esto ininteligible? Sin embargo, no hay aquí antinomias.

Desde el punto de vista de los intereses privados, el capital indica una relación de cambio precedida por una valuación sinalagmática. Es, por así decirlo, el producto apreciado por dos árbitros responsables, que son el vendedor y el comprador, y declarado, a consecuencia de esta apreciación, instrumento o materia de reproducción. Desde el punto de vista social, capital y producto no se diferencian ya. *Los productos se cambian contra capitales*; son dos proposiciones perfectamente sinónimas. ¿Qué hay de más simple, más claro, más positivo, más científico que todo esto?

Llamo, pues, capital *todo valor constituido en tierra, instrumentos de trabajo, mercaderías, subsistencias o monedas, que sirve o es susceptible de servir a la producción*.

El lenguaje usual confirma esta definición. El capital es llamado *libre* cuando el producto, cualquiera que sea, habiendo sido sólo valuado entre las partes interesadas puede ser considerado como realizado, o inmediatamente realizable, es decir convertido en el producto que se quiera; en este caso, la forma que el capital adopta con preferencia es la de moneda.

Por el contrario, el capital es llamado *inmovilizado* cuando el valor que le constituye ha entrado definitivamente en la producción. En este caso adopta todas las formas posibles.

La práctica está también de acuerdo conmigo. En toda empresa que se funda, el empresario que, en lugar de dinero, aporta en su industria instrumentos o materias primas, empieza por estimarlos para sí mismo, haciendo

frente a las consecuencias. Y esta estimación, que podemos llamar unilateral, *constituye su capital* o su aporte de fondos: es lo primero que se asienta en las escrituras.

Ya sabemos lo que es el capital. Es necesario sacar ahora las consecuencias en lo que se refiere al interés. Tal vez la exposición será un poco larga, pero su razonamiento será muy sencillo.

«Los productos se cambian contra productos», ha dicho J. B. Say, o si no, los capitales se cambian por capitales, o si no aún, los capitales se cambian contra productos y viceversa; he aquí el hecho fundamental.

La condición absoluta, *sine qua non*, de este cambio, lo que hace su esencia y su regla es la valuación contradictoria y recíproca de los productos. Quitad del cambio la idea de precio, y el cambio desaparece. Hay transposición, no hay transacción, cambio. El producto, sin el precio, es como inexistente; mientras no ha recibido, gracias al contrato, su valor auténtico, es como nulo. He aquí el hecho inteligible.

Cada uno da y recibe, de acuerdo a la fórmula de J. B. Say, que enuncia el hecho material; pero, de acuerdo a la noción del capital, de acuerdo a lo que nos suministra el análisis, cada uno debe dar y recibir un valor igual. Un cambio desigual es una idea contradictoria: el universal consentimiento lo ha llamado fraude y robo.

Empero, por el hecho primitivo que los productores están entre sí en relación perpetua de cambio, que son unos hacia otros, cada uno a su vez y todos al mismo tiempo, productores y consumidores, trabajadores y capitalistas; y por la apreciación numéricamente igualitaria que constituye el cambio, resulta que todas las cuentas de todos los productores y consumidores deben balancearse unas con otras; que la sociedad, considerada desde el punto de vista de la ciencia económica, no es otra cosa que este equilibrio general de los productos, servicios, salarios, consumos y fortunas; que, fuera de este equilibrio, la economía política es sólo una palabra, y el orden público, el bienestar de los trabajadores, la seguridad de los capitalistas y propietarios, una utopía.

Empero este equilibrio, del que deben nacer la concordancia de los intereses y la armonía en la sociedad, no existe hoy. Está roto por diversas causas, que creo fáciles de destruir, y entre las cuales señalo, en primer lugar, la usura, el interés, la renta. Hay, como tantas veces lo dije, error y malversación en las cuentas, falsificación en las escrituras de

la sociedad. De ahí el lujo mal adquirido de unos, la miseria creciente de otros; de ahí, en las sociedades modernas, la desigualdad de las fortunas y todas las agitaciones revolucionarias. Voy, señor, a darle, mediante escrituras de comercio, la prueba y la contra-prueba.

Primero constatemus los hechos.

Los productos se cambian contra productos o, para hablar más exactamente, los valores se cambian contra valores: tal es la regla.

Pero este cambio no tiene siempre lugar, como se dice, *dando, dando*; la tradición de los objetos cambiados no tiene siempre lugar simultáneamente entre ambas partes; a menudo, y es el caso más común, hay, entre las dos entregas, un intervalo y ocurre durante este intervalo, cosas curiosas, cosas que descomponen el equilibrio y falsean la balanza. Verá usted.

Ora uno de los que cambian no tiene el producto que conviene al otro, o, lo que es lo mismo, éste, que está de acuerdo para vender, quiere esperar para comprar. Bien acepta recibir el precio de su objeto, pero no quiere, por lo menos momentáneamente, aceptar nada en cambio. En ambos casos, los interesados recurren a una mercancía intermedia, que hace en el comercio el oficio de proxeneta, siempre aceptable y siempre aceptada: es la moneda. Y como la moneda, buscada por todos, falta para todos, el comprador se la procura obligándose a pagar al banquero, mediante una prima más o menos considerable, llamada descuento. El descuento se compone de dos partes: la comisión, que es el salario del servicio prestado por el banquero, y el interés. Diremos luego lo que es el interés.

Ora el comprador no tiene ni producto ni dinero que dar a cambio del producto o capital que necesita; pero ofrece pagar dentro de un plazo determinado, en uno o varios vencimientos. En los dos casos que hemos mencionado, la venta se hacía *al contado*; en éste tiene lugar *a crédito*. Por lo tanto, aquí la condición del vendedor, siendo menos ventajosa que la del comprador, se compensa la desigualdad agregando al producto vendido, hasta pago completo, un interés. Es este interés compensatorio, primer origen de la usura, que he señalado en una de mis cartas anteriores como el agente coercitivo del reembolso. Dura tanto como el crédito, es la remuneración del crédito; pero tiene sobre todo por objeto, obsérvelo bien, abreviar la duración del crédito. Tal es el sentido, el significado legítimo del interés.

A menudo ocurre, y es el extremo en el que se encuentran generalmente reducidos los trabajadores, que el capital es absolutamente indispensable al productor, y que, sin embargo, éste no espera poder, para mucho tiempo ni por su trabajo ni por sus ahorros y, menos aún, por las cantidades de moneda de que dispone, reconstituír su equivalente, en una palabra, devolverlo. Le haría falta veinte, treinta, cincuenta años, un siglo a veces; y el capitalista o el propietario no quiere conceder tan largo plazo. ¿Cómo salir de la dificultad?

Aquí empieza la especulación usuraria. Vimos hace poco el interés impuesto al deudor como una indemnidad por el crédito y procedimiento para apresurar la devolución; vamos a ver ahora al interés objeto en sí mismo, la usura por la usura, como la guerra por la guerra y el arte por el arte. Por acuerdo expreso, legal, auténtico, consagrado por todas las jurisprudencias, todas las legislaciones, todas las religiones, el solicitante de fondos se compromete, hacia el que les suministra, a pagarle —*a perpetuidad*— el interés de su capital, tierra, mueble o dinero; se incorpora, cuerpo y alma al capitalista y se vuelve tributario suyo *ad vitam æternam*. Es lo que se llama «Constitución de la renta», y en ciertos casos, «Enfiteusis». Merced a esta clase de contrato, el objeto pasa a ser posesión del demandante, que ya no puede ser desposeído del mismo; que goza de él como un adquirente y propietario; pero que debe, para siempre, pagar la renta como una amortización eterna. Tal es el origen del sistema feudal.

Pero ahora viene algo mejor.

La constitución de renta y el enfiteusis están hoy, casi en todas partes, desplazados. Se ha encontrado que un producto o capital cambiado contra un interés perpetuo era aún demasiado de parte del capitalista. Experimentábase la necesidad de perfeccionar el sistema. En nuestros días, los capitales y los inmuebles no se colocan más en renta perpetua, a no ser sobre el Estado. Se *alquilan*, es decir, se prestan, siempre a cambio de interés, pero a plazo corto. Esta nueva clase de usura se llama alquiler o arrendamiento.

¿Concibe usted, señor, lo que es el préstamo a interés (alquiler o arrendamiento) a corto plazo? En el enfiteusis y la constitución de renta de que hablaba antes, si la renta era perpetua lo era también la cesión del capital. Entre el pago y el disfrute había aún una especie de paridad. Aquí, el capital no deja nunca de pertenecer al que lo alquila y que

# La omnipotencia del libro

Stefan Zweig



El progreso espiritual del mundo entero se basa en el libro. Lo que llamamos civilización sería imposible sin él. Es raro que nos demos cuenta de la omnipotencia del libro, que abre nuevos horizontes a nuestras almas e influye en nuestras vidas. Así como inconscientemente absorbemos oxígeno al respirar y renovamos nuestra sangre, al leer nutrimos y rejuvenecemos nuestro organismo moral. El origen de la cultura intelectual se pierde en la noche de los siglos, y la lectura se ha convertido en una función de nuestro organismo, en un reflejo. El libro ha estado en nuestras manos desde nuestra más tierna infancia, convirtiéndose así en una cualidad o propiedad de nosotros mismos, cuya existencia consideramos como cosa natural. Lo manejamos con igual indiferencia que un par de guantes o un cigarrillo. La facilidad con que puede disponerse de una cosa disminuye el respeto que se le debe, y sólo en momentos de reflexión e introspección nos damos cuenta del poder mágico del libro. Esos momentos son raros, pero se graban para siempre en nuestra memoria.

Tenía yo veintiséis años cuando viajaba en un vapor italiano y cruzaba el Mediterráneo, de Génova a Nápoles, de Nápoles a Túnez y de Túnez a Argel. Conocí a un joven italiano, ayudante de camarero, que barría y lavaba los pasillos, fregaba la cubierta y hacía

otros menesteres. Era un muchacho alto, de aspecto inteligente, que imitaba a las mil maravillas el modo de hablar del desdentado capitán, la manera de andar de un viejo inglés o la forma en que el cocinero veía, satisfecho de su obra, las viandas que había preparado. Me contó su historia con entera franqueza, y a los dos días de viaje éramos los mejores amigos.

Un día me pidió que le leyera una carta. De pronto no comprendí lo que deseaba, pero me imaginé que había recibido una carta en idioma extranjero y quería que se la tradujese al italiano. Mas no era así: la carta estaba en italiano. Se la leí. Era de una muchacha, y decía lo que las muchachas dicen a los muchachos en todos los países y en todos los idiomas. Giovanni bebía cada una de mis palabras. Eso fué todo.

No experimenté ninguna emoción particular sino hasta que Giovanni hubo desaparecido. Me recosté en una *chaise-longue* y comencé a mirar en la noche. El descubrimiento que acababa de hacer no cesaba de atormentarme. Por primera vez en mi vida tropezaba con un analfabeto. Y no podía desprenderme del deseo de conocer la forma en que el mundo se reflejaba en un cerebro cerrado a los libros. Traté de ponerme en el lugar de Giovanni.

Un muchacho como él toma un periódico y no lo entiende. Toma un libro, un objeto

---

puede exigir, cuando quiere, la restitución. De modo que el capitalista no cambia capital contra capital, producto contra producto: no da nada, guarda todo, no trabaja y vive de sus alquileres, intereses y usuras, como 1.000, 10.000, 100.000 trabajadores reunidos no viven de su producción.

Por el préstamo a interés —arrendamiento o alquiler—, con la facultad de exigir, cuando quiere el reembolso de la cantidad pedida y de eliminar el arrendatario al locatario, el capitalista ha imaginado algo más grande que el espacio, más duradero que el tiempo. No hay infinito que iguale lo infinito de la usura del arrendamiento, de esta usura que sobre-

pasa tanto la perpetuidad de la renta como la renta misma, como la perpetuidad de la renta sobrepasa el reembolso a término o al contado. El que ha tomado prestado a término o a corto plazo paga, paga aún, paga siempre; y no goza de lo que paga; sólo goza de la vista, sólo posee la sombra. ¿No es de acuerdo a esta imagen del usurero que el teólogo ha imaginado a su Dios, este Dios atroz que hace pagar eternamente al pecador y que nunca le perdona su deuda? ¡Siempre, jamás! He aquí al Dios del catolicismo, ¡he aquí al usurero!...

(Págs. 282 a 291 de *Mélanges*, edición de la Librairie International, 1871.)

más ligero que la madera o el hierro, un bloque geométrico, y tiene que volver a colocarlo donde lo tomó, porque le es inútil. Se detiene frente al escaparate de una librería, y los libros que allí ve son para él como frascos de perfume cuya fragancia no puede percibir, pues están para siempre cerrados a sus alcances. Los nombres sagrados de Goethe, Dante y Shelley no significan nada para su intelecto. El desgraciado no podrá conocer el éxtasis que produce la lectura de una sola línea, y lleva la misma existencia de un hombre de las cavernas. ¿Cómo es posible que no se rebelé contra el hecho de no poder conocer más que lo que sus sentidos se dignan revelar? Redoblé mis esfuerzos para tratar de comprender la situación de un analfabeto; traté de reconstruir, mentalmente, su manera de vivir, pero me fué imposible imaginar el intelecto de un ser así, de la misma manera que un sordo no puede, repentinamente, adquirir la concepción de la música.

Como mi cerebro se negará a entender la vida de un analfabeto, traté entonces de imaginar lo que mi propia vida hubiera sido sin los libros. Traté de suponer que cuanto había leído había brotado de mi propia vida; pero de nuevo fracasé, pues todo lo que concebí como parte de mi «yo» se desvaneció tan pronto como traté de abstraer todas las nociones, experiencias y sentimientos que había adquirido de los libros. Sobre cualquier tema que meditara brotaban memorias y sentimientos que debía a los libros y cada palabra se encontraba asociada con algo que había leído. Cuando pensaba, por ejemplo, que iba a Argel y Túnez, se cristalizaban en mi mente cientos de reminiscencias, a pesar de mí mismo, relacionadas con el nombre de Túnez: la adoración de Baal, Salambó, los episodios de Levy con romanos y cartagineses, Escipión y Aníbal, que se encuentran en Zama; una pintura de Delacroix, que le presta su colorido; un pasaje de Flaubert; Cervantes herido durante el sitio de Argel, y mil detalles más que las sílabas Argel y Túnez resucitaban; todos los que había leído, y se agrupaban ahora alrededor de una palabra.

Comprendí que la facultad de pensar ampliamente sobre varios tópicos, ese medio único de observar el mundo desde diferentes puntos, es herencia de aquellos que, además de sus experiencias personales, han asimilado las que se encuentran almacenadas en los libros, los cuales pertenecen a los hombres de todos los países y todas las épocas. Pensé cuán estrecho tiene que ser el conocimiento de los que no pueden leer. El hecho

mismo de que pudiera reflexionar sobre todo esto, que pudiera sentirme con vigor excepcional y con alegría de vivir, que pudiera temblar al meditar sobre el destino de un semejante, ¿no lo debía a mis preocupaciones literarias? ¿Qué otra cosa hacemos al leer como no sea penetrar en las almas de otros hombres, viendo con sus ojos y pensando con sus inteligencias? Aquel momento de felicidad me hizo recordar, con creciente gratitud, aquellos otros momentos de felicidad que debo a los libros, instantes que se agregan unos a otros, indefinidamente, como las estrellas del cielo que en aquel momento contemplaba. Pensé en aquellas ocasiones que me sacaron de las sombras de la ignorancia, que me ayudaron a apreciar valores y que me proporcionaron, aun siendo un niño, emociones más fuertes que mi débil cuerpo. Entonces, por vez primera, me había dado cuenta, instintivamente, de la inmensidad de nuestro universo y había experimentado la necesidad de perderme dentro de él. Pensé en las noches pasadas con los libros, que, como las noches de placer, hacen olvidar el sueño. Mientras más reflexionaba, mejor cuenta me daba de que nuestro mundo espiritualmente está compuesto por miríadas de impresiones aisladas, de las cuales sólo unas cuantas son resultado de lo que hemos visto y experimentado, correspondiendo el resto a los libros, a lo que hemos leído, a la tradición, a lo que hemos aprendido.

Para mí era una delicia meditar sobre todo aquello. Así como, cuando trataba de contar las estrellas, saltaban otras y otras que interrumpían mi cuenta, así en nuestro fuero interno existe otro firmamento, de estrellas espirituales, saturado de música misteriosa.

Nunca me he sentido tan cerca de los libros como cuando no he tenido ninguno a mano y me he limitado a pensar en ellos con toda la gratitud de mi alma. El ejemplo del analfabeto, un eunuco espiritual, quien por este defecto está incapacitado para penetrar en las regiones superiores, me hizo sentir todo el encanto del libro, que día a día revela el universo al que lo posee.

Mientras más cerca estemos del libro más profunda será nuestra concepción de la vida. El libro ayuda al que ama la vida a explorar el universo, no solamente con sus propios ojos, sino con los incontables ojos de los demás.

# De dónde viene el mal

León Tolstoi



Un ermitaño vivía en el bosque sin temor a las fieras. El ermitaño y las fieras conversaban y se entendían. Un día el ermitaño se había tendido bajo un árbol, y a su alrededor se reunieron también para pasar la noche un cuervo, una paloma, un ciervo y una serpiente. Estos animales hablaron acerca del origen del mal en el mundo.

El cuervo dijo:

—El mal viene del hambre. Cuando estás hartado, balanceándote en una rama y graznando, todo te parece grato, bueno y riente; pero si tienes que ayunar durante dos días, ya no tienes valor para mirar las galas de la Naturaleza; te sientes agitado, no te estás quieto, no hay reposo para ti. Si entonces ves una piltrafa, te abalanzas a ella sin reflexionar. No importa que te den de palos, que te tiren piedras; perros y lobos pueden morderte sin que sueltes la presa. ¡A cuántos de nosotros ha matado el hambre! Esta es la que engendra todos los males.

La paloma dijo:

—Tengo para mí que el mal no proviene del hambre, sino del amor. Si viviésemos aislados no sufriríamos tanto; por lo menos sufriríamos solos. Pero viviendo por parejas se ama tanto a la compañera, que no descansas, que sólo en ella piensas. ¿Habrás comido? ¿Tendrá bastante calor? Y cuando se aleja mucho de ti te sientes perdido; piensas que un halcón la ha arrebatado, que los hombres la han cogido. Y vas en busca de ella y a tu vez te pierdes; o te mata un halcón o caes en una red. Y si tu compañera no parece, no comes, ni bebes, ni sosiegas; no haces más que buscarla y llorarla. ¡Cuántos de nosotros mueren así! Todo el mal arranca, no del hambre, sino del amor.

La serpiente dijo:

—No; el mal no proviene ni del hambre ni del amor, sino de la maldad. Si viviéramos en paz, sin pelearnos, todo iría como una seda, mientras que si no se cumple tu voluntad te arrebatas y te ofuscas; sólo piensas en hacer sentir a alguien tu cólera, y entonces, como enloquecida, te retuerces y silbas y procuras morder. No sientes piedad por

nadie; morderías a tu padre y a tu madre y te devorarías a ti misma; y tu ira acaba por perderte. Os aseguro que el mal dimana de la maldad.

El ciervo dijo:

—No lo creáis; no lo engendran ni la maldad, ni el amor, ni el hambre, sino el miedo. Si se pudiera domar el miedo todo iría bien. Nuestras piernas son ligeras; nuestro cuerpo vigoroso. Podemos ahuyentar un enemigo débil con los cuernos; podemos escapar de uno temible apelando a la fuga; pero no podemos dejar de tener miedo. Si cruje una rama de un árbol, si se mueve una hoja, tiembblas de miedo; tu corazón late como si quisiera saltar del pecho y huyes como un dardo. En otras ocasiones una liebre que pasa, un pájaro que vuela, una ramita que cae te azoran; crees que una fiera te persigue y vas en derechura hacia el peligro. A veces por huir de un perro corres al encuentro de un cazador; otras, presa de un pánico invencible, corres sin saber adónde, das un salto y caes en un abismo en cuyo fondo hallas la muerte. Duermes con sobresalto, siempre alerta, asustado siempre. No hay un momento de tranquilidad; todo el mal proviene del miedo.

Entonces el ermitaño dijo:

—No lo producen ni el hambre, ni el amor, ni la maldad, ni el miedo; el mal proviene de nuestra propia naturaleza, porque ella es la que engendra el hambre, el amor, la maldad y el miedo.

---

**¡Mujer!**

**TU FELICIDAD CONYUGAL ESTA EN TUS MANOS**

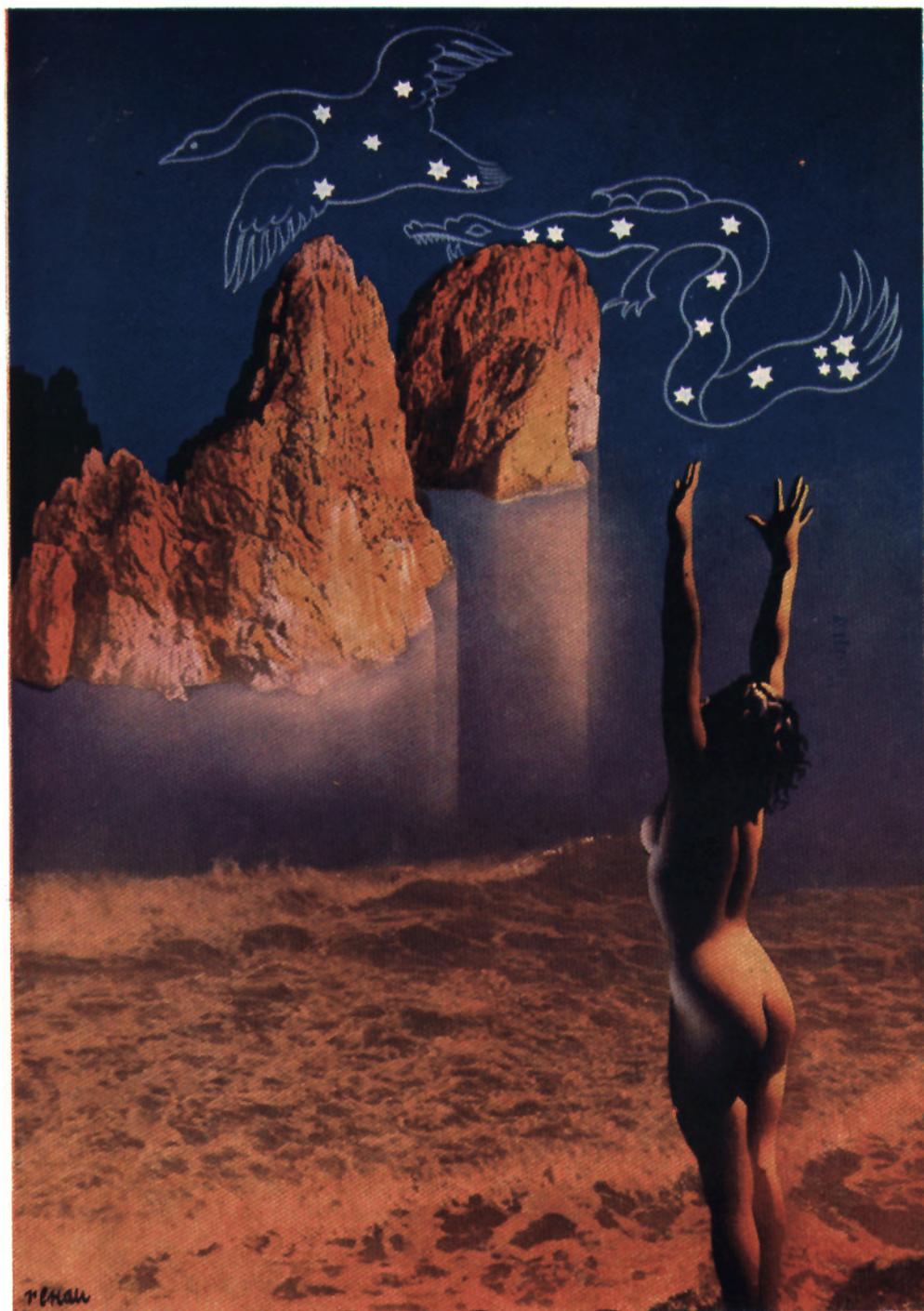
El pesario FERMITA, elaborado en plata, ofrece la seguridad absoluta en todos aquellos casos en que por anomalía fisiológica u otras causas se considere necesario evitar el embarazo sin riesgo ni peligro alguno para la mujer. Cada pesario va acompañado del prospecto con instrucciones para su uso.

**Colocación fácil.**

**Máxima garantía.**

**PRECIO: 5 PESETAS**

## Estudios



## El Verano

Por RENAU

*Luz y Belleza, optimismo que inunda el alma y abre el corazón en inmenso abrazo hacia Natura. Cuando la Humanidad sepa comprender la magnífica grandeza de la Vida habrá llegado el reinado de la Bondad y del Amor.*

# Crueldad

En la celda de los criminales

Gastón Leval



DOCTOR:

Tampoco hoy pude hacerle la confesión que usted me ha pedido tantas veces. La tuve a flor de labio, pero de nuevo quedó sepultada en mi corazón. No callé por una voluntad de resistencia que jamás tuve desde nuestra primera entrevista. Muchas veces usted me ha acusado, en nuestras conversaciones, de persistir en el estado de espíritu que me hizo cometer ese crimen, de no haberlo por completo excluido de mí. Ignoro hasta qué punto cree usted estar en lo cierto y hasta qué punto procura con estas palabras provocar una reacción que me haría hablar. Pero le aseguro que su duda y su temor no tienen ninguna base.

Tan pronto cometí el hecho que hace estremecerse de horror a los criminales de esta prisión, desapareció en mí todo vestigio de aquella explosión de barbarie. ¿Por qué, pues, preguntará usted, no le hago, en la intimidad comprensiva de nuestras entrevistas, una confesión que podría al mismo tiempo purificarme y orientarme para su defensa?

¡Es tan difícil confiar, aun a los más amados, a los más inteligentes, todos los secretos que anidan en los arcanos de nuestra alma! ¿No los tenemos acaso para todos misterios inasibles de odio o de amor, de vicio o mística exaltación, de infinita bondad o crueldad insensata, que se agitan y se combaten y nos hostigan sin cesar? Quien lo niega no se ha sometido a la enfermedad del siglo que se llama introspección. Quizás sea preferible. Se sufre menos, y el desconocimiento de todas nuestras posibilidades mantiene encadenada la tentación de probarlas, la curiosidad maldita, que es una perversión de la inteligencia y no sé qué afán de conocimiento que seca las fuentes de la emotividad.

Yo he sido siempre, doctor, un hombre sensible. Hasta siendo niño, los hechos violentos me herían profundamente. Ni me agradaba ver pelear a otros niños ni era pendenciero. Pero ya advierto al escribir esto el primer dualismo de mi personalidad. Peleé algunas veces, y siempre en condiciones anormales. Jugábamos a golpes, dos contra la clase, y yo uno de los dos. No era más fuerte que los demás, y naturalmente, quedaba maltrecho de estos arranques de valentía. Pero volvía a empezar. Mi primer trato con la brutalidad acusaba una inclinación hacia el sacrificio.

Paralelamente a esta condición, supe también ser cruel. Mutilar insectos fué un placer que saboreé largo tiempo. Después de una clase de historia natural, me agradó hacer comer por las arañas las moscas que echaba en sus telas, después de haberles arrancado las alas.

La lucha entre el verdugo y la víctima me apasionaba. Es un entretenimiento de muchos, de casi todos los niños, que contiene en germen todos los sadismos, todos

los crímenes futuros. ¿No será esto una fatalidad? Pienso de repente que matar insectos de todas clases es un hecho obligado de la vida. Debemos hacerlo para defender nuestra salud, como simple medida de higiene. ¡Y entre matar por necesidad y hacerlo añadiendo el placer de la tortura que puede ser pequeño o grande, breve o prolongado, la diferencia es a veces tan ínfima!

Basta pensar en el odio que ciertos parásitos despiertan para explicarse estos excesos que apenas parecen tales si sentimos, tanto como quienes los cometen, el daño que nos causan.

Siendo yo joven, empleado en una fábrica metalúrgica, varios empleados se apoderaron de una rata viva. La llevaron, colgada de unas tenazas, al hogar de una fragua cuyo fuego ardiente cegaba. Sus compañeros, martillo en mano, reían del suplicio infligido al animal cazado. Los verdugos le dejaron caer en medio de las llamas con una fruición de crueldad que yo mismo no compartí.

Este hecho me hizo pensar. ¿Cómo asegurar que no se transgrede el límite entre la muerte dada por necesidad y la muerte dada por depravación? ¿Cómo distinguir entre los grados, tantas veces imperceptibles, tantas veces discutibles de esa depravación? ¿Cómo asegurar que nuestra conciencia ha de estar invariablemente alerta para no transponer jamás los límites de lo necesario ni internarse en lo excesivo?

Cazar es un placer para muchos pacíficos padres de familia. Sin embargo, es también una depravación de la necesidad que nos obliga a destruir las otras especies o a ser destruídos por ellas. ¡Y cuánta pasión pone el cazador en la búsqueda de la presa, con cuánta tensión de todas sus facultades sin excepción, de todas sus energías concentradas en el punto de mira y en el animal que se aleja en esfuerzo alocado, apunta para dar la muerte!

¡Criminales! ¿No lo somos todos en nuestro pensamiento, no lo hemos sido alguna vez? Si pecar en la intención equivaliese a pecar en los hechos, ningún hombre estaría en libertad.

Decía que siendo niño también he sido cruel. Eran como vastas olas que venían de vez en cuando a sumergir lo que de noble florecía en mí, o que convivían con él. ¡Es tan peculiar al hombre la coexistencia de lo monstruoso y de la santidad!

Aparte del suplicio infligido a los insectos, recuerdo un solo hecho. En una casa vecina de la nuestra vivía un matrimonio que tenía una perrita de pelo largo y amarillo. No sé qué oculto monstruo residente en mi alma me movió a torturarla. Era linda, juguetona, inofensiva, no podía provocar ni el odio ni el enojo. Nada ocurrió que me produjera la menor aversión. Pero un día la tomé por el collar, encima de la cabeza, y la levanté, dejando sus patas buscar inútilmente en el aire un punto de apoyo.

Materialmente la ahorcaba. La dejé saltar desesperadamente hasta que observé que se debilitaba. Sólo entonces la puse en el suelo donde quedó colgándole la lengua, moviéndose apenas; luego, lenta y penosamente, se puso en sus cuatro patas y se alejó.

Lejos de apiadarme, este resultado me impulsó a continuar. Todos los días repetía la misma escena. El pobre animal demostraba al verme un explicable recelo. Yo le atraía con azúcar, con comida u otras cosas; le acariciaba de vez en cuando, y cuando parecía mayor su confianza en un mejor trato volvía a empezar el suplicio.

Hasta que un día dejé ese entretenimiento con la misma inconsciencia con que le había empezado.

Yo me he preguntado muchas veces si la perversidad no es una facultad ingénita como otras muchas, una fuerza incubada en los siglos de lucha del hombre sobre la tierra, que poco a poco queda arrinconada, pero que irrumpe de vez en cuando en el escenario de nuestra mente, de nuestros instintos y domina por inavergüzado arte de brujería lo que puede estorbarla para utilizarlo como dócil sirviente de sus terribles caprichos.

El hombre tiene muchas fuerzas que no puede poner en marcha sin peligro de que le arrastren a todos los abismos o a todas las cumbres.

He visto muchas veces niños maltratar a otros más pequeños, torcerles un brazo, aterrorizarlos por el solo placer de ensayar sus posibilidades de hacer sufrir, la totalidad de su fuerza.

¡Medir la totalidad de su fuerza! ¡Alucinante ocurrencia de la mente, que anida en todo individuo y le hostiga incesantemente!

Repito, sin embargo, que a pesar de estos actos de crueldad, tan frecuentes en muchos niños, yo era un niño normal, bueno con mis padres, a quienes quería, afectuoso con mis hermanos, estimaba a mis camaradas de la escuela o de juego y era de todos estimado y querido.

Más tarde, leí con amor a los poetas, saboreé las delicadezas de un verso, la armonía de las asonancias, la maravilla de una escultura; comprendí y sentí la amargura escrita, pintada, esculpida por los artistas y todos los estados de alma que expresaban las sinfonías musicales. Los problemas del mundo no me han dejado indiferente, y el destino del hombre, viajero errante en el tiempo y en el espacio, partícula luminosa obstinada en perdurar, me ha apiadado veces infinitas en lo más hondo de mi sensibilidad y de mi inteligencia.

¿Soy bueno, soy malo? Soy, simplemente, una criatura humana que no ha logrado dominar a tiempo el resorte suelto de su crueldad, interrumpir el juego a que se entregaba de sus diversas y encontradas facultades. Conocer directamente el abismo del horror llegó a ser una obsesión, y he sido criminal.

Hace años estuve a punto de llegar, voluntariamente, a la locura. Grandes sufrimientos habían desgarrado y laceraban sin descanso mi corazón. Tan intensos eran que me llevaron al dintel extremo en que se pierde el control de sus pensamientos y de sus actos. Sentí la curiosidad de jugar con mi mecanismo cerebral, de ser por un momento su dueño, de observar las sensaciones que causaba forzarlo y descomponerlo, de ser perverso conmigo mismo. Era fácil. Bastaba, por autosugestión, agrandar mi dolor, intensificar por el posible esfuerzo de mi propia voluntad la tortura de todas mis fibras que la vida mordía

como si millares de roedores, cuyos dientes quemaban al desgarrar, las hubieran atacado sin tregua.

¿Por qué no haber cedido a la tentación? No sufriría hoy, en mis horas de soledad, sólo interrumpidas por la voz del centinela que monótonamente acompaña cada cuarto de hora, la tristeza del calabozo, el fuego de mi conciencia que me domina de nuevo, tan dueña de mí, tan pura como cuando rechacé el cuerpo divino de una mujer anhelante para no traicionar la confianza del amigo.

¿Por qué no haber cedido a la tentación de la locura y haber cometido más adelante el más cobarde de los crímenes?

La locura habría terminado con la misma inteligencia que ideaba provocarla. La autora se habría suicidado. Ella retrocedió.

Miles de personas juegan así consigo mismo. No pudiendo asesinar o envilecer a los demás se asesinan o envilecen a sí mismas. Comprendo la depravación de tantos artistas. Les mueve la necesidad, la curiosidad de averiguar, de conocer, de penetrar en las zonas inexploradas por el término medio de sus conciudadanos. Anhelos irrefrenables, tensión del espíritu, de la inteligencia sedienta de saber, de la sensibilidad ávida de sentir. Llegar a lo más profundo del encanallamiento es siempre procurar conocer. Por esto se perdona a los genios sus devaneos, cuya razón nos escapa.

La inteligencia pura llega a sentir el vacío de todos los afanes del hombre en la vida y busca derivativos a su tormento hasta en el propio martirologio.

En el martirologio, sí, y en el horror. ¿Podemos asegurar que el genio de Napoleón estaba más satisfecho por la conquista de veinte naciones que por el exterminio de millones de existencias? ¿Que en ciertas horas de soledad no contemplaba con la misma indiferencia en su imaginación los campos sembrados de cadáveres y el vasto continente sometido a su dominio? ¿Podemos negar con certeza que si hubiese sabido un poco más de las razones de nuestra existencia habría sido tal vez un hombre sencillo y cordial, contento de ser y de ver en todo semejante a un hermano?

Aguila fría que abarcaba el mundo, ¿quién sabe si todas sus locuras no tuvieron por móvil más poderoso el deseo de llenar en su alma ese gran vacío del Todo incomprensible y absurdo?

Decir que esa inteligencia pura, esa sed de saber cuanto puede saberse, de experimentar cuanto contiene la vida han intervenido en mi acto, es tal vez excesivo. Pero sin duda no le fueron completamente extraños. Medir con precisión la importancia de los factores que nos conducen a tal o cual actitud es una loca quimera. Y más quimérico es pretenderlo hacer en ajenas personas y circunstancias íntimas que el propio sujeto no puede explicarse.

No pretendo disminuir mi culpabilidad. Sé que humanamente nada, nadie puede perdonarme. Otros no tuvieron madre o cariño, o cultura, o pan, o ambiente propicio para la formación de su mundo moral. Yo tuve todo esto. Cuando concebí el crimen, ninguna causa pasional me movía a cometerlo. Pasó la idea por mi mente como tantas habían pasado. Pero no la dejó. Fué como cuando tirturé, siendo niño, a la perrita amarilla. Desde ese momento, algo quedó cambiado en mí. No fué la conciencia, ni la facultad de razonar, ni la volun-

tad. Existían. Pero no actuaban. Estaban como paralizadas, más que todo, por la sensación de su propia impotencia. Sólo obraba, en la determinación de mis actos, la idea del crimen. No era una obsesión, una fuerza arrebatadora, que se posesionara de mí con brutal violencia. Dominaba suave pero totalmente, como señor absoluto en sus dominios, tan seguro de su poder que no necesitaba herir para imponerse.

La inteligencia planeó el crimen en determinados momentos, cuando la crueldad movía la palanca de su acción. En las restantes horas del día obraba como de costumbre bajo el dictado de la conciencia.

Sabía que hacía mal, lo sabía siempre, sabía que lo iba a hacer, como todos los viciosos conocen el atentado que cometen contra su propia salud y su propia alma. Pero ellos tienen la disculpa del placer experimentado, de la grata intensidad de los pocos años vividos. Yo no la tengo. O, más exactamente, no la tiene —ni la tuvo— mi crueldad.

Así es como invité a visitarme, con un pretexto profesional, a mi mejor amigo. Había preparado cuidadosamente el narcótico y elegido con calma el instrumento de tortura. Pasaron tres semanas entre la concepción del acto y su ejecución. Las reacciones de mi conciencia no fueron bastante fuertes para hacer retroceder al monstruo frío y tranquilo, sonriente, despectivo e invencible que movía mis brazos, mis pensamientos y mis sonrisas. Creo que en ciertos momentos logró infundir a mi inteligencia la curiosidad demoníaca y sádica. Y comprendo ahora mejor ciertos relatos espeluznantes que leí varias veces en los diarios, ¡esas noticias que el gran público devora con un interés que delata también la fruición del horror!

Vino mi amigo y conversamos. Con la mayor naturalidad, extrañablemente sereno, le serví la taza de té escanciado en la cocina de mi aposento. Había despedido previamente a la cocinera para realizar mis planes. Sorbo a sorbo, mi amigo se fué durmiendo. Le desnudé enteramente, le até con correas expresamente compradas, para que no pudiera libertarse ni moverse al despertar. Y esperé.

La crueldad creció y se impacientó. En el momento de cumplir sus designios perdí la serenidad. Cobré aspectos de salvajismo desencadenado. Quería obrar enseñada; era toda mi persona, tal vez temerosa de que la otra despertara y la venciera.

Todo, todo ha quedado grabado en mi memoria, incrustado con imborrables huellas por el implacable buril de la conciencia. El despertar de mi amigo, sus inútiles tentativas para moverse, la sorpresa de su mirada y de sus facciones, sus preguntas, su inquietud, sus reproches, sus súplicas y su angustioso lamento cuando hundí por primera vez el escalpelo en su carne y sus gritos pidiendo auxilio, que me deleitaron primero y me obligaron luego a amordazarlo para que no llamaran la atención de los vecinos.

Doctor, no he olvidado un solo detalle, pero no puedo referirle, porque no quiero comunicarle el espanto que yo siento, los pormenores de esas cuatro horas en que, a punta de escalpelo, fuí arrancando trozos de carne y de piel, y ayes de dolor, y estertores de agonía a mi mejor amigo.

Se que le interesará saber cuál era entonces el estado de mi alma. La respuesta desconsuela. He leído en ciertos literatos la descripción del suplicio de herejes condenados por la Inquisición. Los verdugos aparecen ata-

reados, diestros, pinchando, atenazando, cortando la carne en todas partes al mismo tiempo, arrebatados por un goce monstruoso o por una fiebre de exaltación que las muchedumbres vociferantes, como yo crueles, les comunicaban.

No conocí ese momento de fiebre. Tan pronto despertó mi amigo, desapareció la inquietud, terminó la impaciencia. Segura de sí, la crueldad recobraba la calma. Ella era mi pensamiento y mis nervios, mis músculos y mi voluntad y los latidos que resonaban en mi pecho. Obré con extraordinaria serenidad. Pausadamente corté grasa, músculos, tendones a mi amigo que se retorció. Y, sin embargo, mi conciencia seguía existiendo.

Sabía que cometía un hecho espantoso, pero ese su conocimiento no bastó para refrenar la fuerza implacable que ignoraba hasta su existencia.

Y cuando todo hubo terminado, cuando mi amigo expiró, dejé el escalpelo. Me senté. Miré el cadáver que sangraba por incontables heridas y cuya faz lívida aun parecía gemir. Suavemente la conciencia recuperó el dominio de mis pensamientos, de mis gestos, de mi voluntad. Cuando le busqué para observarlo, para combatirlo, para enrostrarle su felonía, mi otro «yo» había desaparecido. No advertí su ida. Expiró al mismo tiempo que su víctima. Apenas sentí por un momento, antes de que el equilibrio se restableciera en mis facultades, un leve vacío que me desorientó.

No experimenté arrepentimiento. Un sentimiento más profundo me conturbaba. Era una infinita piedad para todos los hombres, mis iguales. Yo no era peor que los demás, y, sin embargo, había estado agazapada en lo más hondo de mí, sin que sospechara nunca su presencia, una fuerza maligna y terrible despertada por no sé qué fenómeno psíquico.

Crueldad: el don, el placer de hacer sufrir, de saborear el indescriptible martirio... Evoqué la historia conocida de la humanidad, la tortura de los prisioneros de guerra por las hordas primitivas, en medio de las danzas y de los regocijos, los sacrificios humanos de las religiones paganas, los tormentos santificados por la Inquisición, las misas negras, la magia multiforme de los atormentados medievales, los desbordamientos sanguinarios de todas las épocas. Recordé la doble personalidad del hombre que mata frenéticamente en los campos de batalla y es al mismo tiempo padre cariñoso, esposo amante, hijo afectuoso. La humanidad me pareció como una fuerza incomprensible y lamentable. Y, ¡oh dolor!, llegué a pensar que yo era su misma encarnación.

Podía huir. Tenía tiempo y medios. Pero me quedé toda la noche, todo el día y toda la noche siguiente, dolorosamente meditabundo, hasta que vinieron a visitarme, con los resultados que usted sabe.

Y ahora, doctor, le ruego no se ocupe más de mi defensa. Es algo difícil de explicarlo, a pesar de haberle confiado muchas cosas anormales. ¿Cómo decirle y hacerme comprender? Usted no defiende al hombre que asesinó ni al que antes existió. Los dos han muerto. Soy otro. Sin vida mental, ni emotiva, ni voluntaria. Un cadáver con nombre y número de celda. Una antigua conciencia que contempla su propia ruina y la ruina de lo que fué en su derredor. El que usted defiende no está en la cárcel, ni estará mañana en presidio, ni será guillotinado si lo ordena el Jurado.

Deje que interroguen, juzguen y condenen al fantoche

# Fernando VII jura la Constitución de 1812

E. Castelar



**L** estado interior de España era más triste cada día, sobre todo, desde la prematura muerte de la segunda esposa de Fernando VII, Isabel de Portugal, ocurrida en 1818. El apresuramiento indecoroso con que el rey contrajo matrimonio, esta vez con la princesa María Josefa Amalia, hija de Maximiliano de Sajonia, contribuyó al mayor desbarajuste de la administración.

Reinaban en todas partes el fraude y el robo y se esquilmaaba al país, dejándolo completamente arruinado y empobrecido. El pueblo, falto de educación y fanatizado por un clero ignorante, era incapaz de elevarse a ninguna idea salvadora, y mucho menos, de concertarse para llevarla a la práctica. En esta situación, la minoría inteligente y liberal tuvo que recurrir a las conspiraciones, en lo que no hacía sino imitar al rey, a la corte y al partido absolutista, pues todos conspiraban. Proluaban en todas partes las sociedades de los francmasones, de los «carbonarios» y otras, que reclutaban sus afiliados hasta en las clases más elevadas de la administración y de la milicia, ruborizadas e indig-

---

huevo, a la ex realidad, a la sola envoltura de lo que fué mi vida anímica, el tesoro de mi emoción y de mi pensamiento. Ellos no pueden saber, y creo que nadie comprendería, hasta qué punto mi conciencia me ha vaciado de todas esas fuerzas que me daban personalidad y sufrieron aquella derrota.

¿Comprende usted ahora que no podía decirle todo esto sin temor de ser tomado por un loco a cada palabra pronunciada, que no podré decirlo a nadie con esperanza de ser comprendido, y que si usted lo quisiera explicar a los jueces creerían que hace de su ciencia de psiquiatra un mal recurso de abogado?

Se lo suplico, renuncie a mi defensa. Estoy más allá de la libertad y del cautiverio, de la vida y de la muerte. Implacable a su vez, mi conciencia me destruyó.

Ella vierte las lágrimas que ahora mojan este papel. No llora por sí ni por la existencia que no pudo proteger. Llora por el destino de la humanidad tan frágil, tan amenazado como lo fué el mío por las garras de la crueldad.

nadas de estar a merced de las miserables camarillas.

Ya en 1814, Espoz y Mina se había sublevado en Navarra y tratado de apoderarse de la ciudadela de Pamplona; pero abandonado de sus tropas, debió refugiarse en Francia, seguido de unos pocos. Y en 1815, el general don Juan Díaz Polier, caudillo afortunado en la guerra contra Bonaparte, estando preso en la Coruña por sus ideas liberales, alcanzó permiso para ir a tomar los baños de Arteyo y, desde aquí, dirigirse sobre aquella plaza, al frente de la misma escolta que le custodiaba, entrando en ella a los gritos de «¡Viva la Constitución! ¡Viva Fernando, rey constitucional!» El comandante general de Santiago salió con fuerzas a combatirlo, y Polier y treinta y cuatro oficiales fueron cogidos por sus propias tropas y entregados a las autoridades.

Pocos días después, Polier era ahorcado en la capital de Galicia. En 1816 descubriose un complot contra el rey, y cuatro personas pagaron con sus vidas su adhesión, más o menos cierta, a la conjura. Al año siguiente, el general don Luis Sáez, que estaba de cuartel en Cataluña, de acuerdo con varios de sus amigos de Madrid, entre ellos, a lo que se cree, el conde de La Bisbal, y con otros militares y paisanos, determinó levantar bandera en favor del abolido régimen constitucional. Dióse el grito en Caldetas, poniéndose a la cabeza de los alzados Sáez y el general don Francisco Miláns. Las autoridades, sin embargo, habían sido prevenidas, y los dos generales, perseguidos por partidas de tropas y paisanos armados, hubieron de emprender la fuga. Miláns pudo penetrar en Francia, mas no así Sáez, que fué hecho prisionero y condenado a muerte. El general Castaños, que mandaba en el Principado, suspendió la ejecución de la sentencia, en atención a los servicios prestados por Sáez en la guerra de la Independencia y a las universales simpatías de que gozaba, hasta recibir la respuesta a la consulta que dirigió a Madrid.

El Gobierno dispuso que Sáez fuese condu-

cido a Mallorca y encerrado en el castillo Bellver, en cuyos fosos sufría cuatro días después, con gran serenidad, la pena que le impusieron. A Polier, en Galicia, y a Sáez, en Cataluña, siguió el coronel don Joaquín Vidal, en Valencia.

Ejercía el mando militar en esta región, con destemplado rigor y acritud, el general don Francisco Javier Elío, justificando su tiránica conducta las quejas de los descontentos. Descubierta allí tiempo atrás una conspiración para proclamar la Constitución de Cádiz, y en la que sucumbieron diferentes víctimas, más adelante supo Elío que los individuos de las logias de la capital tenían tramada otra, que debía estallar el primero de enero de 1819. Los conspiradores proyectaban apoderarse de la persona del general Elío en el teatro; pero la suspensión de los espectáculos públicos por el fallecimiento de la reina doña Isabel trastornó sus planes. Discutiendo estaban en una casa de la ciudad lo que debían hacer, cuando de pronto se presentó ante ellos el general Elío, seguido de los miñones. Contra él se precipitó el coronel Vidal, jefe de la intentada empresa; más su adversario le traspasó el pecho de una estocada. Los conjurados se escaparon unos; otros cayeron en poder de la tropa, y el 22 del citado mes y año morían en la horca el infortunado Vidal y catorce de sus no menos desgraciados compañeros.

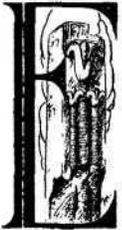
Aunque el monstruo del absolutismo no se hartaba de sangre, los liberales estaban resueltos a sacrificar todos sus vidas, antes que permitirle continuar mancillando con sus torpezas y crímenes el suelo de la patria. De manera que, a poco de ocurrido en Valencia lo que queda expuesto, en el seno del ejército expedicionario de Andalucía urdióse otra conspiración. El conde de La Bisbal, que mandaba dicho ejército, entró en ella, pero creyendo al Gobierno enterado de la trama, por temor u otras causas que se ignoran, se apresuró a frustrarla, arresando y encerrando en un castillo a los jefes Arco-Agüero, Roten, San Miguel, Quiroga y otros. No se cogieron, sin embargo, todos los hilos, y el primero de enero de 1820, el comandante del regimiento de Asturias, don Rafael del Riego, hombre valiente y decidido, daba el grito de libertad en Cabezas de San Juan, proclamando la gloriosa Constitución de 1812. En San Fernando se le unió el coronel don Antonio Quiroga, que, libre de la prisión, se había alzado igualmente con los batallones de España y la Corona. Juntos marcharon ambos hacia Cádiz, donde fueron recibidos a caño-

nazos. Este descalabro entibió algo el entusiasmo de los sublevados. Riego recorrió con gran arrojo las provincias andaluzas, sin obtener tampoco resultado alguno. Empero, la inacción e impotencia del Gobierno animaron a las Sociedades secretas, cuyos agentes no descansaban, y estalló en diferentes provincias el movimiento revolucionario. Las guarniciones de La Coruña, del Ferrol y de Vigo se levantaron en los últimos días de febrero; el capitán general de Zaragoza, marqués de Lazán, unido con los moradores de la heroica ciudad, proclamó la Constitución el 5 de marzo; don Francisco Espoz y Mina, entrando de Francia, se apoderó de Pamplona, y a todo sirvió de remate el alzamiento del conde de La Bisbal, en Ocaña, adonde había sido mandado por el Gobierno, a ruego suyo, para sofocar la sedición.

Fernando, muy asustado, convocó a Cortes; pero el partido liberal, seguro del triunfo, no se mostraba dispuesto a transigir. En Madrid reinaba una agitación indescriptible. El 7 de marzo se reunieron en la Puerta del Sol numerosos grupos, y una diputación compuesta de liberales, llenos de júbilo con el ceso de Ocaña, presentóse en el palacio real, pidiendo a Fernando VII que jurara la Constitución. A las pocas horas, apareció un Real Decreto concebido en los siguientes términos: «Para evitar las dilaciones que pudieran tener lugar por las dudas que al Consejo ocurrieren en la ejecución de mi Decreto de ayer para la inmediata convocación de Cortes, y siendo la voluntad del pueblo, me he decidido a jurar la Constitución promulgada por las Cortes generales extraordinarias en el año 1812.» Dos días después, el rey, accediendo a las peticiones de los madrileños, restablecía el Ayuntamiento de 1814 y nombraba una Junta provisional consultiva, presidida por el arzobispo de Toledo, la cual debía funcionar a modo de Ministerio hasta tanto que éste se constituyera. El mismo día, disuelta la camarilla, se dieron dos Decretos, suprimiendo el Tribunal de la Inquisición y autorizando en todos los pueblos de la nación la instalación de Ayuntamientos constitucionales; y al siguiente, dirigió el rey un manifiesto a la nación, donde hacía hipócritos alardes de condescender a la voluntad de sus gobernados, y que terminaba con aquellas famosas palabras: «Marchemos francamente, y yo el primero, por la senda constitucional.» Nuestros padres creyeron que la revolución estaba consumada, no habiendo exigido «sino seis años de paciencia, un día de explicaciones y dos de regocijos».

# El origen de los números

Charles Pormeroy Sherman



El primer uso de los números que se recuerda ocurrió en la India y data de fines del siglo II de nuestra era. En el siglo IX un matemático árabe escribió un tratado de álgebra en el que empleó como números los signos que obtuvo en la India o Afganistán. En 1202, Leonardo de Pisa, en Italia, tradujo o transcribió esta obra al latín y entonces introdujo esos signos numéricos en Europa. Alrededor de 1400, esos signos numéricos, en uso en Europa, eran idénticos a los que usamos hoy; y gradualmente suplantaron, en el uso general, a los complicados signos romanos y a los más complicados aún usados por los griegos.

Esto es todo lo que sabemos; pero no se sabe quién ideó estos signos ni tampoco qué se pensaba al darles esta forma aparentemente arbitraria. Por consiguiente, como no lo sabemos —por no poseer información al respecto— nos será permitido suponer cuál pudo ser su origen probable.

El salvaje, al mirarse la mano, vió cuatro dedos y un pulgar, cinco líneas rectas cortas, y de ahí quizá aprendió a contar hasta cinco. Mirando la otra mano, vió otras cinco líneas rectas cortas, aprendiendo a contar hasta diez. En vez de los dedos empleó para representar estos números pequeñas piedras o trozos de madera, o trazos en la arena, en la tierra o en la roca.

El romano miró también su mano y también vió la forma de V hecha por el dedo índice y el pulgar estirados, concibiendo la idea de sustituir las cinco líneas verticales con que representaría el número 5 por la V.

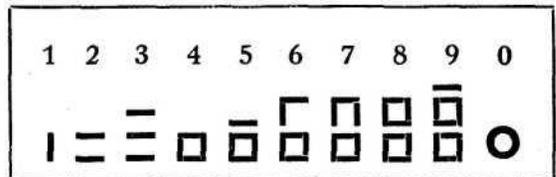
Un día, colocando a su frente las dos manos con la palma hacia abajo y uniéndolas hasta que se cruzaran los dos pulgares, concibió la idea de sustituir las diez líneas rectas o las dos V por la X, para representar el diez.

De este modo, tanto el indígena como el romano emplearon líneas rectas cortas, arbitrariamente dispuestas, para expresar sus anotaciones numéricas.

¿Tuvo también la misma idea de las líneas rectas cortas, arbitrariamente colocadas en su mente, el hombre que inventó los signos y que encontró Mahomed Ben-Muza que eran de uso corriente en Oriente?

Creo que también nosotros podemos representar los números valiéndonos de líneas rectas. En efecto:

1. Era y es una línea vertical.
2. Era evidentemente dos líneas horizontales, una encima de la otra.
3. Era evidentemente tres líneas horizontales, una encima de la otra.
4. Era un cuadrado, cuatro líneas.
5. Era un cuadrado, con una línea horizontal agregada arriba (el principio de otro cuadrado), cinco líneas.
6. Era un cuadrado, con una línea horizontal arriba, la que llevaba otra perpendicular a la izquierda (la continuación del cuadrado), seis líneas.
7. Era un cuadrado, con una línea horizontal arriba, la cual llevaba dos líneas perpendiculares, una en cada extremo (la continuación del cuadrado), siete líneas.
8. Era dos cuadrados, uno encima de otro, ocho líneas.
9. Era dos cuadrados, uno encima de otro, con una línea horizontal encima del cuadrado superior, nueve líneas.
0. Era un círculo, sin líneas rectas, nada; probablemente fué inventado cuando se concibieron las decenas, colocándole uno de los números a la izquierda.



¿Cómo se pasó de esta forma de número a la que usamos en nuestros días?

Con el transcurso del tiempo los escritores tendían más y más a sustituir la difícil línea recta por la fácil curva, para no levantar la

# Economía animal, doméstica y social

Isaac Puente



LÁMASE economía animal al conjunto armónico de las funciones de nuestro organismo, a causa de la estrecha solidaridad que existe entre los órganos que lo componen y del perfecto acuerdo entre las necesidades y los medios de satisfacerlas.

A partir de las materias primas que aporta la alimentación, se elaboran los materiales precisos a la construcción y reparación del organismo y se obtiene la energía necesaria para las actividades y el mantenimiento del calor del cuerpo. La sangre es el vehículo portador del alimento que precisan las diversas células y circula con más abundancia y rapidez en los órganos que por estar en actividad tienen más necesidades, y con más pausa en los que están en reposo, realizando así una distribución de acuerdo con las necesidades.

El organismo tiene un gasto de fondo, indispensable a su conservación, el cual sólo puede restringirse con grave daño de la salud o de la vida. Cuando hay penuria en los apor-

tes, el organismo economiza los materiales, limitándose a este gasto de fondo o reduciéndolo por la paralización de ciertas funciones no necesarias. Pero si los aportes de alimento son abundantes, el gasto de fondo es aumentado con el consumo de lujo, que puede ser doble y aun triple que el primero.

El equilibrio entre los ingresos y los gastos se logra mediante la cooperación de todas las funciones, empezando por la digestión y la asimilación y terminando por la contracción muscular y la refrigeración de la piel. De este modo pueden vivir individuos que apenas comen lo preciso y otros que lo hacen superabundantemente.

En Biología, economía significa también baratura, pero no ahorro. El ahorro existe solamente en el almacenamiento del azúcar en forma de glucógeno y de la grasa en forma de tejido adiposo, pero dentro de límites reducidos, pues su exceso conduce a dos enfermedades: a la diabetes y a la obesidad. Los juegos en los niños, los deportes en los jóvenes y las funciones reproductoras en los

---

pluma del papel, lo que dió origen a la escritura cursiva.

Los números romanos no se prestaban para esta clase de escritura, porque se seguían horizontalmente, pero los números orientales sí se prestaban, porque se seguían en sentido vertical, escribiéndolos desde arriba hacia abajo, y por lo tanto sus conjuntos de líneas asumían una forma única, la más conveniente para su uso en matemáticas.

Consideremos ahora cada uno de los números de acuerdo con el cambio de su forma original a la presente por medio de la escritura cursiva:

1. Ha sido y es lo mismo.
2. La línea superior ha sido curvada hasta unirla a la inferior.
3. Las tres líneas se han curvado y unido.
4. La línea vertical del cuadrado ha sido prolongada sobre la línea horizontal inferior (con lo que quedan cuatro líneas) y se suprimió la línea horizontal superior.

5. Las líneas superior de la derecha e inferior han sido curvadas hasta casi un círculo, suprimiéndose la vertical a la izquierda y uniendo luego ésta a la línea superior.

6. Desde el extremo de la derecha de la línea superior se han curvado suavemente todas las líneas en una sola línea curva continua.

7. La línea de la derecha de las tres superiores se prolongó hasta unirla con la vertical de la derecha del cuadrado, suprimiéndose las otras tres líneas del cuadrado.

8. Los dos cuadrados han sido curvados hasta formar dos círculos tangentes.

9. El cuadrado superior se ha convertido en un círculo, al que se unió la vertical de la derecha del cuadrado inferior, suprimiéndose las otras líneas de éste.

He ahí la forma como presumimos que se llegó a la representación de los números con los signos que se usan hoy día.

adultos son, por el contrario, modos de despilfarro.

Del conocimiento de la economía animal se pueden sacar enseñanzas provechosas para la economía social, como pueden obtenerse de la otra forma elemental e instintiva de la economía, es decir, de la doméstica. Sin conocimientos científicos, sin alardes de talento, la madre de familia administra el exiguo jornal y hace el milagro de alimentar a su prole, solucionando, en la práctica, un problema teóricamente insoluble.

La Economía tiene dos aspectos. Uno, científico, de producción. Otro, moral, de distribución. La llamada economía política, como lo indica su apellido, representa un aspecto distinto: el pícaro. Una economía social no puede prescindir de la preocupación técnica para incrementar la producción, ni de la preocupación moral de distribuirla con justicia, sin escarnecer el derecho natural a vivir de todos los miembros de la sociedad. La política es sólo necesaria para perpetuar las causas de desequilibrio y de desacuerdo, para defender el privilegio y perpetuar el despojo, para hacer de un problema sencillo un problema insoluble.

La política no es el arte de gobernar a los pueblos, sino el de impedir que los pueblos se gobiernen a sí mismos. La economía política se dirige, por lo tanto, a impedir que los pueblos ordenen su economía, imponiéndoles un acuerdo forzado entre la producción y la distribución de su riqueza. Ni la ciencia ni la moral tienen nada que ver con la política. Esta no ha producido ni un grano de trigo más, ni ha ahorrado una gota de sudor al trabajo humano. Gracias a ella, en cambio, se da, en todas las naciones donde interviene, el contrasentido de que resulte una maldición la abundancia y que haya quien muera de hambre donde sobra de todo.

Si en nuestro organismo y en la familia son las necesidades las que dan la medida de la producción y de la distribución y a la inversa, los medios económicos, los que sirven de pauta para satisfacer las necesidades, no hay motivo para que ocurran las cosas de modo diferente en la economía social, que en nada fundamental se distingue de aquéllas. Para lograr el equilibrio entre las posibilidades económicas de una nación y las necesidades vitales de sus habitantes, sobra la política y aun la ciencia. Basta la buena fe, el sentido común y la experiencia. No se precisan mediadores más o menos providenciales, sino libre concurrencia de las necesidades individuales y de los medios económicos, y el equi-

librio se logrará espontáneamente del mismo modo que se logra en los organismos animales y en las pequeñas colectividades no minadas por la pugna de intereses.

Dentro de la actual organización social no concurren las necesidades, sino los intereses capitalistas o financieros en pugna, entre los que no es posible más acuerdo que el predominio de los fuertes sobre los débiles. En la pugna de intereses regionales de nuestra nación, que todos los días están sobre el tapete de la política, no concurren las necesidades, sino los intereses del mercader. Del que vende carbón o productos lácteos, con el que vende naranja; del que vende aceite, con el que vende ganado.

Falta de todo sentido ético, la ciencia económica actual aplicada a la sociología no puede producir otros efectos que los que se lamentan en todas partes. La máquina no redime al hombre del trabajo, sino que lo elimina del derecho a consumir. La abundancia de productos no permite satisfacer más necesidades, creando bienestar, sino al contrario, deja más necesidades por satisfacer, aumentando la miseria. La ciencia no redime al hombre de la esclavitud, sino que se emplea para remachar sus cadenas.

Como todo conocimiento científico, el económico está al servicio de la injusticia y del privilegio, de la maldad y de la opresión. No se aplica a secar las fuentes del dolor humano, sino a perpetuar todas las ignominias de la sociedad. La ciencia sólo será salvadora cuando se aplique a remediar la esclavitud, que es la causa madre de todas las injusticias sociales. El individuo, para remediar su pobreza, no necesita ciencia económica, sino conciencia de que es esclavo, y por ser esclavo, pobre.

Los interesados en engañar al pueblo le han dicho siempre que es esclavo porque es pobre y que debe seguir siendo esclavo por la penuria de las condiciones económicas, ya que sólo hombres capacitados pueden conducirlo, como conduce el pastor a su rebaño, hacia los pastos abundantes.

El fin más noble de la economía es el de remediar la miseria, la nutrición insuficiente de las clases trabajadoras; pero este fin excede los límites de la economía política. Tal finalidad sólo puede lograrla una economía libertaria que haga al individuo libre, la distribución, justa, y a la producción, científica, siguiendo este orden de prelación inalterable, ya que sólo cumplidas las dos primeras condiciones puede el progreso científico redundar en provecho del bienestar humano.

## Estudios



### El Otoño

Por MONLEÓN

*Ilusiones que la Adversidad y la Injusticia azolan con el viento implacable de la Impiedad. Sobre el dolor y la necesidad, la ficción ha creado el placer ficticio y la suntuosidad vacía, sin calor y sin alma.*

# Un prodigio en el subsuelo

(Poema en prosa)

Higinio Noja Ruiz

*A Carmencita Pastor González,  
que aun sueña escenas de cuentos  
de hadas, dedico, muy cordialmen-  
te, esta modesta fantasía.*



**I**STÁME atenta, Carmina, tú que en tu deliciosa ingenuidad te complaces en poblar tus días y tus noches de ensueños de querube. Voy a contarte un cuento. ¿De *Las mil y una noches*? No. Es algo más modesto que he forjado en mi propia fantasía. Yo creo que podría titularse «De cómo se perdieron el Dios Ensueño y la Princesa Ilusión en las cuevas del Drach». Pero el nombre no hace a la cosa. Por otra parte, tú serás la que, actuando de hadamadrina, bautizarás a tu gusto mi relato. Escucha...

Hace ya mucho tiempo apareció una vez, como llovido del cielo y en un pueblecito de Mallorca, que muy bien pudo ser Portocristo, un hombre extraño. Nada de singular se notaba a primera vista ni en su tipo, ni en sus maneras, ni en su indumentaria. Pero en sus ojos, sí. Parecían borrachos de luz como si en ellos hubiera aprisionado al sol.

El tal señor solía recorrer silencioso y solitario la playa, la costa y los campos. No hablaba con nadie. Apenas si correspondía a los saludos con una inclinación de cabeza y un esbozo casi imperceptible de sonrisa.

No, querida ¡Qué había de ser malo! Es que, como se supo después, llevaba dentro de sí un mundo maravilloso en el que la contemplación le impedía parar la atención en cuanto ocurría a entorno. Claro, tú no comprendes esto, a pesar de que, como él, tienes también tu mundito interior decorado por los dedos rosados de la Quimera.

Bueno. Prosigo:

Nuestro hombre alquiló una casita en la misma meseta en que actualmente se abre la entrada de las cuevas del Drach. Desde ella podía contemplar el pueblo como un caserío dorado enclavado en una loma que emerge de la turquesa líquida del mar. Aunque no parece que fuera éste su propósito. Más acertado sería afirmar que si eligió aquella casa aislada

para su residencia, le guió más que el deseo de entregarse al placer de la contemplación, para gozar del deleite de estar solo.

A poco hizo traer tierra especial, bloques de mármol, alabastro. Durante días enteros se eclipsaba. ¿Qué hacía? Te lo diré de seguida para calmar tu impaciencia: trabajaba. Era escultor. Modelaba el barro que, animado por la habilidad de sus pulgares, se transformaba en belleza y gracia, adquiría una extraña vibración de vida. Tallaba y pulimentaba el alabastro y el mármol de manera que hacía hablar a la piedra, puesto que sus creaciones eran tan acabadas y perfectas que se las veía vivir y parecía milagroso no verlas andar.

Trabajaba con ahinco y con fe. Las maravillas de la talla y del modelado se sucedían las unas a las otras sin solución de continuidad, como las perlas en un collar o como las gotas de agua en el hilo de argento de una fuente. Su universo interior tomaba formas y se traducían en obras escultóricas que nacían ya con bríos para vivir una eternidad. ¡Oh! Si te hubiera conocido a ti, Carmina. Si te hubiera conocido a ti hubiese creado una verdadera filigrana. Tú eres una encantadora figulina, un beso de amor que tomó forma en el cáliz de una rosa y formó su envoltura carnal amasando rayos de sol y pétalos sedientos y perfumados. El hubiera cincelado una flor para que sirviera de plinto adecuado a tu escultura. Pero, chiquilla, si tanto me interrumpes, no acabaremos nunca. Te gustan tanto los madrigales galantes como los cuentos de hadas. ¿Qué será cuando pasen por tu vida las seducciones de quince primaveras haciendo de ti otra Primavera más, florida y perfumada?...

Bien. No te enfades. Reanudo mi relato.

Entre las obras del artista de mi cuento había dos de las cuales su sed de perfección quedó plenamente satisfecha. Una era la talla en mármol de un mancebo en el dintel de la juventud. Era una escultura tan magistralmente perfecta y tan armoniosa, que parecía un dios joven de la mitología pagana. Aquella obra era un símbolo, un ideal y una meta. Era la Juventud cargada de ilusiones, de vi-

gor, de promesas y de atractivos. Era el ideal objetivado de la belleza viril en su culminar. Y era una meta que, en su afán de física superación, debiera alcanzar el hombre, escultor de sí mismo, por la higiene, por la gimnasia y por la rítmica. Tenía un nombre: se llamaba el Dios Ensueño.

La otra era una talla en alabastro oriental y representaba la delicadeza, la armonía y la belleza femeninas, en ese momento único en que el capullo entreabre su estuche de seda y entre olas de perfumes muestra el esplendor del fastuoso cromatismo de la flor. La llamó la Princesa Ilusión.

Estaba orgulloso de su obra nuestro artista. Con razón. Si el Dios Ensueño era un poema de piedra, la Princesa Ilusión era la más sublime ideación de un poeta genial, materializada por un mago con rayos de luna.

Lo grave fué que contemplando aquellas criaturas de su ingenio que él supo arrancar de su eterno sueño de piedra y animar con un soplo de vida y unas chispas de eternidad, llegó a enfermar de una extraña locura. Figúrate. Creyó que ambas estatuas vivían, como tú y yo, que experimentaban las mismas sensaciones que ponen tensos los nervios del hombre, que bajo sus epidermis circulaba la misma savia vital que nos anima y se estremecían sus cuerpos excitados por el agudo aguijón de las pasiones.

Tan tremendo desatino había de destrozar aquella vida, había de hundir en el limbo de la Quimera al hombre borracho de luz que aprisionaba y retenía en sus pupilas al sol.

Una noche contempló absorto una escena prodigiosa. El Dios Ensueño y la Princesa Ilusión saltaron ágiles de sus plintos, dedicáronse mutuamente una sonrisa amable y, cogiéndose de la mano, salieron del estudio al jardín.

Siguióles el artista cautelosamente, sin hacer ruido, como la sombra al cuerpo.

Ya en el jardín, bañado por el polvillo de plata de la luz lunar, ambas esculturas se detuvieron junto a un rosal y hablaron.

Sí, Carmina. Como en los cuentos de hadas. ¿No comprendes que la exaltada imaginación del escultor era hermana gemela de la de aquellos que componen los cuentos que tanto te agradan y vivía en aquellos momentos su prodigio? Pues, sí...

Decíamos que las esculturas hablaron.

El Dios Ensueño dijo, acariciando con la mirada la desnudez maravillosa y pura de la Princesa Ilusión:

—Eres bella, Ilusión, como la aurora naciente. Tu creador ha debido forjarte ama-

sando nardos y azucenas y chorros de luz purísima.

—Y tú —repuso ella— parece que te has escapado de un friso helénico. Eres perfecto como una talla de Praxiteles.

—Tú eres una flor de amor.

—Y tú eres el Amor mismo.

—¿Te placería que nos fuéramos juntos, que uniéramos nuestros destinos?

—Sí. Me placería. Parece que hemos nacido para fundirnos el uno en el otro.

—Pues, vámonos. Caminaremos hasta can-sarnos.

—Y cuando nos cansemos nos columpiaremos en un rayo de luna.

—Bueno.

Y la Ilusión y el Ensueño, estrechamente enlazados, saltaron las paredes del jardín de la casa del genio que les dió forma en horas febriles de angustiosa inspiración.

¿El escultor? Desolado siguió a sus creaciones. Estas llegaron a lo que hoy es entrada de las cuevas del Drach. Penetraron en ellas. La transparente luminosidad de sus cuerpos guiaba al desgraciado artista, que ni siquiera reparaba en las maravillas que encierra la admirable gruta. Sólo al llegar a lo que llaman ahora «Sala de recepción», quedó ganado por el encanto indescriptible.

Te advierto, Carmina, que valía la pena. La Princesa Ilusión quiso proporcionar a su bello compañero una sorpresa agradable. Rogóle no se moviera y se internó sola por aquel dédalo de estalagmita que parecen cactus gigantescos, columnas truncadas de todos los órdenes de la arquitectura griega, falos monstruosos, agujas góticas de una arrogancia, un atrevimiento y una esbeltez soberbias, y, ocultándose en una anfractuosidad, agitó en el vacío sus manos liliales. Por cada uno de sus dedos brotó un verdadero surtidor de luz, y aquello fué una revelación. Un lago verde, de purísimo cristal, mostró su limpidez y su serenidad. Las estalactitas que penden de las bóvedas, excrecencias de la tierra o lágrimas de piedra que al cristalizar se convirtieran en agujas de alabastro transparente, todo aquel rincón de ensueño, concreción lograda y fastuosa de una locura artística de la Fantasía, revelado de improviso por los dedos lumínicos de la Ilusión, parecía la más admirable decoración de una comedia de magia.

El artista se frotó los ojos temiendo ser víctima de una alucinación. ¿Soñaba? ¿Era aquello un delirio de su mente sobreexcitada? ¿Quién pudo concebir el capricho y tuvo el poder y el buen gusto de tallar en la roca viva y en las entrañas de la tierra aquella ma-

ravilla? Porque no era lo que contemplaba un artificio del sueño. Allí estaban los encajes de alabastro que fingían las estalactitas y el bosque de extraña flora que formaban las estalagmitas de todas formas y tamaños. Lagrimeo de las rocas, agua petrificada que en centenares de siglos de trabajo incesante habían ido convirtiéndose en aquel prodigio muy superior a cuanto los poetas del fastuoso Oriente nos cuentan y describen en *Las mil y una noches*.

Ilusión, alada y gentil, sonriente como el alba entre esplendores de nácares, oro, rosa y zafiro, volvió al lado de Ensueño que estaba maravillado. Un momento se abismaron el uno en la mirada del otro y después, esclavos de un mismo deseo, unieron sus bocas y resonó en los ámbitos el suave y dulce chasquido de un beso.

Graciosamente enlazados por el talle, continuaron la exploración, seguidos siempre por su creador. Por la vista de éste desfilaron multitud de maravillas. Criptas graciosas y originales en cuyo interior un imaginero misterioso y genial se había complacido en tallar vírgenes del rito cristiano. Agrupaciones de estalagmitas que parecían flotar sobre lagos azules y entre las cuales, forzando un poco la imaginación, no es difícil ver torsos perfiles y pechos de diosas antiguas. Agujas piramidales de templos, de una esbeltez inverosímil, enhiestas como lanzas. Arcadas arrogantísimas de catedrales góticas. Rincones que recuerdan la despensa bien provista de algún gigante glotón, puesto que las estalactitas adoptan la forma de jamones monstruosos, bacalaos, embutidos, frutos exóticos. Monstruos marinos. Focas. Dragones que trepan por columnas que traen a nuestra memoria la rugosa corteza de un árbol. Estalagmitas rematadas en penacho que imitan a las palmeras orientales. Grupos escultóricos de una perfección insuperable. Nuestro artista creyó ver, miniaturada, la montaña de Montserrat, el altar de la Pilarica y hasta un gigantesco órgano de iglesia. En algunos sitios le oprimió cruel angustia. La piedra daba la impresión neta del sufrimiento humano. Las estalactitas se contorsionaban y retorcían atravesadas por millares de agujas y venablos como si fueran prisioneros de guerra de una horda salvaje y hubieran acabado de sufrir el suplicio del poste. En otros, la sensación era de fiesta. El trabajo paciente de las aguas filtradas con lentitud y cristalizadas, quién supiera a través de cuántos milenios, había creado encajes y puntillas finísimos, con calados afiligranados y de caprichoso y

variado dibujo. Graciosos arabescos. Gallardetes y banderolas que diríase ondulaba el viento.

Al prodigioso desfile de escenas de magia, uníase el realce que prestaba a todo la travesura, el ingenio fecundo y los artificios de la Princesa Ilusión. Así, por ejemplo, cuando llegaron al lugar que hoy se denomina del Infierno, la diosa damita separóse de su compañero y situóse en el centro de la oquedad que parece el desgarrón violento producido en la luna de un espejo que chocara contra un cuerpo duro. Agitó sus manitas y todo se iluminó de azul eléctrico. Después, graduando los efectos de luz de modo que recorrieran toda la gama cromática, fué matizando la escena y creando admirables mutaciones y juegos caprichosos que a cada instante hacían más bello y atrayente el hermoso lugar. Ya parecía el sol hundiéndose entre pelotones de nubes cárdenas y relampagazos de incendio en la laguna de oro del ocaso. Ya una aurora boreal alzándose en la lechosa palidez de la eterna noche del polo. Ya una alborada de abril en nuestro abrupto y jugoso paisaje montañoso. Aquel infierno, iluminado por la Ilusión para maravillar al Ensueño, era una Gloria auténtica, Carmina, puedes creerme.

Pues, ¿y lo que se conoce hoy por el nombre de la «Sala del Trono»?

Allí, las estalactitas y las estalagmitas se han combinado de tal suerte, que verdaderamente parece el solio imperial de un señor todopoderoso, tallado con derroches de alabastro, jaspe, oro y mármoles. Una serie de columnitas iguales y paralelas forman los laterales del magnífico estrado. Del techo penden millares de hilos pétreos que dan la sensación de cristales prismáticos dispuestos de manera que forman un dosel de dibujo raro y singular. Delante se alinean de tal guisa las estalagmitas, y tan primorosamente se escalonan de menor a mayor, que no ha de esforzarse uno mucho para ver con toda realidad la escalinata del trono. ¡Qué te diré si hasta la silla imperial existe!

Pues bien. Sobre lo que podemos llamar silla imperial se situó la Ilusión. Levantó los brazos en un gesto lleno de gracia y aquello fué lo más sorprendente que puede imaginarse. Toda ella se convirtió en luz. Con la particularidad de que a su conjuro se veía con asombrosa nitidez la escalinata de blanquísimo mármol; las columnas de los laterales, de jaspe, alabastro y granito rosa; el dosel, de berilo, con las colgaduras prismáticas reflejando todos los colores del arco iris, y la silla de oro pulido, resplandeciente y fina-

mente cincelado. ¡Espectáculo maravilloso! La Ilusión, surtidor de luz refulgente, animando los prodigios de una gruta encantada.

¿Y el famoso «Baño del Sultán»?

En tal lugar, Ilusión se hizo invisible. Deslizóse por una hendedura, y oculta tras un macizo, emitió luz verde, aunque poco intensa. El bosque de estalactitas y estalagmitas iluminóse tenuemente acusando apenas sus líneas soberbias, pero el lago, piscina de cuento de hadas, mostró todo su esplendor. Verde como la veste vaporosa de la Esperanza y claro como el cristal, evoca ensueños de ondinas y náyades de carnes nacaradas, palacetes submarinos en donde reposan seductoras sirenas de ojos de esmeralda y bustos arrogantisimos de mujer hermosa, hechos de espuma de mar, de ámbar y de polvo corallino. En algunos sitios agita la quieta superficie la caída incesante de una gota de agua, y uno piensa en una araña que después de tejer su tela sobre un tul transparente quedara prisionera en su propia red y se debatiera en vano para escapar de su prisión. Y también en un surtidor que emergiera del fondo y apenas aflorara a la superficie comunicando a las aguas tranquilas aquel hervor de buen efecto.

Pero donde el artista creyó sobrepasar a la admiración misma fué en el llamado «Lago Martel».

No es cualquier cosa ese lago. Mide doscientos metros de extensión y en algunos puntos alcanza profundidades de doce metros. Como sus aguas son tan claras y cristalinas y no las riza el más leve soplo de la brisa, tienes que tocarlas con tus propias manos para creer en su realidad.

Ilusión y Ensueño improvisaron una embarcación y recorrieron en ella el bello lago. Claro que el artista no se quedó en tierra. Viaje de ensueño, serpeando entre un laberinto de columnas y lagrimones de piedra. Las colgaduras —rosarios de lágrimas cristalizadas— que penden del techo de la gruta, se reflejan en la líquida superficie y cree uno que la barca boga sobre las puntas aceradas de millares de agujas clavadas en un acerico descomunal hecho de terciopelo verde. En el centro del lago y sirviéndole de pedestal una estalagmita que parece una piña colosal, se ergue pleno de gracia y armonía un grupo escultórico de una perfección tan lograda, que cuesta trabajo admitir que no es obra de la mano del hombre. En una estrechura, entre filosas agujas, exhibe su graciosa deformidad física un buda pensativo y extático. Sería mucha presunción la mía si pretendiera darte

una idea exacta de las incontables maravillas que nos salen al paso en ese viaje en barca por un lago que duerme en las entrañas de la tierra y que no parece real. Sólo he de decirte que el espíritu se sobrecoge, involuntariamente se baja la voz y, ganados por el secreto hechizo de la Belleza, nos invade una emoción de estirpe religiosa.

Cuando hubieron recorrido el lago, saltaron a tierra. Aun había de presenciar otro prodigio nuestro artista. Cerca del «Baño del Sultán» se ve una serie de estalactitas de diferente grosor que casi tocan al suelo. Allí se arrodillaron Ilusión y Ensueño, y jugueteando como niños golpearon las estalactitas, que emitieron sonidos de una armonía dulcísima, dando margen a que improvisaran un magnífico concierto de xilofón, que resonó en los ámbitos de la cueva como una sinfonía de serafines ante el trono de nubes de un dios artista.

Pero, ¡ay!, la bella melodía abstraigo al escultor, que cuando volvió en sí se halló solo y sumergido en la impenetrable oscuridad como en un lago de tinta china. Ilusión y Ensueño habían desaparecido.

No se explica cómo pudo salir de la gruta prodigiosa. Quizá le dió ánimos y clarividencia el deseo de encontrar de nuevo a sus bellas creaciones. Lo cierto es que salió. Acariando una última esperanza penetró en su casa y se encaminó al estudio. No estaban allí sus dos mejores esculturas. Habían desaparecido para siempre.

Desde entonces el pobre artista vagó como un alma en pena por los alrededores de las cuevas.

Aun hoy, los que las visitan, no distan mucho de creer que en aquella decoración de magia es donde encontrarían albergue adecuado la Ilusión y el Ensueño...

● ● ●

Ya está, Carmina. Mi cuento ha concluído. Mañana van a llevarte tus papás a visitar las famosas cuevas del Drach. Si preguntas al guía quién descubrió aquellas maravillas, te dirá que unos cazadores guiados por la casualidad. Aunque quizá sea ésa la verdad, no le creas, Carmina. Es más bello que des crédito a mi relato y aceptes que allí tienen su palacio la Ilusión y el Ensueño. Acaso no es cierto, pero es poético, y tengo para mí que en tu almita encantadora mejor debe vivir la Poesía que la Verdad, áspera y austera. No le creas, Carmina. Tiempo tendrás de conocer la verdad. Ahora, sueña. Es mejor.

# Al día con la Ciencia

Una experimentación sobre el tiempo

Alfonso Martínez Rizo

## Ciencia y filosofía



El doctor Isaac Puente, en su folleto *Hipótesis, experimentación y perfeccionamiento*, publicado en «Una hora de lectura» por Ediciones Horizonte, dice hablando de los dos métodos de razonamiento, inductivo y deductivo:

«La ciencia es un cúmulo de ideas generales reposando sobre una enormidad de observaciones, de hechos y de fenómenos. Recogiendo, como si fueran ladrillos, hechos particulares, edifica con ellos construcciones lógicas que tienen la solidez y la firmeza que les prestan los materiales empleados. La filosofía es, al revés, una colección de principios universales, aceptados previamente como ciertos, con los que se trata de interpretar la Naturaleza y los hechos particulares.

«La ciencia usa de los dos métodos. Unas veces, de la observación de los hechos y fenómenos, sienta principios generales que luego trata de ver si confrontan en la interpretación de hechos nuevos. Otras procede en distinto sentido; supone cierto un principio, porque permite explicar ciertos hechos raros; entonces edifica una hipótesis, que se trata de comprobar, viendo si permite explicar todos los casos semejantes y tratando de llegar al mismo principio por la acumulación de hechos de observación. Pero, sea cualquiera el orden en que proceda, usa siempre de los dos métodos y no prescinde nunca del método inductivo.»

La ciencia y la filosofía, tan clara y precisamente delimitadas en los anteriores párrafos, tienen ciertos puntos de contacto por cuanto ambas se han de ocupar de los elementos constitutivos del mundo físico y, al hacerlo, la ciencia le presta a la filosofía mucho de su rigorismo, de su exactitud.

El mismo sueño filosófico de que hablábamos en nuestro anterior artículo «Astronomía», no es sino un principio general o universal capaz de dar nacimiento a todo un sistema filosófico, pero fundamentado en el conocimiento adquirido por la ciencia sobre la constitución de la materia.

Al ocuparnos del tiempo, uno de los elementos constitutivos del mundo físico, veremos cómo la ciencia también ayuda a la filosofía. Por tales caminos, la filosofía puede prescindir de dogmatismo y hacerse racionalista.

## Los tres conceptos fundamentales del mundo físico

Espacio, tiempo y materia: he aquí los tres conceptos fundamentales del mundo físico. Movimiento, velocidad, fuerza, energía... Todos estos conceptos se derivan de los tres primeros, y energía quiere decir también calor, luz y electricidad, así como afinidad química.

El movimiento no es sino una variación del espacio con relación al tiempo, y el movimiento de la materia es energía, que puede tomar numerosas formas. Sobre estos elementos fundamentales, la ciencia ha podido sentar dos principios indiscutibles comprobados con absoluta certeza: el principio de la conservación de la materia y el principio de la conservación de la energía. La teoría eléctrica tiende a establecer la identidad entre energía y materia. Ya veremos después las consecuencias filosóficas de esta identificación.

Del hecho de que los tres elementos fundamentales del mundo físico sean el espacio, el tiempo y la materia, se deriva el sistema general de unidad, llamado cegesimal y designado abreviadamente por las letras *c. g. s.*, iniciales de las tres unidades fundamentales: el centímetro, el gramo y el segundo.

Partiendo de estas tres unidades fundamentales, se pueden obtener todas las unidades derivadas. Así, la unidad de superficie, es el centímetro cuadrado; la de volumen, el centímetro cúbico; la de velocidad, el centímetro por segundo; la de aceleración, la aceleración que en un segundo produce la unidad de velocidad, o sea, centímetro por segundo y por segundo; la unidad de fuerza, la que ocasiona la unidad de aceleración a un gramo; la unidad de trabajo, la unidad de fuerza recorriendo un centímetro...

Refiriéndose al sistema cegesimal se dice que cada elemento tiene sus dimensiones, que son los elementos fundamentales que contiene. Ejemplo: las dimensiones de una velocidad son  $\left[\frac{c}{s}\right]$  y las de una aceleración,  $\left[\frac{c}{s^2}\right]$ ; las de una fuerza,  $\left[\frac{c g}{s^2}\right]$ ; las de un trabajo,  $\left[\frac{c^2 g}{s^2}\right]$ .

También, y más generalmente, se emplean para expresar estas distancias las mayúsculas L, para las longitudes; T, para tiempo, y M, para masa, y las letras que van en el denominador se pasan al numerador con exponente negativo y así, las dimensiones son:

Velocidad ... ..	$[L T^{-1}]$
Aceleración ... ..	$[L T^{-2}]$
Fuerza ... ..	$[L T^{-2} M]$
Trabajo. ... ..	$[L^2 T^{-2} M]$

Fundándose en estas dimensiones y en que las fórmulas deben ser homogéneas, se obtienen deducciones importantes. Véase un ejemplo:

Se ha comprobado experimentalmente a la presión atmosférica, que la resistencia opuesta por el aire al movimiento de un plano es proporcional a su superficie y al cuadrado de la velocidad.

$R = M S V^2$ . Siendo R, resistencia; M, un coeficiente numérico; S, superficie y V, velocidad.

Ahora bien: R es una fuerza y sus dimensiones son:

$$[L T^{-2} M]$$

mientras que el segundo miembro tiene por dimensiones las de una superficie, que es  $[L^2]$ , y las del cuadrado de una velocidad  $[L T^{-1}]^2 = [L^2 T^{-2}]$ , y en total:

$$[L^4 T^{-2}]$$

Para que el segundo miembro tenga las mismas dimensiones que el primero hay que multiplicarlo por

$$[L^{-3} M]$$

o sea por una masa dividida por un volumen, lo que es una densidad, y esto indica claramente que la resistencia del aire es proporcional a la densidad de éste, que varía con la presión y la altura.

Para las unidades eléctricas hay dos sistemas: el electrostático y el electrodinámico.

En el primero se toma como unidad fundamental la cantidad de electricidad que atrae a otra igual y de signo contrario situada a un

centímetro de distancia con la unidad de fuerza, y de esta unidad se derivan todas las demás correspondientes a potencial, fuerza electromotriz, resistencia, intensidad de corriente, energía eléctrica, etcétera.

En el sistema electrodinámico la unidad básica es la de corriente y se toma como unidad la de una corriente eléctrica de un centímetro de longitud que atrae a otra igual situada a un centímetro de distancia con la unidad de fuerza.

Ahora bien; se notó con extrañeza, al ser establecidas estas unidades, que las unidades electroestáticas eran iguales a las unidades electromagnéticas multiplicadas por la velocidad de la luz o sea por  $3 \times 10^{10}$  centímetros por segundo.

Para explicar este hecho planteó Maxwell un sistema de ecuaciones que revolucionaban completamente la teoría de la electricidad; y para comprobar si eran ciertas, lo que suponía que la atracción eléctrica no era instantánea, sino que tardaba en transmitirse lo que tarda en transmitirse la luz, hizo Hertz sus célebres experiencias, de las que se han derivado las actuales aplicaciones técnicas de sus ondulaciones.

Se trataba, sencillamente, en términos matemáticos, de averiguar si debía intervenir  $t$  en una fórmula y, en términos vulgares, si la electricidad era algo que estaba dentro o fuera del tiempo. Y el resultado de esta inquietud, tal vez más filosófica que científica, ha sido, a la larga, la telefonía sin hilos.

Después Einstein ha vuelto a revisar las fórmulas de Maxwell, introduciendo nuevas hipótesis respecto al tiempo, y ha nacido la teoría de la relatividad, comprobada más tarde con observaciones atmosféricas...

### Características del tiempo

¿Qué es el tiempo? No busquemos una definición porque no la hay. Si recurrimos a «lo oficial», a la Academia de la Lengua, nos enteraremos de que el tiempo es «dimensión limitada por oposición a la eternidad». Si recurrimos a los filósofos, nos dirán con Aristóteles que el tiempo es una «entelequia», o sea «una cosa real que lleva en sí el principio de su acción y que tiende por sí misma a su fin propio».

Y el tiempo, que no sabemos ni podemos definir, todos sabemos lo que es, o, al menos, «sentimos» lo que es: no sólo por la acumulación de experiencia personal, sino también, seguramente, porque nuestro cerebro posee hereditariamente el sentido del tiempo.

Pero, para asegurarnos contra todo error, podemos afirmar que el tiempo es algo que sentimos como lo sentimos, y no que sea así, porque la sensación que nos hace experimentar depende del tiempo y de nosotros, de nuestro cerebro.

La característica esencial del tiempo, como la del espacio, es su ilimitación. Nuestra mente no concibe la posibilidad de que llegue un momento en el que desaparezca el tiempo, como no concibe un sitio en el que el espacio se acabe.

En el tiempo, como en el espacio, cabe concebir dos infinitos distintos: uno, la eternidad, y otro correspondiente a lo infinitamente breve, pues todo espacio de tiempo, por corto que sea, puede considerarse como una eternidad al ser posible considerarlo dividido en cuantos espacios queramos, los que serán a su vez verdaderas eternidades.

Lo característico del tiempo para nuestro cerebro es su continuo pasar: tras de un momento viene otro, y lo característico del tiempo es transcurrir.

Pero esto no es más que una sensación nuestra. Las matemáticas, cuando hacen entrar al tiempo en sus ecuaciones, no lo tienen en cuenta, y de ahí pueden derivarse teorías tan peregrinas como la de la coexistencia de todos los tiempos.

Igual que el movimiento sólo se deja ver por comparación con algo que esté quieto y no notamos la velocidad fantástica con que nuestro planeta camina en su órbita, la movilidad del tiempo se nota también por comparación y es relativa. Para nosotros pasa continuamente el tiempo porque a cada momento variamos en comparación con otras cosas que nos parecen inmutables, aunque en realidad no pase el tiempo en vano para ellas.

La vida es una continua variación y renovación, un fenómeno en el tiempo, y éste pasa, precisamente, porque vivimos, porque nos movemos en él, pero, independientemente de esta sensación de movimiento experimentada por nosotros, todos los tiempos pueden coexistir.

Si, como parece comprobarlo la teoría electrónica y el hecho de la desintegración de los átomos del radium, la materia no es más que energía concentrada, puesto que las dimensiones de la materia se representan por  $[M]$  y las de la energía por  $[M L^2 T^{-2}]$  será necesario que  $[L^2 T^{-2}]$  sea la unidad, y esto puede ser si suponemos  $T = L \sqrt{-1}$ , es decir, si convenimos en que el tiempo es una cuarta dimensión del espacio, igual a las tres que sentimos, pero «imaginaria» respecto a ellas.

La posibilidad de la coexistencia de todos los tiempos explica la posibilidad de la adivinación del porvenir.

### Una experimentación sobre el tiempo

Hace unos seis o siete años leímos un artículo de Wells con este título que nos interesó vivamente y decidimos realizar personalmente dicha experimentación.

Un oficial inglés, durante la guerra del Transvaal, soñó una noche con nimios y espeluznantes detalles una gran catástrofe que pudo leer el día siguiente en los periódicos.

Por determinados detalles, todo parecía indicar que su sueño le había anticipado lo que pudo leer el día siguiente y no el hecho en sí.

Estableció la teoría de que todos los tiempos coexisten y nosotros nos movemos a lo largo de su dimensión ocupando un lugar cada momento, sin poder enfocar sino precisamente ese momento; pero que durante el sueño se ocasiona un determinado desenfoque que permite una visión turbia y confusa de tiempos pasados y tiempos futuros próximos.

Aquí ya no se trata de filosofías, sino de una hipótesis científica más o menos plausible pero susceptible de la aplicación de los métodos científicos de la experimentación. La experimentación, para ver si se repiten casos parecidos; y por el método inductivo confirmar, si es así, la verdad de la hipótesis.

La experimentación, en este caso, consiste en recordar cuidadosamente cuanto se sueña y compararlo con los sucesos del día anterior y del día siguiente.

Recordar lo soñado no es difícil cuando se acostumbra uno a ello, pero hay que tener el cuidado de dejar junto a la cama cuartillas y lápiz para anotarlo al despertar, porque son recuerdos muy tenues que se borran muy pronto.

Mientras se duerme sigue el cerebro funcionando aunque en forma elemental y confusa. Sobre todo, los reflejos que determinan actos impremeditados continúan muchas veces despiertos durante el sueño. De ello depende muchas veces el que pueda uno despertarse a una hora determinada proponiéndoselo firmemente al dormirse. También la facilidad de recordar lo soñado cuando se lo propone uno y, sobre todo, cuando se adquiere la costumbre.

Realicé la experimentación durante un año seguido anotando al despertar los recuerdos

de cuanto había soñado, cosas, en general, disparatadas, pero impregnadas de un fuerte personalismo que me las hacía gratas. Era yo mismo, precisamente yo, con mis vicios y mis virtudes, con mis debilidades y mis fortalezas, con mis miserias y mis grandezas, quien vivía durante el sueño aquella vida desquiciada, grata de recordar.

Desde luego noté —y esto no tiene, al parecer, nada que ver con el tiempo— una determinada repetición de temas, de situaciones y de personajes. Era como si, mientras soñaba, viviera una vida diferente de la otra y algo independiente de ella con hilación propia.

Pero lo curioso era averiguar si se daban casos en los que la visión confusa del sueño correspondiese a hechos ocurridos el siguiente día.

Durante todo un año que duró la experimentación, hubo, naturalmente, numerosos casos que no merecían ser tomados en consideración. El soñar, por ejemplo, que comía, comiendo efectivamente al día siguiente, no probaba nada, porque todos los días comemos. El hecho debía referirse a algún suceso excepcional, insólito, para que no se pudiese atribuir la visión anticipada a simple coincidencia.

Cuatro o cinco casos encontré en aquel año de experimentación que parecían confirmar la verdad de la teoría, y hay que tener en cuenta que hechos insólitos ocurren pocos en un año.

Pero una noche tuve un sueño cuya coincidencia con lo sucedido el día siguiente únicamente podía corresponder o a una enorme casualidad o a una visión previa del día de mañana y, por lo tanto, a la realidad de la coexistencia de todos los tiempos.

Aquella noche soñé que yo era aún oficial del ejército —cosa que soñaba con suma frecuencia— y que, al ser destinado a un batallón, me presentaba, como es reglamentario, a su teniente coronel. Pero soñé también que éste, al recibirme, se puso en pie, me alargó la mano y quiso darme, como una limosna disimulada, tres duros que llevaba en ella.

Yo me encontraba entonces en Madrid ganando un sueldo que, aunque modesto, me permitía atender a todas mis necesidades y, si no con elegancia, vestía decentemente.

Y el día siguiente, a las dos de la tarde, me encontraba yo en la Red de San Luis contemplando el edificio de la Telefónica, entonces en construcción, cuando vi parado ante mí a un antiguo compañero de Academia y de carrera que me tendía la mano. Hacía más de

veinte años que no nos habíamos visto y él era entonces teniente coronel.

Y en la mano que me tendía, escondía tres duros que quería darme como disimulada limosna creyéndome en la miseria.

Se explicaba su actitud porque él había sabido que, tras de abandonar yo mi carrera, cansado de militarismo, había atravesado épocas difíciles.

Pero ello es que aquella mañana ocurrió el hecho, para mí insólito, de que un teniente coronel me tendiera su mano ofreciéndome tres duros que, claro, yo no acepté, y de que la noche anterior soñara yo que otro teniente coronel me tendía su diestra en la misma forma y condiciones.

### Tema interesante

La experimentación es fácil de hacer y, además, resulta distraída. Y no requiere aparatos, ni preparación previa, ni nada más que buena voluntad y constancia. Y el tema es muy interesante, ya que se trata de saber, no ya si es posible que en sueños se pueda vislumbrar el porvenir, sino si todos los tiempos coexisten y su fugacidad es meramente un accidente cerebral nuestro, consecuencia de que la vida no es más que un incidente en el tiempo correspondiente a nuestra continua variación dentro de él.

Es interesante el tema, y la experimentación, fácil y distraída. Por eso nos hemos extendido en detalles nimios. Pudiera ser que algún lector de ESTUDIOS quisiera continuarla y pudiera aportar datos verdaderamente útiles.

Puede, indudablemente, darse el caso de que un observador sea más eficaz que otro. Puede haber quien duerma más intensamente; quien desenfoque más durmiendo; quien tenga más capacidad para soñar lo que sucederá al día siguiente o varios días después, y quien tenga más retención, más memoria y se acuerde mejor de lo que ha soñado, y quien tenga en su vida más hechos excepcionales, que son los que pueden señalar con eficacia los resultados de esta experimentación.

A todos se la brindo con las sugerencias que se desprenden de todo lo dicho en lo que —como habrá apreciado el lector— se mezcla la filosofía con la ciencia. Pero no la filosofía dogmática que debemos repudiar como absurda por ser anticientífica, sino una filosofía racionalista que trata de explicar lo que es la vida de acuerdo con los descubrimientos de la Ciencia y por sus procedimientos experimentales como elementos de comprobación.



## El Invierno

Por MONLEÓN

*Nieve en las cumbres; frío en los corazones. La frivolidad y la estulticia danzan en macabra unión con el hambre. Ojalá el sol de la Justicia desvanezca, con el Amor y la Bondad de sus rayos vivificadores, la frigidéz inicua de la sórdida Avaricia...*

# El arte y la autoridad

Gérard de Lacaze-Duthiers



De todas las formas de la autoridad, aquella que pretende dominar al arte y al artista es, sin ningún género de duda, la más aborrecible.

¿Cómo podría quedar sometido el arte, el arte que pertenece al mundo de la fantasía y el ensueño, a las exigencias de esa cosa incolora, mecánica, rancia, exenta del hechizo de lo inesperado, que se llama autoridad?

Entre el arte y la autoridad media un abismo. Uno y otra son las representaciones de dos orbes distintos, diametralmente opuestos.

Entre todas las formas de la vida, la más variante, la más cambiante, es el arte. El arte no se da un momento de reposo. El traduce cuanto de más libre y más viviente hay en el individuo; él se orienta a cuanto en aquél hay de más humano.

El arte camina en un perenne avanzar; modificándose a sí mismo, rectificando sus puntos de vista; está imposibilitado, por esencia, para detenerse ante una tradición prescripta, ante una estética preestablecida.

Cada época del mundo ha producido un arte, su arte, que ha sido siempre el más alto exponente de ella. El arte es para cada época el testimonio de su grado más elevado de libertad y de sinceridad. El arte es la antorcha que ilumina, ante la humanidad, el sendero de un destino mejor...

El arte es algo fundamentalmente, esencialmente inquieto; y no puede conformarse con fórmulas hechas ni obedecer a rígidos preceptos, producto, unas y otros, de pseudoartistas faltos de inspiración y genio.

El artista, el verdadero artista, lucha, sufre, se debate íntimamente por darse íntegro en su obra; exprime en ella lo mejor de sí mismo, lo que precisamente le diferencia de la mayoría, del rebaño; lo que cifra su personalidad. La autoridad, entretanto, se esfuerza, pugna, por impedir a todo trance esa eclosión espontánea que es la obra artística. La autoridad tiene a su favor, en su apoyo, a los regímenes políticos todos, cualesquiera y como quiera que sean; inclusive a aquellos que pretenden proteger al arte y fomentar su esplendor. La autoridad actúa sobre el creador de la

obra artística, obligándole a aplicar determinados preceptos, determinadas tendencias—hay una estética de Estado, lo mismo que hay una moral, una religión y una política de Estado, y en relación con éstas—. Asimismo, la autoridad actúa sobre el espectador de arte, en tanto que lo enfrenta con una concepción de la vida, con unas tradiciones, con unos prejuicios, que no encontraría en un arte sincero y libre, pura emanación del individualismo, emancipado de todos los dogmatismos.

Observad cómo el artista verdadero, libre, cuando aborda ciertos aspectos, por ejemplo, cuando describe las lacras de la burguesía, produce una cierta repulsión, no como la que produciría un cura moralista, sino como la que sentimos ante una realidad repulsiva. Esta sensación subjetiva es simplemente la principal belleza, el *quid* expresionista de la obra.

El mismo tema, tratado por un artista oficial que, en vez de en la preocupación artística, habríase inspirado en la preocupación moralizadora, ofrecería al contemplador, simplemente, una banalidad descorazonadora. Forma y fondo resultarían paralela e igualmente mediocres. Dicho de otro modo: El artista sincero no busca más que la belleza y con la belleza únicamente, con ella sola, produce un efecto en el espectador que lo instruye y lo emancipa, en tanto que el artista «reglamentado» va hacia su *fin* por medio de la mediocridad.

La autoridad es el enemigo del arte. Este, como todo lo demás, no es empleado por ella si no es para hacerse obedecer. La belleza es la última de sus preocupaciones. Engendrar ciudadanos dóciles, diferenciar en ellos todo rasgo de personalidad, tales son los fines primordiales de la autoridad en materia de arte.

El artista plantéase ante sí mismo esta cuestión: «¿Por qué medios lograré obtener una belleza que pase desde mi obra hasta el espíritu del espectador?» Con lo cual ya se convierte en crítico de sí mismo. Y, para lograr esa belleza que hará del espectador un ente igual al creador, al aproximar a ambos, paternalmente, en una misma concepción de la vida, el artista independiente de toda cama-

rilla, el artista que habrá roto con el medio ambiente —Estado, tradición, etc.—, este artista se *dará* íntegramente en su arte —literatura, música, escultura...—, no siguiendo a otro maestro que a sí mismo.

Este significará el primer paso dado hacia aquella belleza sin la que no es posible la obra de arte imperecedera.

Evidentemente, el artista puede vacilar, titubear; por algo del verdadero artista puede decirse que es un investigador que se aventura por un camino inédito por el que nadie ha transcurrido antes que él. El artista realmente digno de este nombre, no aspira a la perfección de un solo golpe, del primero: su técnica se modifica gradualmente; él corrige su obra una y otra vez; la rectifica, la retoca; jamás satisfecho, volverá, si es preciso, a comenzar de nuevo, con ahinco, con tesón, con testarudez si queréis. Esta inquietud ya es el síntoma de que el artista marcha por la vía segura de la verdad estética; gran drama íntimo, esta inquietud atormentadora, que jamás conocerán los mediocres, para quienes el afán grosero de satisfacer a la clientela prevalece sobre todos los otros divinos afanes.

Primer elemento que rebela la auténtica belleza de una obra de arte: la sinceridad. Una sinceridad como aquella con que el niño se entrega al dolor y a la ventura. Segundo elemento: la vida. Una obra sin vida no será jamás bella; no nos dirá nunca nada; a nada afectará. Nuestro cerebro no se elevará a su contacto. Solamente la vida es capaz de comunicar belleza a la obra artística. Sin vida, la obra es algo que no existe. No importa que la obra resulte desigual —sin unidad, sin la unidad horaciana inclusive—; si la obra *vive*, ella será superior, notablemente superior a esas obras que llaman *equilibradas*. Tercer elemento: armonía entre la intención y la expresión. Si la finalidad que el artista persigue es elevada y generosa, no será lograda cuando la obra esté mal construída y resulte mediocre y banal. Sin técnica, no hay obra de arte. Por otra parte, una obra cuya técnica sea impecable no perdurará si no entraña algún sentimiento. Porque ¿puede concebirse la técnica sin la vida? ¿No han de encontrarse una y otra íntimamente asociadas para la creación de la obra artística?

La obra suprema de arte será aquella en que la ejecución y la intención se correspondan: he aquí la armonía entre fondo y forma que engendra las obras perdurables.

Ante la contemplación de tales creaciones el espectador se sentirá emocionado y, a no ser una *bestia*, no podrá menos de aprehender

toda su magnitud. No se detendrá a analizar la índole de la emoción sentida; no tendrá tiempo para ello; la obra le arrebatará, se apoderará de él, se convertirá en él mismo y él en ella. A la manera como por amor el objeto y el sujeto se funden en un solo ser, quedarán fundidos autor y espectador. La obra habrá servido de agente de enlace entre dos sensibilidades.

En cuanto a aquellos que no hayan sentido así la belleza de la obra artística, tanto peor para ellos; burgueses o proletarios, no surgirán jamás de la nada en que están sumidos. Su mentalidad no se modificará. Pero, pues la obra existe, ya bastará como testimonio de una individualidad creadora, como demostración de que hay *algc*, en el seno de nuestra desdichada Humanidad, que busca el Bien...



Y ¿qué decir de la crítica? ¿Cuál será la misión de la crítica, no de esa crítica limitada y mezquina que ya conocemos demasiado, sino de esa otra crítica elevada y eficiente que nunca nos será lo bastante conocida? Misión suya será, pues, iniciar a las gentes en el conocimiento de esas obras de arte que escapan a las clasificaciones y encasillados ordinarios y que, rompiendo las ataduras de la estética tradicional, vuelan a posarse sobre las cumbres de todas las épocas. El crítico ha de ser, al mismo tiempo, artista sobrio; han de aliarse en él inteligencia y sentimiento. En el descubrimiento de lo bello, su sentido y su razón procederán acordes.

La obra, concebida en sí misma, contiene leyes constitutivas de belleza. Estas leyes radican en las más diversas obras. Misión de la crítica es encontrarlas allí y extraerlas de su alvéolo. Su ciencia no habrá de impedir al crítico el hallazgo de las cosas bellas, porque su sentimiento le inundará el ser de sensaciones de belleza. La crítica es la más elevada manera de la contemplación artística. Los lectores a quienes se dirige la crítica aprenderán por ella a modificar sus juicios y a educar su sensibilidad.

Todo individuo que contempla una obra de arte, pone en la contemplación lo mejor de sí mismo. Al contacto de la obra, descubre la propia personalidad.

El pastor que vigila su rebaño en los páramos desolados de la Gascuña, se sentirá conmovido ante una bella puesta de sol y en el fondo de su alma aleteará la sensación de lo infinito. Si, por acaso, visitara después las salas de un museo, se emocionaría como se ha

emocionado ante la puesta de sol. Esta emoción, esta turbación instintiva, es el primer grado de la comprensión artística: Es un germen de crítica, rebullendo en la conciencia humana. Un perito descubrirá en el arte maravillas que pudieren escapar al examen —más que examen, visión— del pastor de la Gascaña; pero éste ha gozado a su manera del objeto contemplado.

El crítico, en fin, juez supremo en materia de arte, predispuesto, por una extensa educación a comprender todas las formas de la belleza, situará a la obra artística en su atmósfera peculiar, en su propio elemento; la desintegrará, descomponiéndola en sus primitivas partículas, para recomponerla y reintegrarla, después de haber encontrado al medio que la produjo y al autor que la creó. Esto será una razón más para amarla y para comunicar a los otros parte de este amor de admiración.

Para anular la obra nefasta de la autoridad en materia artística, se necesitan críticos serios, conscientes de su papel, percatados de su misión; críticos que sean artistas verdaderos. Porque precisamente esa intervención nefasta de la autoridad, se ejerce de una manera constante sobre el individualista que ha optado por *entregarse* en su obra, es decir, sobre el artista puro.

La autoridad es el fantasma que acecha al artista bajo todos los disfraces: tras la forma de la moral, tras la forma de la política, tras la forma de la sociedad. Tras de la primera, convierte al arte en vehículo de ideas muertas. Le está vedado al artista abordar ciertos temas porque son *inmorales*. Habrá de atenerse a la descripción de un mundo limitado, el mundo de las «gentes sensatas», y abstenerse de describir escenas licenciosas reprobadas por esa moral. No tiene derecho a elegir. Ha de girar siempre dentro del mismo círculo vicioso. Nada de aventurarse a pensar por cuenta propia. Para que la moral navegue viento en popa, el artista debe ir a la deriva de las ideas hechas.

El arte, confundido con la moral, acabará siendo el perfecto manual del ciudadano inconsciente e inorganizado.

Todo artista que hubiese violado las leyes de la conveniencia o combatido con su obra determinadas instituciones, será conducido ante los tribunales. Y asistiremos a ridículos procesos en que lucharán frente a frente la sociedad y el individuo, éste en reivindicación de su derecho a pensar libremente bajo la forma que mejor le convenga. Todos los grandes artistas, esos de quienes la burguesía está or-

gullosa, a los que erige estatuas al morir después de haberles martirizado en vida, todos estuvieron en pugna franca con esta moral inmoral que pretende imponer a los individuos un pensamiento uniforme y una conducta idéntica.

¡Cuántos errores judiciales en materia artística no responden a esta necia confusión del arte con la moral!

¿Será preciso recordar —no hablando más que de nuestro tiempo— los procesos seguidos contra Flaubert (por el *delito* de haber representado a madame Bovary paseando en coche con un caballero), contra Baudelaire, los Goncourt, Barbey d'Aureville, Richopin..., Verlaine, Bonnetain, Descaves, Maupassant, León Cladel, Camille Lemonnier, Roaul Ponchón, Louis Desprez, Paul Adam, Rachilde, Victor Margueritte y tantos otros?... En este orden de cosas, nuestra República no tiene nada que envidiar al viejo Imperio ni a las antiguas Monarquías.

Bajo el régimen republicano la Justicia (?) ha caído con todo su rigor sobre un Willette, un Forain, un Steinlen, un Jean Veber, un Grandjouan... Como bajo el Imperio y bajo la Realeza, hemos visto cómo los jueces condenaban, en nombre de la moral, obras de arte que ellos eran incapaces de comprender.

El arte no tiene nada que ver con la moral. El arte burla a la moral, no la reconoce, no quiere saber nada de semejante endriago, Y, si por casualidad la encuentra en su camino, la despoja de sus facultades de importunar. Es una compañía que el arte repele *motu proprio*; sus chocheces de vieja no ofrecen para él encanto alguno.

Si el arte alza un muro entre sí mismo y la moral, tiene razones más fuertes para hurtarse a la política, tan páfida como aquella.

La política, que priva a los individuos de ser *ellos mismos*, que no les autoriza el derecho a usar su «yo» específico, cohibe a la obra de arte por cuanto tiene de libertadora, por cuanto despierta en el espectador a su ser libre. El arte ignora la política lo mismo que ignora la moral; no le interesan sus leyes ni sus decretos. ¿Acaso siendo su propio maestro no es también su propio juez? El arte, en tanto es la sinceridad misma, no tiene por qué ir a remolque de ningún partido político, integrado por individuos dispuestos a negarse a sí mismos cada mañana y cada noche, desprovistos de toda responsabilidad.

Cuando oímos los elogios que se prodigan a la autoridad en el arte, encomiando su acción bienhechora —que salvaguarda «las eternas leyes del arte»— no podemos menos de

sonreír. Eso no quiere decir nada; son frases hechas de palabras vacías. En la práctica, y en la teoría también, la acción de la autoridad es completamente estéril. Sería craso error creer que el Estado protege a los artistas o alegar que se preocupa de la conservación de las obras de arte. Los museos no son otra cosa que necrópolis, y los monumentos históricos se desmoronan en ruinas (las restauraciones, por lo demás, quedan por debajo de toda calificación).

Ni siquiera protege el Estado al paisaje, que abandona a las conveniencias mercantiles, para que los más bellos lugares queden destruidos por tapiales o fábricas. El dinero no va a parar a las artes puras; es atrapado por los arribistas que hacen cuanto pueden para enriquecerse, sometiendo sin escrúpulo todas las fantasías a las exigencias de la administración.



La autoridad del Estado influye en el artista no solamente por la moral y la política, sino también por la enseñanza —las Universidades, los Conservatorios, los Institutos, la censura—, manteniendo a sus alumnos entre los límites estrechos de la tradición, confinándolos en los dominios de lo trillado, de lo cien veces dicho y cien veces hecho; imponiéndoles concursos sobre materias arcaicas que han de ser tratadas, además, de cierta manera, y otorgando los premios no a los más artistas, sino a los más hábiles, a los más adaptados. En los programas oficiales, la historia del arte queda relegada al último término, si hay lugar. La estética y la ciencia del arte apenas penetran en las aulas oficiales; se les considera como estudios subversivos, dañinos a los planes de la administración.

Los artistas que se libran de la tradición tal como la autoridad la concibe —porque hay otra tradición respetada y amada por los artistas de todos los siglos: la de la Vida y la Naturaleza— no encuentran ni trabajo ni menciones honoríficas. Sin éstas, desde luego, se pueden pasar perfectamente. En cuanto a aquél, es que renuncian a poblar el universo de «anónimos barbudos» de mármol, a cantar en versos romanceros las hazañas de los brutos convertidos en héroes a fuerza de pasamanería y entorchados.

Al margen de toda intriga, no disponiendo apenas de tiempo que poder perder haciendo antesala en los Ministerios, prescinden de honores oficiales y aun del dinero que podrían proporcionarles los encargos de los prohombres

públicos. El Estado no sabe de su existencia. Si por casualidad se entera de que hay tales artistas, incontinentemente se dispone a fastidiarlos. Basta con tener un poquito de espiritualidad para ser señalado con el dedo oficial como un terrible malhechor. El trabajo intelectual no cuenta para el Estado; es un trabajo que no tiene ninguna importancia. Se encuentran, se arbitran millones para construir cañones y metralla; pero no queda un céntimo para ayudar al sabio en sus investigaciones ni al artista en su creación.

Una visita a un laboratorio, a un museo o a una biblioteca, bastarán a convencernos de que el Estado no hace nada para estimular en sus estudios a los trabajadores intelectuales.

La estulticia, la estupidez de la autoridad ha llegado a eliminar de un salón de pintura una escena de alumbramiento, calificándola de *obscena*; a cubrir con un velo el desnudo de una estatua; a quitar de un jardín público una fuente representando al famoso *Mamseken-pis* de Bruselas.

Todos los regímenes políticos son enemigos del artista; ninguno lo tolera; si usan de él es para sus fines particulares e imponiéndole las consiguientes limitaciones. Monarquías absolutas o constitucionales; Dictaduras o Repúblicas, con un pretexto o con otro, han sostenido siempre lucha abierta contra el artista sincero.

Para que un artista sea bien mirado ha de alabar a diestra y siniestra a los hombres que están en el Poder. Se atribuye a Luis XIV haber hecho resplandecer sobre el universo el gnio de Francia. No fué por Luis XIV, sino a pesar de Luis XIV. Racine, muriéndose de hastío; Molière, confinado; La Fontaine, en «real» desgracia; La Bruyère, tolerado a duras penas. Esto ¿es estimular al arte? Esto es *descorazonar* el arte. Rousseau y Voltaire fueron los grandes perseguidos de su tiempo. Y ¿qué hizo la Revolución de Andrés Chenier? ¿Qué ha hecho la República griega para impulsar a los artistas?... La U. R. S. S. como la Dictadura de Mussolini, han aprovechado la virtud educativa del arte para amañer a las masas populares. Los gobernantes de todos los países modelan a sus gobernados con los libros, el teatro, el cine, las artes plásticas. Las mejores obras serán aquellas que más y mejor canten las alabanzas del régimen y más decididamente aprueben su actuación.

Así como el arte no ha de ser moral ni político, tampoco ha de ser social en el sentido que vulgarmente se da a la expresión «arte social». El arte social está siempre al servicio de una moral o de una política. Es un arte

básicamente utilitario, que trata de influir sobre las masas adulándolas. El artista individualista no puede confundirse con el artista social. Este trabaja, en realidad, en propio interés, cuando pretende trabajar en el interés de los demás; aquél trabaja para todos, sin escuchar más dictados que los de su conciencia.

La sociedad —término vago que comprende a los individuos que conviven en grupo, pero que implica una manera gregaria de pensar y una moral colectiva— ha sido siempre la madrastra del artista. La sociedad ha intentado siempre enganchar al artista bajo su banderín igualitario. La sociedad no repara en procedimientos con tal de captar y atraerse al artista. Bien es verdad que nunca logra seducir sino al artista falso que no aspiraba más que a ser agradable a ella, a fin de ganar, a cambio de su sometimiento, determinadas ventajas.

La multitud domesticada no gusta más que de los escritos o de los cuadros que halagan a sus instintos, repudiando todas aquellas obras que le dicen crudas verdades. *Trabajada* por la prensa, esa masa amorfa y endeble que se llama *el público* acaba por no entender nada de la Belleza y confunde todos los estilos.

Toda sociedad tiene el arte que se merece; la nuestra tiene también el que conviene a su índole.

Arte de oropel, fabricado en serie, que no se preocupa más que de agradar, emanado de una estética oficial consistente en una mezcla de tradiciones e innovaciones, el arte de esta nuestra época, de esta nuestra sociedad, nos ofrece con sus producciones, protegidas y patrocinadas por la autoridad, una triste impresión sobre nuestros coetáneos. Poco se preocupan éstos del arte ni del artista, a quien consideran no más que como un simple bufón. (¿Qué son, en realidad, los falsos artistas más que bufones, encargados de la grotesca misión del hazmerreír?) Nuestras buenas gentes no tienen tiempo para leer una bella obra literaria ni para interesarse en exposiciones ni en conciertos que valgan la pena. Si van al teatro es porque allí se puede hacer más fácilmente la digestión.

A estos mercaderes indudablemente *les va oíen* un arte oficial, de bajas aspiraciones.

¿Cómo la autoridad que comprime, que deprime al individuo, desde su nacimiento hasta su muerte, que le cohibe en todos sus actos, no había de ejercer su coacción a propósito del más perfecto de todos ellos, del más libre, del más desinteresado; de ese

acto que es la manifestación de todo lo mejor del individuo mismo, es decir, su obra de arte; la obra de arte que salta sobre todas las barreras, que no admite más leyes que las que ella misma se da, ni más autoridad que la que ella misma se impone, ni más reglas que sus propias reglas?

¿Cómo, por otra parte, dado el poder educador del arte, su influencia sobre las multitudes, no había la autoridad de tratar de utilizarlo para, de acuerdo con sus intereses, paralizar las energías del individuo y, anquilosando su cerebro, mantenerle en constante estado de esclavitud? ¿Cómo no había de servirse del arte para la *elaboración* de ciudadanos dóciles, respetuosos con todas las tradiciones?

Para estos menesteres no faltará nunca a la autoridad el concurso de falsos artistas que no titubearán en prostituir el arte poniéndolo al servicio de cualquier negación, mientras ella se encargará de procurar, por todos los medios a su alcance, ir menoscabando la influencia del artista puro sobre la colectividad, y sustituyendo el arte individualista, emanación de la personalidad de su autor, orientada hacia lo más elevado del ser humano, por un arte utilitario, socialmente simple, que no será otra cosa que un arte antihumanista, adulador de los instintos plebeyos, que contribuirá a mantener al pueblo en su gris mediocridad.

Ya sabemos que el Estado pretende impulsar el arte en todas sus manifestaciones; que el Estado se declara ecléctico; que el Estado se proclama presto a acudir en ayuda de los artistas de todas las escuelas; que niega la existencia de un arte de Estado y de una estética oficial. ¡Cínicas mentiras en serie! Hay y se manifiestan a la luz del día una estética de Estado y un arte oficial. No es a nosotros a quienes pueden convencer las protestas mendaces de ese Estado.



Así resulta perfectamente lógico que la autoridad haga todo lo posible por intervenir también en la crítica, la cual, por su parte, para hacerse digna de tal nombre, debe proceder al margen de todas las autoridades.

El crítico —como dijimos— será un ser sensible y razonable al mismo tiempo; en él concurrirán las más diversas dotes. El crítico, el buen crítico, es un artista en su género. Como tal, no podrá traicionar a sus hermanos en el ideal, transigiendo, para complacer a la autoridad, por elogiar precisamente esto o

aquello. Su imparcialidad le prohíbe negar el interés de las obras puras e inventar lo que no exista. No será él quien diga que tal obra es bella solamente porque la obra en cuestión sirve a los intereses de un partido.

El crítico vendido a la autoridad es un pobre ser vacío de ideas personales y no siente ante las obras más pletóricas de belleza otra cosa que una fría incompreensión. E instintivamente yerra, calificando siempre a los engendros de obras maestras. Pero como este *funcionario* es un elemento importante de un diario de renombre, he aquí que sus juicios no admiten apelación. Los lectores oyen, boquiabiertos, sus afirmaciones hechas en tono de dogma, con énfasis de oráculo, y quedan incapacitados para, en lo sucesivo, discernir lo bello de lo feo.

Nuestros críticos de hoy son comerciantes, no artistas; de ahí el número sin número de las monstruosidades artísticas actuales.

Se concibe, desde luego, el antagonismo entre el arte y la autoridad: él es cosa esencialmente viva; ella, cosa muerta o fincada, inmutable; amortajada con el manto de lo rutinario.

Alfredo de Vigny, en su *Stello* ha demostrado que «hay y habrá siempre antipatía entre el hombre del Poder y el hombre del Arte».

De Vigny pone en boca de uno de sus personajes estas palabras: «Como quiera que el Poder es una ciencia convencional, adaptable al tiempo, y que todo orden social está basado en una mentira más o menos ridícula mientras que, por el contrario, las bellezas de cualquier arte no pueden existir sino derivando de la verdad más profunda, de aquí que el Poder, cualquiera que sea, encuentre una oposición constante por parte de la obra artísticamente pura; de aquí también sus pe-

rennes esfuerzos por comprimir, por reducir al arte.» Y, luego: «Es más difícil organizar un pequeño libro que un gran Gobierno». Y, por último: «Un poeta da su medida por su obra; un hombre atado al Poder no la puede dar, sino por las funciones que cumple.» «El poeta, apóstol de una verdad eternamente joven, produce una constante sombra al hombre de gobierno, apóstol de una vieja ficción.»

• • •

El artista sincero, lejos de halagar a la autoridad, la hostiliza. Así es como Beethoven niégase a inclinarse ante un soberano, alegando que para él no hay más soberano que él mismo.

Cualquiera que sea el aspecto sobre que examinemos la autoridad, veremos que el artista no gana nunca nada aliándose con ella, sino que todo su interés estará en eliminarla.

(Siquiera una vez, si es que ama su arte, si es que se respeta a si mismo, si es que no es un vulgar comediante.)

La autoridad ha sido nefasta para el arte, siempre y en todas las épocas. La Historia nos lo demuestra con una gran copia de ejemplos.

La obra de arte es una fuerza, y de esta fuerza las habilidades y las mañas sólo pueden triunfar por un momento. Después...

La autoridad pasa; el arte permanece.

---

## CONOS EUGENICOS « A Z C O N »

El más eficaz y seguro remedio contra el embarazo. El producto por excelencia para la higiene íntima de la mujer, y un poderoso profiláctico contra las enfermedades venéreas.

Caja con 12 conos, 5'50 ptas. Envíos por correo, 6 ptas. Envíos a reembolso, 6'50 ptas.



# ¡No iré! (1)



He ido a ver a un compañero llamado Legrand. Merece su nombre, porque mide por lo menos un metro noventa. Llamo y nadie contesta. Abajo hay un bar cuyo dueño simpatiza con nuestras ideas. Pregunto:

—¿No está Legrand?

—No; se ha ido.

—¿Adónde?

—A la guerra.

—Entonces, ¿él también?

—¿Qué querías que hiciera?

—Que no fuera.

—Anda, cuando te toque, harás como los demás.

—No; no iré.

—¡Ya veremos!

No iré. He tomado firmemente esta decisión. Fueren lo que fueren las consecuencias, no iré a la guerra. No quiero traicionar, no quiero hacer lo que repudian mi pensamiento y mi corazón.

Nos están sumergiendo bajo una propaganda desenfadada, bajo montones de razonamientos nuevos. Pero no he olvidado los otros, y mi conocimiento de la vida no puede hacerme creer en las grandes palabras, en las fórmulas casi magníficas que la retórica oficial o académica ha echado a rodar.

¡La patria!

Mi niñez no fué propicia para infundirme este sentimiento. Mi juventud, tampoco. Recuerdo mucha miseria después de los golpes. Hacia los dieciséis años, en una de mis huídas de la casa paterna, enflaquecía de siete kilos en seis semanas. He comido durante mucho tiempo con diez o veinte céntimos de patatas fritas y pan. Una vez quedé tres días sin comer. El primero, al registrar mi ropa, encontré un mendrugo. Pero había tenido jабón en ese bolsillo, y el pan sabía mal. Un presentimiento me aconsejó no tirarlo. El segundo día, mi buena voluntad se estrelló contra la resistencia del paladar. El tercero, por la noche, el paladar quedó vencido. Comí todo.

¡El hambre, la falta de trabajo! Les conozco bien. ¡Cuántas veces me he paseado, durante el invierno, con el estómago vacío, en el frío, que parecía vaciarlo más aún! Quería llenarlo a pesar de todo, sentir algo adentro. Y me inclinaba en las fuentes públicas, bebía agua con la esperanza de hacer desaparecer esta sensación desagradable, de sentir algo material, llenar u ocupar la sima absorbente cavada por el hambre.

Ocurría lo contrario. El frío del agua aumentaba el de mi cuerpo e intensificaba la necesidad de alimentos.

¡El hambre! Conozco la contemplación de las hermosas y doradas latas de sardinas, bogavante o langosta en los escaparates de las tiendas de ultramarinos, de las empanadas de jamón tan apetitosas, tan crujientes y del *paté de foie* en los escaparates de los salchicheros. ¡Cuántas veces tuve ganas de robar! Un día me decidí. Había no sé cuántos quesos de camembert en el escaparate de un cremero. Pasé y volví a pasar sin decidirme a alargar la mano, y cuanto más pensaba en ello, más ganas tenía. Por fin tomé una de las dos cajitas bajo mi capa y me alejé mirando si alguien me seguía. Pero la cajita parecía muy ligera, y la duda me asaltó. La abrí, esforzándome por conservar alguna esperanza. No valía la pena darme tanto trabajo. Estaba vacía.

Otra noche me he pasado por arriba y por abajo ante una carnicería caballina. Estaban expuestos hermosos trozos de carne. Si pudiese apoderarme de uno, iría a ver a Elena Lecadieu, la buena viejira del *Libertaire* que me cuidaba como a un hijo. Cuando, sabiéndome sin trabajo, me suponía hambriento, me miraba en los ojos y preguntaba:

—¿Ha comido?

—Sí; Elena.

—¿Míreme bien. ¿Ha comido?

—Pero sí, vamos; si se lo digo es que es verdad.

—Venga conmigo.

Me hacía pasar detrás de las dos salas de librería. Allí tenía su habitación. Sobre una repisa de madera había algunos paquetes de tallarines, reserva alimenticia para sí y para los demás. Y no tenía más remedio que esperar que cociera una parte, y no tenía más re-

(1) Capítulo de *El Prófujo*, libro inédito de Gastón Leval que editará en breve ESTUDIOS.

medio que comerlos después. ¡Buena Elena! Moriste también después de Pedro Martín, pero yo no te olvidé.

Y yo decía... (dispensad si interrumpí mi narración), el carnicero estaba en la trastienda; sin duda no hubiera advertido el robo. Pero temí ser visto y encarcelado, y me fui con mi hambre.

Y esto, ¡cuántas veces!

¿Sabéis lo que cuesta dar vueltas al volante de una máquina de doblar hierro durante diez horas cuando no se ha comido hace dos días? Al doblarse para el esfuerzo, es el vientre que flaquea.

He aquí otro recuerdo: Había quedado mucho tiempo sin trabajo, y logré entrar en un taller de calderería en hierro, como ayudante, a cuarenta céntimos por hora. Dos días después me avisan del Sindicato que puedo ganar siete francos por día haciendo de peón en una obra donde sólo trabajan sindicados.

¡Siete francos! ¡Nunca había soñado tanto! Dejo el taller y voy a la obra. Trabajo un día. Todo va bien. Vuelvo al hotel. Vivía en una buhardilla cuyo cielo raso bajaba, siguiendo la inclinación del tejado. Ceno —por lo menos creo haber cenado— y me acuesto. Despierto por la noche. Tengo sobre los pulmones como una barra que me impide respirar. Al amanecer, me siento mal. La barra aprieta más. Por la mañana quiero levantarme: no me aguanto de pie ni puedo vestirme. Me acuesto de nuevo.

Cuando la dueña del hotel venga a hacer la limpieza, le explicaré. Pasan horas. Sangro de la nariz y me seco con la toalla. Y siempre la misma barra, la misma opresión, la misma falta de aliento.

Al lado de mi cuarto, un italiano aprende a tocar el acordeón: rin, ron, rin, run, ran, rin. Un ruido de mil demonios que me exaspera, me enloquece. El acordeón rechina, brama. Tomo como puedo un zapato y golpeo en la pared. El otro comprende que molesta a su vecino y deja de tocar. Me sereno algo. Vuelvo a sangrar de la nariz y la música del acordeón me aturde otra vez.

Pasé así todo el día.

Por la noche no pude dormir.

Al día siguiente me siento peor. La dueña del hotel no sube. Procuro vestirme. No tengo fuerzas para mover los brazos. Entonces me arrastro hasta la puerta, la abro y golpeo con mi zapato tan fuerte como puedo.

Acaban por oirme. La dueña del hotel no quiere ruidos en su casa.

—¿Quién golpea así?

—Soy yo, señora, en el tercer piso. Suba, por favor, estoy enfermo, no puedo vestirme para bajar.

—Bueno, iré.

Vino sólo por la tarde.

—¿Qué tiene?

—No sé, no puedo respirar, sangro por la nariz, me siento tan débil que no puedo estar en pie. ¿Podría ir usted al hospital de San Luis a pedir la ambulancia?

—No puedo dejar mi tienda.

—Entonces, envíeme un poco de leche por favor.

—Bueno, le voy a enviar.

El mozo me trae un litro de leche cruda. Bebo una parte, la vomito una hora después.

Empieza a llover, una lluvia que os anega el alma en tristeza silenciosa y fría como un sudario que llorase. Por el techo roto, las gotas de agua caen al pie de la cama. Me encojo para no ser mojado. En el cuarto vecino, el acordeón chirria y brama. Paso la noche sin dormir. La toalla está empapada de sangre. Sueño despierto, tengo pesadillas.

El tercer día, la patrona no sube. Estamos a cien metros del hospital de San Luis, y no quiere ir a avisar porque le debo dos semanas de alquiler. Habría reventado en esa cama si el mozo no hubiese venido al atardecer.

—Estoy a asueto hasta pasado mañana, ¡si quiere que le haga algún recado!

—Sí; vaya a avisar a un amigo que estoy enfermo. Y escribo como puedo un billete para Ingweiller, secretario del Sindicato de la metalurgia de la calle Grange-aux-Belles.

Este llega una hora después con su mujer. Mira como estoy, grita contra la dueña del hotel, va a buscar agua caliente con ron, y mientras su mujer me la hace tomar, telefona a un hospital, a otro, hasta encontrar una sala con cama libre. Regresa. Su mujer me levanta la cabeza con la almohada, él me da otros vasos de líquido caliente que me reaniman.

Llega la ambulancia. Me visten, me hacen bajar. Tan estrecha es la escalera, que no pueden llevarme en vilo. Me apoyo en los hombros del enfermero que va delante, mientras Ingweiller me sostiene por detrás, bajando en postura acrobática.

Me cargan en el coche y llego al hospital Lariboisiere. Una ayudanta de sala me hace atravesar el patio, subir escaleras, recorrer corredores; llego por fin a mi cama. Me acuesto. Era tiempo. Sin el agua caliente con ron no hubiera caminado tanto.

Estoy en una sala de tuberculosos. De acuerdo a lo estipulado en las paredes, hay

volumen de aire para cuarenta y dos personas. Pero somos sesenta y ocho, con dos enfermeras para todos. Veo pacientes cambiar de camisa. Torsos esqueléticos, brazos espantosamente descarnados, rostros donde ya se moldea la mueca de la muerte. Y los comentarios:

—Este no irá lejos.

—No va a durar mucho.

Mueren dos o tres por día. Nunca desesperamos sin ver una cama cubierta con una sábana blanca. Debajo, una forma humana, rígida. Un enfermo dejó de sufrir. Traen una camilla, llevan al cadáver. Pocas horas después, otro enfermo ocupa el lugar.

Siempre hay lo menos media docena respirando con el globo de oxígeno, los ojos en blanco vueltos hacia arriba, moribundos descarnados inmóviles en su cama. Se van uno tras otro al cementerio o a la mesa de autopsia. ¿Qué piensan, qué sienten los atacados del mismo mal al verlos sufrir?

Todos son pobres. Los tuberculosos del pueblo esperan hasta el último momento para internarse: deben sostener a su familia. E incluso si no la tienen, sólo son admitidos a última hora, cuando su estado es grave, casi desesperado. ¡No importa que la enfermedad los roa, que la muerte instalada en su organismo persiga su adelanto victorioso sin ser combatida! Cuando ingresan, no hay ya salvación.

Estuve quince días en esa sala. Mi pantalón estaba agujereado. Me dieron uno dejado por un muerto. Y salí tan pronto pude de ese lugar donde la mayor parte de los hombres eran moribundos. Felizmente, algunos amigos vinieron a verme y me dieron algún dinero.

Tengo la cabeza llena de tales recuerdos. Y no puedo olvidarlos.

—Si encontrase un monedero con diez, con doce francos!

Era una idea fija en los días de miseria. Se instalaba en mi imaginación, y debía encontrarse a gusto porque no la abandonaba. ¡Era tan bueno soñar!

—¿Qué haría con doce francos?

Primero, comería. Compraría medio kilo de pan, un cuarto de kilo de *paté de foie*, medio kilo de cerezas o cirue-

las. ¡Qué fiesta, gran siete, qué banquete! Creo que mis tripas reían de gusto. No pedía más. Era el máximo de mis aspiraciones.

Luego haría arreglar mis zapatos o compraría un par de segunda mano. Pagaría una semana de hotel y tendría de comer para ocho días.

Esta obsesión duró años. Fué un sueño tan grande como el de un vagabundo anheloso de casarse con una princesa. Miraba, en los días de invierno, con el estómago lleno de agua que sólo aumentaba mi hambre, miraba, al atravesar las plazas o a lo largo de las aceras, si el portamonedas soñado no iba a encontrarse allí. Siempre lo imaginé negro, con una armadura de hierro o acero. A veces no era tan optimista. Había que ser razonable. Me contentaba con dos francos, pero nunca encontré nada.

Dos francos, cincuenta, veinte céntimos de aquella época, ¿sabéis, los bien comidos, lo que esto representa cuando no se ha probado bocado desde hace dos días?

Julito, otro jorobadito que frecuenta el *Libertaire*, me envió un día a comprarle diez céntimos de *paté de foie* y un panecillo vienés. Tenía hambre. No, no tenía hambre, porque una vez extendido el *paté de foie* sobre el panecillo abierto en dos partes, llamó al gato, que apoyó en él las patas delanteras, y empezó a darle bocaditos meticulosamente cortados.

¡Es raro cómo el hambre agudiza el olfato! El olor fino, el olor delicioso del *paté de foie* me entraba y hacía cosquillas en las narices. El gato alargaba el hocico color de rosa, tomaba con delicadeza los pedazos, mientras yo le acariciaba la cabeza haciendo un esfuerzo para dominar mis dedos, que tenían ganas de agarrar todo.

No dejó nada. Seguí acariciándolo, tal vez con la ilusión de acariciar lo que masticaba, runruneando de satisfacción.

Tal fué mi vida desde que salí de casa de mis padres hasta el estallido de la guerra. He citado algunos hechos. Si queréis más, puedo continuar.

¡Defended la patria, defended las conquistas de la democracia! ¡Ira de Dios! ¿Por esto debo dar mi pellejo, renegar de mis ideas?



# Cómo el fascismo "redimió" a la nación italiana

Vicenzo Vacirca



ERTO número de personas hay en el mundo que miran el fascismo con simpatía, porque, aunque les repugnan sus métodos brutales y salvajes, ven en él un sistema político capaz de sacar del marasmo en que ha caído la actual organización económica de la sociedad.

La propaganda hecha por el fascismo italiano durante diez años —campana realizada con gran habilidad, persistencia y derroche de dinero— ha tenido, en ese sentido, un éxito innegable.

Algunas cifras que vamos a reproducir sirven para demostrar lo erróneo de esas simpatías. El ejemplo del fascismo italiano nos señala, por el contrario, cómo no sólo ha sido incapaz de resolver la crisis económica, sino cómo ha contribuido también a agravarla.

Las estadísticas que vamos a reproducir se refieren a la vida económica en general, a la situación de la clase trabajadora y a las finanzas del Estado.

*La reconstrucción económica.*—«Las quiebras y bancarrotas comerciales» son, sin duda, una de las indicaciones más ciertas del estado de los negocios y de la prosperidad económica —o viceversa—. Durante el trienio de 1912-14 —es decir, antes de la guerra— Italia tuvo un promedio anual de 7.150 quiebras comerciales e industriales. Durante el trienio que sucedió inmediatamente a la guerra ese promedio anual bajó a la cifra de 2.100, no obstante el aumento de población y el notable desarrollo económico del país. Durante los dos primeros años del régimen fascista —1923-24— el número total de quiebras fué de 12.980; es decir, una media anual de 6.490 —un aumento del 200 por 100 sobre el período prefascista.

Este promedio ha subido constantemente, año tras año, hasta llegar al número enorme de 12.500 quiebras y bancarrotas en el sólo año de 1931. (Estas cifras han sido publica-

das por la oficina de estadísticas de la Cámara de Comercio de Milán.)

*La reducción de la renta anual es otra prueba de la «reconstrucción fascista».*

Para el año financiero 1925-26, la renta nacional había sido oficialmente calculada en 100.000 millones de liras. El economista Giorgio Mortara evaluaba esa renta, para el año 1931-32, en 68.000 millones de liras —una disminución del 32 por 100—. Los cálculos de Mortara han sido publicados en su «prospettive economiche» (1932) bajo la vigilante censura fascista.

*La batalla del trigo, tan clamorosamente trompeteada por Mussolini, queda juzgada en estas cifras: la importación del trigo extranjero entre el año 1900 y 1914 fué de 11.990.000 quintales, promedio de la importación de cada uno de esos años. En el quinquenio 1922-25, la importación fué de 23.000.000 de quintales por año. En el período 1926-31 (después de la «batalla») el promedio ha sido de quintales 20.640.000.*

En la producción industrial se ha experimentado un ligero progreso; pero nada milagroso y muy inferior al experimentado por Italia antes de la guerra, en un régimen de libertad.

Lo que sigue es un cuadro que contrapone los progresos industriales de Italia durante el decenio 1904-13, y el decenio mussoliniano 1923-32.

## Porcentaje de aumento (+) o disminución (—)

1904-1913. — Comercio extranjero, + 86 por 100; producción de acero + 477 por 100; exportación de productos industriales, + 118 por 100; tonelaje de la marina mercante, + 89 por 100; transporte por ferrocarril, + 54 por 100; reserva de oro, + 95 por 100.

1923-1932. — Comercio extranjero, — 12 por 100; producción de acero, + 46 por 100;

exportación de productos industriales, + 36 por 100; tonelaje de la marina mercante, + 36 por 100; transporte por ferrocarril, + 23 por 100; reserva de oro, — 40 por 100.

### La clase obrera reducida al hambre

El diputado fascista Cingali dijo, hablando en el Parlamento, en presencia del señor Mussolini: «La ración alimenticia media de los italianos es inferior a la que los fisiólogos consideran necesaria para el hombre. Es el promedio más inferior de Europa.» Al año siguiente (18 de diciembre de 1930), Mussolini se consolaba diciendo que, «afortunadamente, el pueblo italiano no está todavía acostumbrado a comer tres veces al día, y, como tiene un nivel de vida muy modesto, siente menos las deficiencias y los sufrimientos». Esto no necesita comentarios.

### El paro

En 1922, último año de la era prefascista, el paro obrero, en el peor período del año, fué de 381.968. En 1927 había subido a 414.823 el número de parados; en 1931, esta cifra asciende a 981.321; a fines de febrero de este año ascendía a 1.229.387. Estas son las cifras oficiales. Se puede tener por seguro que la realidad es peor aún.

### Salarios

Mussolini, con tres decretos sucesivos, ha reducido por decreto los salarios de los trabajadores italianos en un 35 por 100. Pero en realidad la rebaja ha sido superior al 40 por 100. En el campo, la condición es peor. En el Congreso de los Sindicatos Agrícolas fascistas (septiembre de 1931), una ponencia oficial admitía que había existido reducciones de salarios que ascendían hasta el 50 por 100.

Los obreros y los campesinos de Italia han sido robados en sus salarios por un total de 10 a 15 millones al año.

### Demografía

Como resultado de la gran miseria del pueblo se constata una gran disminución de nacimientos y un aumento de mortalidad. Los

desesperados llamamientos de Mussolini a las mujeres de Italia para que den más carne de cañón a la patria fascista, han sido contra-productos. En 1922 nacieron en Italia 320 niños por cada 10.000 habitantes; en 1927, después de cinco años de fascismo, los nacimientos habían bajado a 260 por cada 10.000 habitantes, y en 1932, la baja era todavía más impresionante: 224 por 10.000.

### El saneamiento de las finanzas públicas

¿Quién es el que no cree que Mussolini encontró un Estado en bancarrota y supo darle orden y vigor? Pero, ¿hay muchos que conozcan la situación del Estado italiano antes y durante el fascismo «en números»?

Es verdad que durante los cuatro primeros años que siguieron al fin de la guerra, el presupuesto del Estado había tenido un déficit total de 66.000 millones, en cifras redondas. Pero en esos cuatro años el Estado había pagado, por gastos estrictamente relacionados con la guerra, más de 77.000 millones. Así que el presupuesto ordinario, más que un déficit, tenía un superávit global, durante los cuatro años, de 11.000 millones.

El primer presupuesto fascista —1922-23— tuvo un déficit de 3.000 millones; pero los gastos residuales de guerra fueron en ese año sólo de 4.676 millones. El ministro de Hacienda fascista, De Stefani, se ha enorgullecido de la reducción del déficit, como un triunfo para el fascismo, que pasó de casi 16.000 millones a sólo 3.000; pero esa reducción había sido prevista. De Nava, ministro de Hacienda del Gabinete Giolitti, había anunciado ya en 1921, que en 1922-23 el déficit quedaría reducido a 3.000 millones de liras. El economista Mortara, en su «prospective economic» (1922), profetizaba que en 1924 el déficit habría sido totalmente eliminado. En vez de eso, el Gobierno fascista no logró equilibrar el presupuesto hasta el año 1925-26, y eso sólo por breve tiempo. Desde el 1.º de julio de 1929 hasta el 30 de junio de 1933: es decir, en cuatro ejercicios financieros, ha habido un déficit global de 15.500 millones de liras.

La Deuda pública, en el decenio 1922-32, ha aumentado en 5.000 millones. Además de esto, el Estado, los Ayuntamientos y las industrias privadas han contraído en el extranjero deudas por valor de 8.000 millones de liras con condiciones muy onerosas.

# La compulsión religiosa y el instinto sexual

El sentido místicosensualista en Grecia  
Orígenes de la religiosidad helena

S. Velasco



LA historia de Grecia, merced a los incansables trabajos llevados a cabo por los investigadores, es, en la actualidad, la mejor conocida de cuantos pueblos lograron destacar en épocas pretéritas. Su papel histórico resulta, sin embargo, reciente comparado a la influencia de Caldea, Egipto, India y aun China, pues Grecia no comenzó a ejercer influencia social hasta el año 1500, aproximadamente, antes de la Era cristiana.

A fin de esclarecer cuáles fueran los orígenes de la raza helena, los historiógrafos han dividido la historia de aquel país en tres períodos, a saber: el protoheládico, que comprende de los años 2500 al 2000 antes de Jesucristo; el heládico medio, entre los 2000 y 1660 años de la Era precristiana, y el heládico reciente, que va del 1600 al 1100 antes de la Era actual. Con anterioridad al año 2500, la Hélade estaba sumida todavía en la edad de piedra, y sus habitantes parece comprobado que no pertenecían, entonces, a la estirpe indoeuropea, sino a otra raza desaparecida.

Las primeras tribus indoeuropeas, antecesoras de aquellos pueblos que se llamaron jonios y eólicos, llegaron a tierras griegas hacia los años de 2400, es decir, en el período protoheládico. Los nuevos colonizadores hállanse a

un nivel inferior de civilización que los aborígenes, pero, no obstante, lograron vencerles y erigirse en dominadores. El cruce de estas dos estirpes, la unificación de los pobladores del país, dió origen a que, además de la síntesis de dos culturas en una, se formase un conglomerado religioso en el que se amalgamaban elementos mitológicos de ambas razas. Por tal motivo, al aparecer Grecia, aun en la aurora de su historia, a la faz del mundo, obsérvase ya que la religión profesada por sus habitantes es un modo de sincretismo en el que se hallan aspectos indoeuropeos al lado de otros pertenecientes a otras tribus y en los que desempeña un papel importantísimo la sexualidad.

Si el espacio de que disponemos no fuera muy limitado, sería altamente sugestivo enfrascarnos en el estudio de los descubrimientos arqueológicos para deducir de ellos cuál fuera la importancia inicial de cada una de estas tendencias en la religión de la Grecia primitiva. Pero hemos de abandonar el campo del análisis para ceñirnos estrictamente a la descripción mitológica.

La primera fase de la religión griega se remonta al período micénico, en el que dominan los elementos ajenos a las creencias indoeuropeas, y tal estado de religiosidad persistió incluso hasta la época helenística. No cabe duda, además, que la mitología helena recibió, asimismo, la influencia y adoptó de ellas algunos ritos de las religiones de Egipto y Caldea, según se desprende de los hallazgos efectuados en Creta. Apoyan esta suposición, además de las analogías entre algunas divinidades, la costumbre de embalsamar los cadáveres, que estuvo en boga en Creta, así como algunas representaciones de la esfinge y el sistro halladas en Micenas. Las sucesivas migraciones que arribaron a Grecia no pudieron borrar los caracteres esenciales de la civilización micénica. Así lo demuestra la géne-

---

La presión fiscal asciende a más del 30 por 100; casi una tercera parte de la renta nacional está subordinada por los impuestos.

• • •

Así es como ha salvado el fascismo a la nación. Cuarenta y dos millones de italianos han sido reducidos a la esclavitud para llegar a esos magníficos resultados económicos.

sis de los templos más célebres de la antigüedad, el de Delfos y el de Delos, que estaban ya abiertos al culto hacia el año 2500 antes de la Era cristiana. Otros templos que parece se erigieron en el mismo lugar donde estuvieran enclavados los primitivos del país, son los de la caverna de Psichro y el santuario del monte Yukta.

Otra costumbre, que tiene todos los caracteres de una importación egipcia, es el culto a los muertos, que perduró durante mucho tiempo aun después del esplendor de la civilización griega, especialmente en Menidi, ciudad del Atica. Todo ello hace presumir que en la misma religión, evolucionada de los tiempos de esplendor griego, hállanse mitos, cultos, rituales y conceptos de la divinidad que pertenecen a las creencias prístinas de los aborígenes del país.

El estudio comparativo de las creencias, y en especial el meticoloso análisis de los folclores, han permitido a la ciencia comprobar que algunas formas fundamentales del pensamiento mítico, especialmente en lo que concierne a la representación de la divinidad, son análogas en casi todas las religiones. Los griegos no podían escapar a esta ley general y parece fuera de duda que su creencia prístina fuera aquella que se inclinaba, venerándola, ante las fuerzas que se manifestaban en la Naturaleza, y que ello debió ser así lo corrobora el hecho de que se encuentran huellas evidentes de tal fe, incluso en las religiones superiores.

Cuanto en la Naturaleza se manifestaba dotado de una fuerza peculiar y activa, era considerado por el hombre primitivo como sagrado, aunque este carácter venerando podía depender lo mismo de la manifestación de tales fuerzas como de una relación de las mismas con dioses personales. Tal era el caso de los griegos, quienes, al evolucionar, aplicaron igualmente esta noción a los objetos que podían simbolizar o contener aquellas fuerzas activas. De ahí que se consideraran sagrados los templos, los recintos divinos, los altares y las imágenes e incluso los utensilios del culto, puesto que en ellos habitaba la divinidad, que no precisaba ser personal, sino que podía comprenderse tan sólo como el manantial del poder. Semejante teoría dió nacimiento a la idea de que lo divino había de estar separado de lo profano, y que para relacionarse con la divinidad o fuerza sobrenatural precisábase que el individuo que lo intentara se hallase en un estado tal de pureza que pudiese hacerse digno del aprecio de lo ultraterreno.

Desde la más remota antigüedad, pues, partióse de la necesidad de aislar el santuario e impedir que fuera considerado en plano de igualdad al terreno circundante. Para ello se sirvieron ya de una cuerda que rodeara al altar, ya de una estacada o bien de un muro, según fuesen las posibilidades y el grado de evolución del grupo humano; creyóse luego que, para tener acceso al santuario, precisábase purificación previa y en algunos casos tan sólo les estaba permitida la entrada en los mismos a los sacerdotes e iniciados, en tanto que el resto de la población únicamente podía franquear los umbrales del templo.

La manifestación del culto a los muertos en Grecia reside esencialmente en la creencia de que el daimon del hombre no desaparece al morir el cuerpo, sino que permanece unido a sus despojos mortales durante un tiempo y deja sentir sus efectos bienhechores o maléficos según fuera el carácter del mismo. Así, los griegos temieron a la muerte, y al tiempo que intentaban hacer inofensivo el poder de la misma procuraban utilizarla en provecho propio. Que ello debió ser así se desprende de los descubrimientos de tumbas prehistóricas en las que se han hallado cadáveres atados uno al otro, con el fin de que la fuerza benéfica de uno anulara la maléfica del otro. lo cual demuestra indubitablemente que el culto a los muertos fué la exteriorización de la creencia en un principio impersonal que permanecía asociado al cadáver. Semejante concepto, lejos de desaparecer al depurarse la civilización, adquirió pujanza y desarrollóse ampliamente, e incluso Platón, entre otros filósofos, acepta la teoría, aunque remozada y exornada, como verdad inconcusa.

Para los griegos antiguos el sepulcro constituía también un santuario, en especial cuando se trataba de aquellos en que estaban depositados los restos mortales de alguna personalidad cuyos actos la hubiesen hecho acreedora al dictado de sabio o de héroe. Considerábanse los sepulcros como inviolables y no podía efectuarse en ellos ningún acto que no fuera ritual.

Tales son, breve y sucintamente descritos, los elementos que integraban la concepción religiosa de la Grecia primitiva, ideas que pasaron luego, íntegramente o en parte, a constituir la mitología civilizada. El estudio detallado de los mismos llevaríanos a conclusiones sorprendentes, pero hemos de constreñirnos a un cauce limitado y nos concretaremos, pues, a añadir a lo dicho las posibles combinaciones que hubieron de sobrevenir en el transcurso de la evolución religiosa. Tales

# Influencia de las instituciones sociales sobre el carácter humano

Mariano Gallardo

## La personalidad de la mujer



El ser humano ni es rematadamente malo ni acabadamente bueno. Como ser libre que es, puede obrar según le plazca, hasta cierto límite. Pero si esto es cierto, tampoco deja de ser menos verdad que, muchas veces, los actos del hombre son hijos de las circunstancias.

Se nos presentan innúmeros casos en que el individuo no obra según su fuero interno, de acuerdo con su conciencia, sino que procede según le impulsan las circunstancias exteriores.

Y como esas circunstancias, especialmente las creadas por el influjo del carácter de las instituciones sociales, son hijas de la modalidad de tales instituciones, vendremos en consecuencia a dejar sentado que, en tanto las entidades sociales integradoras de la comunidad no se modifiquen, tampoco podrán ser alteradas ciertas peculiaridades adventicias de la conducta del individuo.

Hasta cierta distancia, el individuo actúa según la determinante ineludible impuesta por las instituciones.

El individuo que vive en una sociedad tiranizada y sojuzgada por el Estado, por muy

enemigo que sea de éste, difícilmente podrá escapar a la acción avasalladora de la autoridad política.

El hombre que, empujado hacia la línea de fuego de las guerras de los capitalistas, se ve en el dilema terrible de matar o morir, difícil será que renuncie a ser asesino, por muy adversario que sea de la guerra.

No es preciso argumentar más: del influjo de las instituciones no podemos evadimos, por adversos que seamos hacia ellas. ¿Qué individuo que conviva en una sociedad autoritaria podrá escapar, por mucho que estime su libertad individual, a la obra despersonalizadora del Estado?

Por mi parte creo que ninguno. Las dentelladas de la bestia autoritaria no podemos esquivarlas. Para ello es necesario salir fuera de los dominios del gañanismo político.

Ciñámonos al punto: ¿Cuál es la personalidad de la mujer a través de las diversas instituciones sexuales registradas en la vida de la Humanidad?

No podemos delimitarla. La personalidad de la mujer ha ido cambiando con el nacer y morir de las formas sociales de realización sexual.

La mujer selvática de las edades primitivas, siempre huyendo del macho, era tímida.

---

aportes de civilizaciones distintas llegaron a formar un conjunto tan uniforme con las divinidades autóctonas que, en algunos casos, es completamente imposible estudiarlos por separado. En otros casos surgieron confusiones, como, por ejemplo, la de tomar a los dioscuros, de origen indoeuropeo, por los tindáridos, que no lo son, con lo cual los hijos de Zeus tuvieron un padre distinto, un hombre, que fué Tindaro.

Es seguro que la mayoría de nombres divinos, de héroes y los mitos provienen del período heládico, puesto que resulta casi imposible concebir que los poetas homéricos los hayan ideado todos. Wilson, uno de los me-

jores helenistas, aseveraba que no podía ser de otra manera, y que los lugares donde se desarrollaron los mitos pertenecen, asimismo, al período micénico. Por otra parte, Evans, al estudiar las piedras esculpidas de Tisbé, en Beocia, asegura que en ellas figuran escenas de las leyendas de Edipo y Agamenón, aunque, algunos helenistas, y entre ellos Clemen y Pfister, consideran que estos documentos no son auténticos. No obstante, aun aceptando que no pueda sentarse base alguna sobre los más modernos descubrimientos del helenismo, puede darse por seguro que los orígenes se remontan a la época anterior a la colonización indoeuropea.

La mujer del matriarcado, en cambio, tiene una fuerte personalidad, carácter atrevido y racialidad propia. Es sincera, humana, pacífica. Odia las luchas violentas y ama el trabajo y el progreso, tranquilos y ascendentes.

Contrastando con ésa aparécese, tiránica y déspota, la mujer poliándrica. Esta es feroz; esclaviza y maltrata a sus diversos maridos, que, más que amantes, son esclavos de ella, que los compra según su poderío económico.

En la poligamia, las mujeres son, respecto al hombre, lo que éstos son, en la poliandria, respecto a la mujer.

La mujer de la poligamia es un animal de placer; un instrumento comercial y de lujo; un signo de la riqueza, como en las sociedades «civilizadas» lo es el dinero.

Un señor turco o un polígamo musulmán miden sus riquezas por el número de esclavas encerradas en el harén. Cuanto más rico es un señor, tantas más mujeres tiene.

• • •

La personalidad de la mujer de la monogamia aparente del cristianismo, en particular la del catolicismo, es casi la misma que la de la poligamia, con la sola variante de que aquí, en la monogamia, la hembra es el animal de placer de un solo hombre, y el procedimiento de venderse al macho es distinto al usado entre los pueblos poligámicos.

En el cristianismo monógamo, la mujer carece de la misma personalidad que en la poligamia coránica. Tan esclava del macho es una mujer cristiana como una musulmana. Tan avasallada está la individualidad de la una como la de la otra.

• • •

Tenemos, por último, la recia individualidad, la independencia de espíritu de la mujer libre que se va forjando en el presente. Esta

tiene muchos puntos comunes con la mujer del matriarcado, aventajándola en considerar al hombre como su hermano, su compañero y su igual.

En el matriarcado, el hombre era un simple criado al servicio de la mujer.

### ¿Cuál es la individualidad congénita de la mujer?

No la podemos precisar. Pero sí podemos decir que, como el hombre, la mujer es libre y que, como éste, su carácter va sellado siempre con el tinte de las instituciones del medio social en que vive.

Llega a tal altura el influjo, determinante, de las instituciones, que nos atrevemos a afirmar sin miedo a exageraciones, que una misma mujer, colocada en el harén, será una esclava; mientras que puesta en la poliandria, muy pronto pasará de la esclavitud a la tiranía.

La mujer impersonal del calabozo del hogar monógamo, si la ponemos en libertad no tardará mucho en crearse una personalidad acusada, como la de la mujer libre.

¿Qué nos puede sugerir todo esto? Muchas cosas. Entre ellas, una de las más fundamentales es ésta: Que si bien es una verdad incontrovertible, que la personalidad del individuo es hija de su fuerza de voluntad, de sus ansias de superación y de su esfuerzo individual, también es otra gran verdad, no menos irrefutable, que sin transformar las instituciones sociales, el individuo no podrá actuar según su criterio.

Y por mucho y muy grande que sea el esfuerzo individual, si las instituciones no son transformadas, el individuo no podrá llegar a la realización íntegra de los postulados de su determinación.



# De la percepción

Alfredo Binet



La palabra *percepción* es bastante vaga. Los médicos confunden, en general, la percepción con la sensación; dicen que un enfermo ha perdido la percepción del rojo o del azul, queriendo hablar de las sensaciones de estos colores. Hume llamaba percepción a todos los estados de conciencia. En nuestros días ciertos psicólogos, entre otros M. Janet, definen la percepción como el acto por el cual el espíritu distingue e identifica sensaciones. Aquí aceptaremos la definición de los psicólogos ingleses, y designaremos por percepción el acto que se verifica cuando nuestro espíritu entra en relación con los objetos exteriores y presentes.

Para el sentido común, la percepción es un acto sencillo, un estado pasivo, una especie de receptividad. Percibir un objeto exterior, por ejemplo, la mano, es sencillamente tener conciencia de las sensaciones que produce el objeto en nuestros órganos. Sin embargo, algunos ejemplos bastarán para demostrar que en toda percepción el espíritu se agrega constantemente a las impresiones de los sentidos. Todo el mundo sabe que entendemos claramente la letra de un canto conocido, mientras que con frecuencia no distinguimos la de otro desconocido, aun cuando los dos cantos sean de la misma voz, cosa que prueba bien lo que contribuye el espíritu. En lugar de buscar ejemplos, se pueden crear pruebas. Wundt y sus alumnos han hecho algunos experimentos con este motivo. Si se ilumina un dibujo desconocido, un grabado, por una serie de chispas eléctricas, y se observa que la percepción de ese dibujo, muy confusa a las primeras chispas, se hace cada vez más clara, la impresión producida sobre la retina es, sin embargo, la misma en todas las chispas, pero cada vez la percepción se completa, se precisa, gracias al recuerdo formado en el espíritu por las percepciones anteriores. Se podrían añadir algunos otros ejemplos, sacados de la percepción del espacio, cuya naturaleza compleja y derivada conocemos desde Berkeley.

La percepción es, pues, un estado mixto, un fenómeno cerebro-sensorial formado por una acción sobre los sentidos y una reacción del cerebro. Se puede comparar con un reflejo, cuyo período centrífugo, en lugar de manifestarse al exterior por movimientos, se gastase en el interior, despertando asociaciones de ideas. La descarga sigue un canal mental en lugar de seguir un canal motor.





NUMERO EXTRAORDINARIO

UNA PESETA